

Tiempos Nuevos



SERVICIO DE LIBRERIA

Las ventas se hacen por adelantado o contra reembolso.

A corresponsales y suscriptores 25 por 100 de descuento.

Todos los giros a TIERRA Y LIBERTAD, calle Unión, 19, 1.º, 2.ª

BARCELONA

OBRAS NUEVAS

IGNOTUS

LA REPRESIÓN DE OCTUBRE

Documentos sobre la barbarie de nuestra civilización

250 páginas, 2'50 pesetas

P. KROPOTKÍN

ÉTICA. ORIGEN Y EVOLUCIÓN DE LA MORAL

300 páginas, 3 pesetas

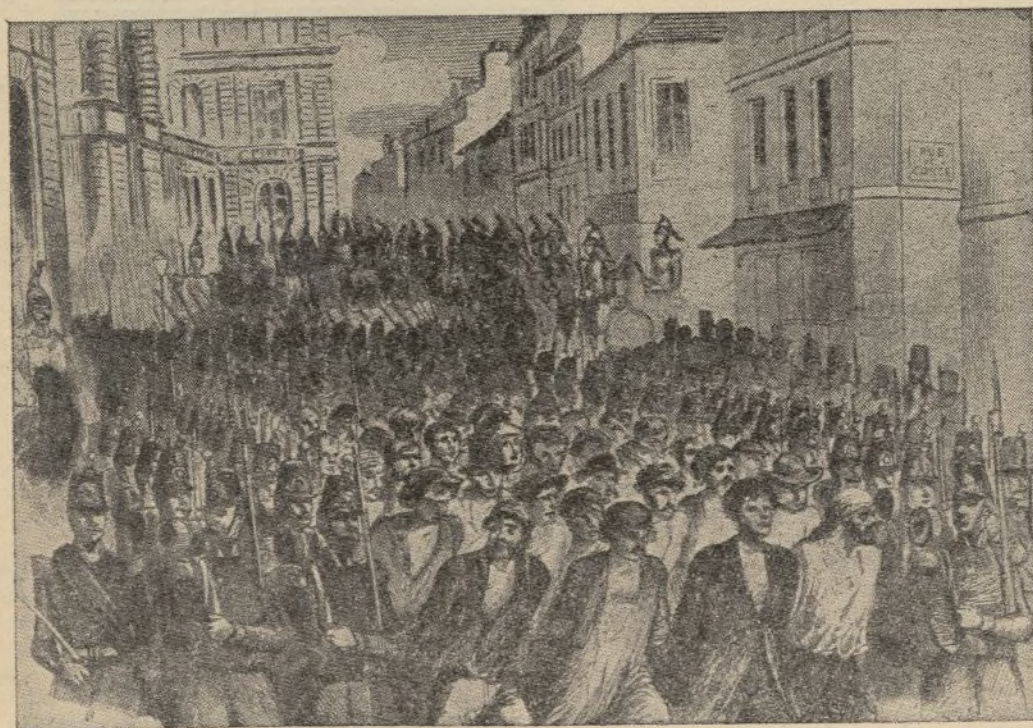
- | | | | |
|---|------|--|------|
| Luigi Fabbri: <i>La vida de Malatesta</i> | 3'— | D. A. de Santillán: <i>Las cargas tributarias</i> | 2'— |
| Ignotus: <i>El anarquismo en la insurrección de Asturias</i> | 2'50 | D. A. de Santillán: <i>La F. O. R. A.</i> | 3'— |
| Juan Lazarte: <i>La crisis mundial del capitalismo</i> | 1'50 | Max Nettlau: <i>De la crisis mundial a la Anarquía</i> | 3'— |
| E. Malatesta: <i>En el café. Diálogo</i> | 0'75 | Yarchuk: <i>Cronstadt</i> | 2'— |
| F. Falaschi: <i>El trabajo responsable</i> | 0'25 | S. Faure: <i>Mi Comunismo</i> | 2'— |
| A. Souchy: <i>Erich Muhsam (Su vida, su obra, su martirio)</i> | 1'— | P. Kropotkín: <i>Palabras de un rebelde</i> | 2'— |
| R. Flores Magón: <i>Tierra y Libertad (drama revolucionario)</i> | 0'40 | J. Prat: <i>Crónicas demoledoras</i> | 2'— |
| C. Berneri: <i>El incesto y la eugenesia</i> | 0'60 | Varios: <i>Dinamita cerebral</i> | 1'50 |
| Pedro Kropotkín: <i>El apoyo mutuo</i> | 2'— | P. Kropotkín: <i>Campos, fábricas y talleres</i> | 2'— |
| Max Nettlau: <i>La anarquía a través de los tiempos</i> | 3'— | Darwin: <i>El origen del hombre</i> | 2'— |
| P. J. Proudhon: <i>Confesiones de un revolucionario</i> | 3'— | J. S. Rosa: <i>El abogado del obrero</i> | 4'— |
| J. Lazarte: <i>La locura de las guerras</i> | 0'50 | C. Malato: <i>Correspondencia escolar (primero y segundo tomo)</i> | 3'— |
| Varios: <i>El matrimonio y el amor</i> | 0'60 | E. Borrás: <i>El proceso Ferrer</i> | 1'— |
| D. A. de Santillán: <i>La bancarrota del sistema económico y político del Capitalismo</i> | 0'50 | Conde de Volney: <i>Las ruinas de Palmira</i> | 2'— |
| | | E. Reclus: <i>Evolución y revolución</i> | 2'— |
| | | Almanaque de «Tierra y Libertad», 1933 y 1934. | 2'— |
| | | Ibarreta: <i>La religión al alcance de todos</i> | 2'— |

REVISTA DE SOCIOLOGÍA, ARTE Y ECONOMÍA

TIEMPOS NUEVOS

◆ ◆ Redacción y Administración: UNIÓN, 19, 1.º, 2.º - Teléf. 23658 - Barcelona ◆ ◆

1871 = MARZO = 1936



Han pasado 65 años y el recuerdo de la Comuna de París queda en millones y millones de trabajadores y de hombres de pensamiento de todo el mundo como un jalón imperecedero. Y si la historia menciona a Thiers y se sabe algo de su existencia, es sólo por haber dirigido la represión sangrienta de aquella insurrección gloriosa y valiente. Su pasión vengativa, expresada en la frase: «exterminar los lobos, las lobas y los lobeznos», es típicamente burguesa. Todos los burgueses, cobardes por temperamento y por miedo a perder sus privilegios, se han mostrado igual que Thiers después de superado un gran peligro. Lo hemos visto en octubre de 1934 en

Asturias. Y es que los sentimientos propietarios ligan a esa clase permanente a las cavernas, a aquellos tiempos lejanos de salvajismo y de escasez en que nació la propiedad, el funesto tuvo y mío. Como se refocilaba Thiers y la casta dominante al entrar con las tropas legales desde Versalles en la ciudad insurrecta, así se han regocijado en la sangre de millares de víctimas y en las torturas inquisitoriales los buenos burgueses, españoles en octubre.

Octubre y marzo, París y Asturias no podrán separarse ya en la memoria de las futuras generaciones. Ambas son fechas definitivamente gravadas en la historia.

TIEMPOS
NUEVOS 113

Mirando al porvenir



Libre experimentación social Mancomunidad proletaria y revolucionaria La liberación del estatismo

Por D. A. de SANTI LAN

El anarquismo español fija posiciones colectivas. Creíamos significar una voz aislada, sostener una posición propia, estar solos en la exposición de ciertos puntos de vista que nos parecían fundamentales en esta hora trágica del mundo. Sin embargo, hemos de constatar que aquellas opiniones, orientaciones, directivas que sosteníamos individualmente, por un imperativo de conciencia, eran opiniones, orientaciones, directivas de la inmensa mayoría de los anarquistas españoles y no podemos menos de exteriorizar nuestra íntima satisfacción y de congratularnos por la coincidencia. Hay un aspecto de nuestra prédica que aun no se refleja en la opinión colectiva: la cuestión del Estado y la conformación de la táctica revolucionaria y de la dirección de la propaganda a la lucha contra él. Confiamos que también en ese terreno se abrirá paso una concepción más acertada y que no ha de tardar mucho tiempo sin que se ponga el dedo en la llaga.

En el mes de enero se celebraron diversos plenos y conferencias sindicales y de grupos anarquistas que han fijado posiciones sólidas de propaganda y de acción. Vale la pena transcribir los acuerdos principales, pues tienen una trascendencia histórica que todavía no todos alcanzan a comprender. Sin embargo, tanto en el orden interno, nacional o ibérico, como en el orden internacional, esos acuerdos a que aludimos tendrán una repercusión duradera.

En los días 19 y 20 de enero se celebró un pleno de grupos anarquistas de Cataluña en donde se tomó una resolución constatando que «todas las experiencias democráticas fracasaron y que sólo la intervención directa de los trabajadores en los problemas que el régimen capitalista les plantea tiene valor de ofensiva y de defensiva contra la reacción».

Se sostiene allí, también, que «la revolución ha de poner al proletariado en posesión de la riqueza

social y natural, respetando el derecho del libre ensayo de las concepciones sociales que inspiren a las diversas corrientes existentes en el mundo del trabajo...»

A fines del mismo mes se celebró, en Barcelona, una conferencia regional de sindicatos de la C. N. T., en donde se aprobó una ponencia referente a un pacto revolucionario con la U. G. T. sobre las siguientes bases fundamentales:

«1.º Reconocimiento por la U. G. T. de que solamente por la acción revolucionaria es posible la emancipación de los trabajadores. Sobreentendiéndose que al aceptar este pacto tiene que romper toda colaboración política y parlamentaria con el régimen burgués.

2.º Para que sea efectiva la revolución social hay que destruir completamente el régimen actual que regula la vida económica y política de España.

3.º El nuevo régimen de convivencia nacido del triunfo de la revolución será regulado por la voluntad expresa de los trabajadores reunidos públicamente en completa y absoluta libertad de expresión por parte de todos.

4.º Para la defensa del nuevo régimen social es imprescindible la unidad de todos los esfuerzos, prescindiendo del interés particular de cada tendencia.»

El 31 de enero y el 1 de febrero se celebró, en Madrid, un pleno de Federaciones regionales de la Federación Anarquista Ibérica en el que, respecto del peligro del fascismo y de la unidad de acción de los trabajadores, fué aprobada una ponencia en donde se dice que el acuerdo de los productores es posible en estas condiciones:

«1.º Exclusión de los lugares de trabajo de los elementos afiliados a organismos fascistas mediante la acción mancomunada de las centrales sindicales anticapitalistas.

2.º Empleo del método insurreccional para la conquista de la riqueza social usurpada por mino-

rias privilegiadas y su administración por los trabajadores mismos.

3.º Implantación de un régimen de vida, de trabajo y de consumo que responda a las necesidades comunes de la población y no consienta, bajo ninguna forma, la explotación y la dominación del hombre por el hombre.

4.º La defensa de ese nuevo régimen no se encomendará a ejércitos profesionales ni a cuerpos policíacos, sino que ha de estar en manos de todos los trabajadores, sin que éstos pierdan el contacto con sus lugares de trabajo.

5.º El respeto y la tolerancia de las diversas concepciones proletarias y revolucionarias y sus garantías de libre ensayo.

6.º La lucha contra el fascismo, fenómeno internacional, debe llevarse a cabo internacionalmente por los organismos obreros y revolucionarios, con exclusión de toda idea y de todo sentimiento nacionalistas.»

En esos acuerdos, que queremos registrar como una adquisición definitiva de la mentalidad libertaria, se afirma el libre ensayo, la libre experimentación social de las concepciones socialistas proletarias y revolucionarias, y además se sostiene que la revolución social no es cosa de partido o de organización, sino de las grandes masas productoras, que han de buscar la coincidencia de acción si no quieren sucumbir, como han sucumbido en tanto que corriente, que tendencia, que fuerza revolucionaria, en los países donde se entrometió el fascismo.

En la posición colectiva sobre esos dos puntos tan trascendentales y que se complementan se puede andamiar nuevamente el optimismo y la fe en el porvenir.

Libre experimentación social

Nos hemos referido en otras ocasiones a la esencia de la libre experimentación social y a su contenido, como oposición al totalitarismo liberticida en que han caído los movimientos socialistas de Europa y de América, cuyas consecuencias no han podido ser más fatales para el avance progresivo de la humanidad. Implica la tolerancia de otros ensayos de convivencia económica y social junto al propio, y no sólo la tolerancia, sino el mutuo acuerdo para las relaciones, el intercambio, la ayuda mutua. La afirmación de la experiencia única, del monopolio de la revolución por un partido o por una organización choca con el sentimiento de la libertad y, sobre todo, hace que las fuerzas obreras se resten unas de otras en lugar de sumarse para la conquista de las aspiraciones comunes, y para la defensa inmediata ante los comunes peligros.

Lo que importa ahora es llevar al seno de las otras corrientes sociales lo que el anarquismo español acaba de afirmar en sus recientes comicios. Porque de poco serviría que esa tolerancia, ese respeto, esa libertad de ensayar las propias concepciones fuesen propios de un solo sector, si por los demás se insiste en el totalitarismo, en la mono-

polización del futuro orden de cosas, con exclusión de toda variante, de toda secesión.

La experiencia rusa nos advierte que no puede haber una revolución social fecunda, justiciera, donde se excluye la libre iniciativa, la libre experimentación. Con las inmensas posibilidades de Rusia, al transcurrir de los años se llega, no al socialismo, sino al restablecimiento del capitalismo en su forma de capitalismo de Estado, al acuerdo con los países burgueses para fines guerreros, a la recomendación de la democracia burguesa como dice contra el fascismo. No es una revolución que suprime a sangre y fuego todas las tendencias no sumisas ante la hegemonía de un partido, la que puede servirnos de modelo, pues ni nos place la idea de ser exterminados y subyugados ni nos alegra la perspectiva de ser nosotros los exterminadores y los subyugadores.

Por la gran causa que defendemos, por el porvenir en que ciframos tantas esperanzas, no debemos echar conscientemente las bases de una guerra civil entre obreros de diversas tendencias, sino que, cualesquiera que sean los resultados, nuestro deber está en propiciar el acuerdo de los productores privados del producto de su trabajo, sobre la base de la libre experimentación, de la libre elección de la convivencia local que prefieren, del régimen de vida que consideren mejor, pues esa experimentación dirá, con sus consecuencias inmediatas, cuál es la línea más acertada y más conveniente.

El acuerdo de los productores El reconocimiento de la libre experimentación implica el reconocimiento del derecho a la

existencia y a la práctica de sus concepciones en otras tendencias proletarias y revolucionarias. Y si es así, si se conviene en el respeto mutuo y en la coexistencia de las diversas fuerzas sociales socialistas, en la post-revolución, no es buen procedimiento el de la querrela agresiva antes de la revolución, sino el de la mayor armonía posible, incluso la mancomunidad circunstancial para fines de defensa o de ofensa inmediatos, como en caso de huelgas, de ataques del fascismo, de represiones estatales.

La guerra ininterrumpida entre las diversas fracciones del socialismo, desde antes incluso de la separación orgánica, sancionada oficialmente en los congresos internacionales de 1893 en Zurich y de 1896 en Londres, ha abierto abismos entre los productores de que los anarquistas no han sido nunca culpables. El exclusivismo de los aspirantes a ministros del régimen capitalista ha cerrado las puertas a toda cooperación amistosa entre los proletarios de las diversas tendencias. El tiempo ha venido a forzar al socialismo político, al menos parcialmente, a una rectificación táctica. La primera expresión vigorosa de esa rectificación fue la rebelión de los socialistas austriacos, que, aunque ya demasiado tarde, advirtieron que la táctica insurreccional combatida ferozmente durante medio siglo, era la única que correspondía a los in-

tereses y a las aspiraciones de los trabajadores. La bancarrota de la socialdemocracia en Italia, en Alemania y en todas partes donde no quiso defenderse más que en las batallas electorales, ha abierto los ojos, sobre todo, a las juventudes socialistas. El movimiento insurreccional de octubre de 1934 en Asturias ha demostrado que los obreros socialistas no son reacios a la contienda insurreccional. Esos hechos no podían pasar inadvertidos por nosotros. Se trata ahora de saber si el socialismo español quiere seguir la línea de octubre, en cuyo caso la revolución social no podrá ser contenida en España, puesto que el acuerdo de los productores sería así posible, o si ha de dar máquina atrás y persistir en la colaboración política, parlamentaria y ministerial.

Si octubre de 1934 no ha de servir para otra cosa que como bandera demagógica; si los interesados en oponerse, en nombre del socialismo, a la conquista por los productores de la riqueza social, hacen valer su criterio, nos queda aún la consulta directa a los obreros auténticos, socialistas, comunistas, sin partido, para exhortarles a estrechar los lazos de la solidaridad y del acuerdo mutuo y a no consentir el suicidio a que se encaminan con el abandono de la táctica insurreccional.

Nos importa hacer constar que no podemos pasar los anarquistas, a los ojos de los obreros y campesinos engañados por demagogos poco respetuosos de la verdad, por enemigos de la acción conjunta de los trabajadores, siendo en verdad los únicos que la hemos propiciado siempre, y no con fines inconcesables o inconcesados.

La liberación del estatismo Aun falta algo para que nuestro esfuerzo sea más eficaz en lo sucesivo y para que las fuerzas de la revolución se vean acrecentadas por sectores económicos y sociales que se imaginan quién sabe qué peligros y quién sabe qué horrores por el triunfo revolucionario. Es una cuestión, por un lado, de propaganda, de persuasión, y por otro de una mejor adaptación táctica en la lucha.

Nos referimos al aparato estatal, que no sólo aplasta a los productores, sino que absorbe y pretende, cada vez más, someter a su control absolutista y monopolista toda la vida social, en lo económico, en lo político, en lo moral, en lo intelectual. La fórmula mussoliniana: «Todo por el Estado, todo para el Estado, nada contra o al margen del Estado», no sólo amenaza a los productores, sino a la humanidad entera, a todos los hombres que se interesan por afianzar su personalidad y por desarrollarla y que se resisten contra esa caída vertical en una castradora esclavitud, más funesta que las viejas formas de esclavitud, porque ésta es más acabada y no deja a la individualidad humana manera alguna de manifestarse.

En alguna ocasión lo hemos dicho a base de cifras y hemos constatado que nuestro antiestatismo teórico no tiene una táctica correspondiente en los hechos cotidianos. No es que lamentemos los esfuerzos que se han hecho y que se hacen para

restringir las usurpaciones del capitalismo; pero es preciso convenir que esos esfuerzos no están en relación con la obra antiestatista práctica ni con la magnitud del enemigo. Si, por ejemplo, la explotación del capitalismo equivale en líneas generales a un diez por ciento de la renta nacional de un pueblo, la explotación por el Estado significa de un 40 a un 50 por ciento de esa misma renta nacional. Y si es justa la resistencia contra el capital que reclama derechos que no le pertenecen, ¿qué hacemos para oponernos a las reclamaciones cuatro o cinco veces mayores del aparato estatal moderno?

Hemos señalado en ese aspecto algunas contradicciones y creemos que nadie, como los anarquistas, puede iniciar una vasta acción de defensa y de ofensa contra las exacciones del estatismo, de que no somos las únicas víctimas. Esa campaña, llevada a cabo con la documentación y la argumentación necesarias, haría comprender a núcleos importantes de la población, hoy vacilantes y más bien inclinados a los llamados «partidos del orden» y a las soluciones de Estado, que no tienen nada que temer de la revolución, que también para ellos la revolución social es una salvación y un inmenso beneficio material y moral.

Reflexiónese un poco sobre los presupuestos del Estado español:

Años	Recaudación en millones de pesetas	Pagos
1900	966	875
1910	1,126	1,128
1915	1,295	1,616
1921-22	2,331	3,434
1932	3,886	4,290
1933	3,951	4,422
1934	3,882	4,477
1935	4,455	4,555

El peso del Estado es insostenible; y sigue aumentando aunque simultáneamente aumenta la desocupación, disminuye el comercio internacional, decrece el consumo interno, se hunden en la depauperización millones y millones de seres humanos.

Frente a esa explotación creciente por el Estado, frente a esas sumas astronómicas que se extraen del trabajo productivo, la explotación por el capitalismo apenas representa algo, y en cambio, si nos defendemos contra el capitalismo, arrancándole mayores salarios, mejores condiciones de trabajo, etc., contra el Estado no emprendemos una acción correlativa.

Si un día llegase al orden colectivo ese reconocimiento y el empleo de una táctica de lucha más adecuada al peligro que el Estado representa y al robo permanente que encarna, daríamos por bien empleados todos los esfuerzos y consideraríamos ganada una gran batalla.

UNA VIDA HEROICA

Romain Rolland

Por el Dr. Félix Ibáñez



ROMAIN Rolland ha cumplido setenta años.

Con un temblor emotivo en mis manos y una palpitante admiración en mi pensamiento, aporto mi granito de arena al edificio triunfal que la humanidad civilizada eleva estos días al bravo francés, luchador viejo y educador nuevo. De todos los ámbitos intelectuales de la Tierra, de todos los reductos proletarios del mundo, del alma de todos los que sufren, del esfuerzo de todos los que luchan, brota en estas jornadas con ímpetu volcánico el torrente de fuego de la admiración, el amor y la humana simpatía, hacia quien como el apóstol de la Paz hizo de su personalidad una encrucijada de los caminos de dolor del Mundo.

Diffícilmente, rebuscando en las arcas de la Historia halláramos, ni entre los místicos iluminados por la fe en su Religión, ni entre los reformadores sociales empujados por el vendaval de sus convicciones, una figura más fecunda en posibilidades, más henchida de realizaciones que la del hombre que nos ocupa.

Romain Rolland es hoy, pese a su espléndida madurez, un faro de luz clara en las tinieblas espirituales de Europa y un símbolo romántico para los luchadores de todo el mundo.

Los que han seguido paso a paso su vida y le han visto elevarse en un vuelo épico, en una egregia epopeya espiritual, sobre el horizonte histórico de su época, asisten hoy rebosantes de fervor, al bello ocaso del hombre que supo abarcar entre sus brazos a toda la Humanidad, que supo dar albergue en su corazón a todos los dolores humanos.

Al escribir este artículo en el cual sólo pretendo atraer la atención de las masas populares sobre la figura de Romain Rolland, yo cumplo un deber de gratitud y pago una deuda espiritual que hace ya mucho tiempo contraí con el gran pacifista francés.

En la vida de todos los hombres, existe un suceso o figura que ha influido de modo decisivo en orientar el curso de sus vidas.

Para Rousseau fué aquella alondra cantarina que se cruzó en su camino, cuando él marchaba por los bosques de Saboya con el alma a oscuras y una cruz de amarguras en su pensamiento.



Para Teresa de Jesús, su enfermedad y sus dolores que le marcaron el rumbo evangélico de su vida. Para Raimundo Lulio, el cáncer que roía el busto de su amada. Para el místico indio Vivekananda, la visita hecha al andrajoso y escuálido asceta que llamaban Ramakrishna. En la existencia de todos los humanos, ya ostentasen en la frente el laurel de la Inmortalidad o viviesen en la gris penumbra del anonimato, siempre se interpuso una figura o situación en su camino, como el ángel mítico al inquieto israelita, que les marcaron con un índice de fuego el auténtico monte de su ruta.

Para mí, e imagino que para tantos hombres, fueron Romain Rolland en Occidente como Vivekananda en Oriente, los conductores alados de mi voluntad.

Romain Rolland ha sido, espiritualmente, con el vuelo de águilas que es su prosa y el avance heroico de su existencia, mi introductor en las líneas de fuego de la vida, donde combaten la justicia y el desafuero, la razón y el sinderecho, la fraternidad y el despotismo.

Tal es la causa de que hoy pretenda unir mi voz anónima, al coro triunfal que desde todos los ángulos del mundo canta al héroe su himno de gloria.

¿Qué ha sido la vida de Romain Rolland?

Desgraciadamente existen muchas personas en España que ignoran la obra polifacética del heroico luchador. Que desconocen las irradiaciones de luz que su pluma ha desparramado sobre

todos los pueblos, como desconocen los ríos de bondad que la varita mágica de su palabra ha hecho fluir de las duras peñas de las personalidades individuales.

Laborando por romper ese injusto silencio con que España ha recibido el 70º aniversario de Romain Rolland, en diversas revistas consagro al héroe artículos que muestran las facetas de su vida. Me limitaré aquí a dar un clarinazo de alerta sobre algunos aspectos de la misma.

Romain Rolland nace de una familia suavemente burguesa en un rincón de la Borgoña. Un reducido circuito de soledades espirituales, un estrecho horizonte de ideales, le cercan.

De vez en cuando la sangre tumultosa de sus antepasados, fanáticos y revolucionarios, borbotea en sus venas y del circuito se pasa a un corto-circuito de chispazos de entusiasmo, abriéndose en su horizonte, brechas de liberación espiritual. En la vieja casona, el niño Romain vaga por las salas desiertas, seguido de la apagada mirada de los retratos de sus antepasados; o se acerca al viejo clavicordio y arranca tanteos musicales, balbuceos en los que gotea suavemente la música de Mozart y Beethoven. Otras veces se acerca a los ventanales y mirando el horizonte ensueña, o bien se contempla espejear en el agua dormida del canal cercano.

En aquella infancia va incubándose la vida heroica, la obra genial; que será una centella de luz sobre el fangoso presente y una esperanza alada, un meteoro llameante, heraldo de un porvenir luminoso.

Años de colegio; primeros tanteos literarios; aprendizaje en París; días de la Escuela Normal. La música se adueña del joven estudiante. Sus trabajos literarios sobre Historia de la Música comienzan a llamar la atención del París intelectual. Su viaje a Roma, como pensionado de Arte, le pone en contacto con las voces lejanas del Renacimiento. El mármol de Miguel Ángel, las formas y colores de Rafael, le abren ventanales por donde se asoma a un nuevo mundo. Regresa con la piel del alma tostada, al lejano sol del Arte pretérito. Sus conferencias sobre Historia de la Música atraen la atención sobre él. Porque su palabra trae cabalgando sobre el sonido, gestas lejanas.

Junto con Regy y con Suares, camaradas de lucha, Rolland comienza a publicar sus Cahiers de la quinzaine; cuadernos de arte y literatura que durante quince años viven en el anónimo, sin salir de un estrecho círculo. En ellos va deslizándose para que vegeten en una dulce oscuridad, lo que después serán sus obras inmortales: El Juan Cristóbal, su Teatro de la Revolución, dramas heroicos en los que pretende volver a depositar sobre el escenario de su tiempo, aquellas virtudes heroicas, aquellos valores morales, aquel idealismo, que parecen haberse esfumado al caer Víctor Hugo y los últimos románticos.

Pero la niebla de la incompreensión le envuelve, ahoga sus llamadas. Y por esa neblina brumosa de indiferencia, las que habían de ser des-

de su aparición estrellas de fuego que marcaran un nuevo firmamento a la Humanidad, no pasan de ser bengalas cuya luz hace más borrosa la bruma que les cerca.

Pero el fracaso es la piedra de toque del templo de los hombres. En sus pedernales se quiebra el ánimo apocado y el falso valor; o se temple, endurece y afila el auténtico acero espiritual, la voluntad heroica del triunfo.

Años de lucha y de trabajo. Trabajar anónimamente, para una reducida minoría que comienza a formarse en torno suyo, atraídos por sus luces humanitarias, como las mariposas por el dardo amarillo de la bujía.

Años largos de lucha incansable, de trabajar diez, doce, quince horas diarias, de modo esforzado y anónimo. Romain Rolland ha hecho suya la causa de la Humanidad; sus obras teatrales, sus novelas y sus artículos son manifiestos del alma, son exaltaciones del espíritu, apelaciones al anhelo de fraternidad y justicia de los hombres. Sus manos inquietas modelan biografías heroicas. Pero anotadlo bien. Rolland desdeña al guerrero, al héroe de la sociedad, al caudillo bélico o al triunfador anónimo. Él, busca las auténticas gestas, aquellas que para una época son fracasos pero que en realidad dejan huellas de luz en la marcha de la Humanidad. Así es, como por sus páginas desfilaran Miguel Ángel, Beethoven, Tolstoy, todos aquellos que siendo en su tiempo humildes vencidos, fueron en realidad los vencedores del mundo. Rolland acoge la causa de los humildes, de los incomprendidos, y lo hace para consuelo de los que sufren, para elevación de los que lloran. Él mismo lo dice: «...la vida jamás es más grande, más fructífera y por ende más feliz, que en el dolor».

Con esa idea, forja en sus obras el poema de los que sufren, el canto épico a los vencedores-vencidos, a todos aquellos para quienes la sociedad de su tiempo tuvo un gesto de burla o de desprecio o el pisotón del odio, y para quienes la Historia reivindicó más tarde el sitio de honor de los constructores de la humanidad.

Aquellas obras representaron para todos los amargados de la vida, un aliento poderoso.

El nuevo concepto que del héroe establecía Romain Rolland, vivificaba las almas y comenzaba a establecer en los dolientes la hermandad de la Tristeza, pero también la vigorización de la esperanza.

«No denomino héroes a aquellos que han triunfado por ideas o por la fuerza: Sólo considero héroes a aquellos que fueron grandes por su corazón.»

Esta obra genial, que iba a elevar más el nivel intelectual y moral y las aspiraciones de justicia de las masas populares, que cualquier otra propaganda social, fué coronada con su famoso Juan Cristóbal. Obra genial a la cual iba a consagrar más de diez años de su vida. El Juan Cristóbal es la historia de la Humanidad entera, la narración de sus glorias y servidumbres a través de la vida de un hombre. Pero antes de valerle a

Romain Rolland el Premio Nobel de la Paz, la obra titánica donde cantan con voz armoniosa los ensueños de los hombres y con voz de trueno los designios de los pueblos, el Juan Cristóbal, pasó por un período totalmente anónimo. Años y años de trabajar en una buhardilla, alternando sus lecciones como Profesor de Historia de la Música, con sus escritos de toda clase, sus propagandas por la paz, siempre envuelto en esa soledad heroica que nimbó todos los años de su vida.

Casi los primeros cincuenta años de la vida de Romain Rolland transcurrieron en el anonimato. ¿Dónde se hallará otro hombre a quien, poseyendo tan excelsas cualidades intelectuales y tan hondos valores humanos, haya puesto la vida más a prueba su tenacidad?

Pero él no desmaya. Desde lo alto de su buhardilla sigue trabajando, sin más compañía que sus cuartillas en las cuales estampa hora tras hora su amor a los hombres y sus sueños de paz y de justicia social, y su piano en dónde como y de descanso a la tarea, desliza los compases magos de sus maestros musicales. Así, día tras día, su corazón va convirtiéndose en un resonador vibrante de todos los dolores universales. E igualmente a como él un día, escribió a su admirado León Tolstoy demandándole consejo y orientación espiritual — correspondencia bellísima que hoy empieza a ver la luz en la revista «Commune» —, son muchísimas las gentes que acuden al solitario luchador buscando consuelo a sus dolores y consejo para sus conflictos espirituales, en la pureza de aquella alma grande y noble. Ejemplo intachable de albura sin mácula, de limpieza moral en una época, en la cual la inmoralidad se hacía norma colectiva de conducta.

Con sus ojos cansados Romain Rolland atalaya el panorama del Mundo, su palabra y su pluma están incansablemente al servicio de las causas fraternales y justas. Su persona no le pertenece, convertido en Cristo de la Humanidad hace tiempo que se dejó crucificar en la cruz de las ruinas de los fariseos.

Entonces sobrevino la guerra.

En el año de 1914 el Mundo entero se incendia en llamaradas bélicas. Europa tiembla al choque de las armas, los hombres idealistas se fanatizan, las almas nobles se hacen sectarias, los ánimos bondadosos se inundan de crueldad, los brazos amigos se convierten en zarpas, cada hombre en una fiera, las naciones en volcanes erizados de odio y de metralla. Europa rompe su caparazón civilizado y vomita de sus entrañas lavas monstruosas de rencor y de salvajismo. En medio del caos, solo un hombre hay en Europa que conserva su razón clara, firme su voluntad, eleva su espíritu: Romain Rolland.

La lucha que entonces se entabla entre el soli-

tario pacifista refugiado en Suiza y el Mundo entero, es algo épico que sobrepasa toda imaginación. La describimos en otra revista. Sólo hagamos constar aquí, que durante la guerra aquella hormiguita que se atrevió a luchar contra el rebaño de elefantes enloquecido de las naciones europeas, se basta para mantener frente a las hogueras de la guerra, encendida la llamita azul de la Paz.

Vilipendiado, injuriado, amenazado por sus compatriotas, odiado y calumniado por sus enemigos Romain Rolland, solo, gigantesco y firme en su soledad, dirige su palabra por encima del fragor de la contienda. No teme a nada ni a nadie, porque su causa es la de la Paz, es la de la Fraternidad Universal. Y cuando las aguas desbordadas vuelven a su cauce, Romain Rolland vuelve a quedar firme en su sitio, como una roca que ha desafiado victoriosa el empuje del torrente.

Entonces aprende a conocerle la Humanidad. Su calvario dió su fruto. Tras cincuenta años de lucha, la Humanidad trabajadora y doliente se agrupa en torno al hombre que todo, absolutamente todo, su felicidad, su salud, su vida, lo dió por ella. Le llueven honores, el Premio Nobel, galardones de todas partes. Su Juan Cristóbal da la vuelta al Mundo. Se le aclama en todas partes. Y entonces el incansable luchador emprende otras tareas supremas: la de unir Oriente y Occidente, la de elevar al triunfo la clase trabajadora. La historia de estas luchas la expondré en otros artículos que en diversas publicaciones escribiré para hacer lo más amplia posible mi campaña personal en el homenaje a Romain Rolland. Lo cierto, es que las clases trabajadoras, no pueden olvidar al hombre, que hoy, enrolado en las filas del movimiento obrero internacional, figura a la cabeza de cualquier clase de lucha contra el imperialismo y las tiranías de la civilización capitalista.

No. ¡La ingratitud no debe existir para quien sólo merece entusiasmo y agradecimiento!

La prensa, el mitin, la conferencia, el libro, deben de entonar desde las filas proletarias el himno triunfal en loor del heroico Romain Rolland.

Desde aquí lanzo este llamamiento con toda la fuerza de mi pensamiento. ¡Trabajadores de todas las ideologías, sumaos al homenaje mundial a Romain Rolland! ¡Toda su vida ha sido la lucha por la Libertad y la Justicia!

Hoy en que contempla su obra con sus ojos azules y en que pese a su edad sigue en lucha, aportémosle todas nuestras simpatías en forma de una campaña popular de homenaje.

¡Desde mi modesta tarea de luchador solitario que sigue tu huella, yo te envío hermano Romain Rolland, mi devoto y fraternal saludo y la promesa de seguir tu huella de luz!

Leed "La vida de Malatesta" por L. Fabbri

TIEMPOS
NUEVOS 119

El Anarquismo



y
el

Sindicalismo en Suecia

Por
Agustín Souchy

Siguiendo impulsos interiores y necesidades externas, las ideas antiautoritarias se desarrollaron en línea continuamente ascendente.

En los primeros años de nuestro siglo hicieron las ideas rápidos progresos. A causa de las discusiones entre obreros y patrones, comenzaron los trabajadores a reflexionar y a discutir sobre la forma y el contenido del movimiento socialista. August Palm, el verdadero padre y fundador del movimiento obrero sueco, tenía ideas revolucionarias y en su comienzo el movimiento tenía también un sello de radicalismo. La base del reformismo fué echada en 1891, en un congreso del partido socialdemocrático. El sufragio universal era la reivindicación que en 1902 llevó a una huelga política de masas de los obreros suecos. Un éxito inmediato no lo tuvo esa acción que duró tres días. Muchos empresarios respondieron con el lock-out. Pero el arma de la huelga, empleada en lo sucesivo en mayor proporción, hizo escuela. Hasta 1909 fué un período agitado para el movimiento obrero sueco. Huelgas y lock-outs se sucedieron unas a otros, siendo vencidos por lo general, los obreros.

Las múltiples derrotas de los trabajadores en esos movimientos incitaron a los elementos revolucionarios del movimiento obrero, especialmente a los jóvenes socialistas, a una revisión fundamental de las teorías, de la táctica y de la estructura orgánica del movimiento obrero. Los dos órganos de los jóvenes socialistas: *Brand* en Stocolmo y *Nya Folkviljan* en Malmö, se colocaron a la cabeza de la oposición. Se distinguieron particularmente por la publicación de artículos y folletos de anarquistas y sindicalistas franceses. En 1908 habían echado hondas raíces ya las ideas del socialismo libertario. En un congreso de los jóvenes socialistas que se celebró ese año se recomienda en una resolución el apartamiento de las aspiraciones que se dirigen a la conquista del poder político y la concentración, de todas las fuerzas en la conquista del poder económico. La

I



El margen del Continente europeo, relegado a un segundo plano por los acontecimientos en los grandes países, se ha desarrollado el ala radical del moderno movimiento obrero socialista también en Escandinavia, no sin la influencia de esas corrientes proletarias. Suecia y Noruega tienen gobiernos socialdemócratas; en Dinamarca el partido socialdemócrata es de significación decisiva en el gobierno del país. Las fuerzas activas del progreso y de la libertad han echado hondas raíces en el alma del pueblo. Desde allí se manifiestan luego a la luz del día.

El movimiento obrero revolucionario, libertario, de Suecia, ha llegado en el año pasado a una etapa importante de su existencia: la Sveriges Arbetares Centralorganisation, S. A. C., sección de la Asociación Internacional de los Trabajadores desde su fundación, ha festejado su 25 aniversario. Ese jubileo nos da motivo para una ojeada al desarrollo de ese movimiento.

Los comienzos del movimiento libertario en Suecia, se remontan a los años 190-1900. Una parte de los elementos jóvenes no quiso seguir al partido socialdemócrata en su marcha hacia la colaboración en el poder político del Estado burgués, prescrito por la socialdemocracia alemana. Entusiasmado saludó el Club de los Jóvenes socialistas de Stockholm la actitud del ala radical de la segunda Internacional, a cuyos portavoces en los congresos de los años 1890 y 1893 pertene-

huelga general es recomendada como medio de lucha, las cooperativas como campo de acción, anatematizando el centralismo en el movimiento obrero como perjudicial y defendiendo el derecho de autodeterminación de los miembros.

En ocasiones de una huelga de portuarios en Malmö, quisieron los jóvenes socialistas mostrar que no sólo hablaban de la acción directa, sino que eran también capaces de aplicarla. Los capitalistas hicieron llegar rompehuelgas de Inglaterra, pues en el país no podían conseguirlos. Habitando en el barco *Amalthea*, trabajando bajo la custodia policial, los rompehuelgas no se atrevían a moverse libremente en tierra. Tres jóvenes socialistas, Algot Rosberg, Antón Nilsson y Alfred Stern, para asustar a los rompehuelgas, colocaron explosivos en el barco que les servía de vivienda y los hicieron estallar. La acción tuvo resultado; los rompehuelgas, a quienes se les llamó la atención sobre la nocividad de su papel con medios tan contundentes, abandonaron el país. Los autores del atentado fueron descubiertos y condenados: Rosberg y Nilsson a muerte, Stern a trabajos forzados a perpetuidad. El Gobierno conmutó la pena de muerte por la de trabajos forzados a perpetuidad.

En 1909 culminó el movimiento en una huelga general que abarcó todo el país, y esta vez no con objetivos políticos, sino sólo económicos. Los sindicatos, escindidos en asociaciones de oficio, de las cuales cada una perseguía intereses especiales, no estaban a la altura de la acción. La huelga terminó con una derrota.

En el congreso sindical que se reunió inmediatamente después de la huelga, los jóvenes socialistas que representaban algunas asociaciones, presentaron proposiciones para la radicalización y la transformación orgánica. Bajo el influjo de los viejos jefes postergó el congreso las proposiciones revolucionarias hasta... las calendas griegas. En consecuencia, los sindicatos del sur de Suecia, que estaban bajo la influencia de los jóvenes socialistas resolvieron fundar un nuevo movimiento sindical, basado en las organizaciones locales independientes, unidas en federaciones de industria sobre principios federalistas.

El 30 de enero de 1910 tuvo lugar la conferencia constituyente de los sindicalistas suecos, (S. A. C.). Esa organización se ha desarrollado vigorosamente en los 25 años de su existencia, y hoy es uno de los puntales más estables del movimiento anarcosindicalista internacional.

Declaración de principios de la Federación Anarco-comunista Argentina

«Constatando que la experiencia de medio siglo de luchas sociales y particularmente la de los años que corren desde la última guerra mundial, confirma totalmente la crítica realizada por el socialismo libertario o anarquismo a las instituciones que constituyen el actual régimen social, las cuales se polarizan en las dos grandes fuentes de privilegio antisocial: el Capitalismo y el Estado.

Que por lo que respecta al sistema clásico de la economía capitalista, con todas sus trágicas consecuencias de explotación, desocupación y miseria, su absoluto fracaso queda demostrado por la insoluble crisis actual y admitido por los propios representantes de la burguesía al buscar una salida en los diversos ensayos de economía dirigida, que llegan inclusive a formas de socialismo de Estado, en beneficio de grandes monopolios plutocráticos.

Que tales ensayos, lejos de resolver los urgentes problemas de la crisis, sólo refuerzan el poder del Estado, agregando a los males ya conocidos del capitalismo, los que surgen del desmesurado crecimiento de una burocracia parasitaria, insaciable.

Que la concentración absoluta del poder político representado por el fascismo, con su corolario de esclavitud y guerra, es el resultado lógico de la descomposición del capitalismo, el cual trata de sobrevivir a su propio desastre a costa de una ilimitada opresión de los pueblos, aun cuando se vea obligado a compartir sus privilegios en mayor escala con la omnipotente burocracia.

Que la experiencia de la Revolución Rusa — el más trascendental acontecimiento en lo que va del siglo, en cuanto demostró que la insurrección proletaria es capaz de abatir al capitalismo — al crear por medio de la dictadura llamada proletaria una nueva casta privilegiada y opresora que monopoliza el poder del Estado, confirma prácticamente la posición anarquista que considera a ese organismo incapaz de servir como instrumento de liberación y por tanto de instaurar el verdadero socialismo, la sociedad sin clases y sin opresión.

Que una vez más queda demostrado cómo el Estado, órgano de represión al servicio de las clases privilegiadas, es a su vez fautor de división de clases, estableciendo un círculo vicioso que sólo puede romperse con la destrucción misma del Estado.

Que el momento actual constituye una verdadera encrucijada de la historia, ya que según sea la actitud que asuman las clases oprimidas frente a los peligros de reacción, guerra y dictadura, la humanidad podrá abrirse un cauce hacia la real y completa emancipación o bien hundirse en un abismo de esclavitud que podría durar muchas generaciones,

La Federación Anarco-comunista declara

Que no es posible una solución de los graves problemas sociales sin una profunda transforma-

ción de las normas de convivencia, es decir, sin el conjunto de cambios de orden económico político y moral que designamos con el nombre de Revolución Social.

Que esa profunda transformación deberá ser realizada por el conjunto de las masas laboriosas y oprimidas, esto es, por los trabajadores de la ciudad y del campo, por los obreros manuales, intelectuales, técnicos, etc., que sufren hoy las consecuencias de la explotación capitalista.

Que es una ineludible necesidad orientar todas las luchas y movimientos de los productores, en el sentido de su capacitación ideológica y material para la acción revolucionaria y para la reconstrucción social sobre bases comunistas y libertarias.

Que la insurrección de las masas oprimidas para la expropiación de los capitalistas y la destrucción del Estado — sin lo cual no puede haber una verdadera revolución social — no implica el abandono de las funciones vitales para la colectividad, sino que esas funciones: abastecimiento de la población, reorganización del trabajo, defensa de la revolución, deberán organizarse de inmediato y estarán a cargo de los genuinos organismos creados por los productores, Sindicatos, Cooperativas, organismos especializados para la lucha o para la reconstrucción.

Que la creación del nuevo régimen social deberá basarse inicialmente en esos organismos — Sindicatos de oficio y de industria, Sindicatos campesinos, Cooperativas, Comunes, Consejos, et-

cétera — a cuyo efecto tales organismos, en parte existentes actualmente, habrán de modificar su estructura y formas de funcionamiento, de acuerdo a las nuevas tareas a cumplir en el momento revolucionario, excluyéndose toda dirección política o centralista de la revolución, como debe excluirse de las propias luchas inmediatas que hoy se llevan a cabo.

Que el funcionamiento armónico de esos organismos, sobre bases federativas, cumpliendo funciones precisas de utilidad social, coordinadas por cuerpos de relación de atribuciones limitadas y siempre responsables ante los organismos básicos que los constituyen, será la mejor garantía contra los peligros de una dictadura que podría estrangular o falsear la revolución.

Que de conformidad con los principios internacionalistas, la revolución deberá organizar las fuerzas y elementos de la nueva sociedad pasando por encima de fronteras convencionales, tendiendo a formar organizaciones regionales sobre la base de la unidad económica.

Las Agrupaciones anarquistas organizadas en esta Federación, a los fines de la mayor eficacia de la labor común, habrán de realizar una obra de orientación y de impulso revolucionario sin pretender la dirección del movimiento y no permitiendo en la medida de las fuerzas que ningún organismo político dirija o desvirtúe la revolución, función aquella que siempre y en todos los casos habrá de radicar en los organismos específicos de las clases productoras.

Indemnizaciones a Nobles de España

Las indemnizaciones que el Estado español pagará en virtud de la contrarreforma agraria, a los Grandes de España expropiados a raíz del pronunciamiento de agosto de 1932, se elevan a 577 millones de pesetas.

Los latifundistas más favorecidos por la nueva ley, son los siguientes:

El duque de Medinaceli, que posee 79.146 hectáreas.

El duque de Peñaranda, que posee 51.015 hectáreas.

El duque de Villahermosa, con 47.203 hectáreas.

El duque de Alba, con 34.455 hectáreas.

El marqués de La Romana, con 29.096 hectáreas.

El marqués de Comillas, que posee 23.719 hectáreas.

El duque de Fernán Núñez, que posee 17.732 hectáreas.

El duque de Arión, a quien deberán restituírsele 17.666 hectáreas.

El conde de Romanones, poseedor de 15.132 hectáreas.

El conde de Torre Arias, que posee 13.644 hectáreas.

La marquesa de Mirabel, que posee 12.570 hectáreas.

El duque de Lerma, que posee 11.879 hectáreas.

El resto hasta completar la suma de 485.000 hectáreas, es decir, 102.000 hectáreas, se reparten entre las familias de Riscal, Albuquerque, Elda, Tamañes, Viana, Torno, Narros Sotomayor, etc.

Las indemnizaciones que serán pagadas con los fondos del Tesoro Público, serán distribuidas en la siguiente forma:

Catorce grandes propietarios obtendrán 383 millones de pesetas.

Diecisiete grandes propietarios recibirán 102 millones de pesetas.

Y 68 latifundistas recibirán 92.000.000 de pesetas. O sea, en total, 577.000.000 de pesetas.

Contra esa expropiación infame del pueblo español en beneficio de los terratenientes, el nuevo gobierno Azaña ha decretado que quede en suspenso la contrarreforma agraria de Lerroux-Gil Robles.

A este número acompaña, en lámina suelta, la reproducción del retrato de Erich Mühsan, el escritor anarquista asesinado en un campo de concentración alemán, por el pintor G. Cochet.

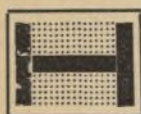
Mi lucha con el Estado español

por

Gonzalo de Reparaz



I



E nacido dos veces. La primera el 20 de febrero de 1860, en Oporto. La segunda el 11 de febrero de 1911, en Tánger. De mi primer nacimiento no quiero escribir: es un suceso vulgar. Del segundo, sí: por singular. Con este mi nacimiento segundo nacieron y murieron muchas cosas: unas dentro de mí; otras fuera. Contándolo se verá cómo y cuáles. Por eso lo cuento. A unos pocos servirá de lección esta historia; a los más de entretenimiento; a mí me toca el contento de haber quedado para contarlo. Además me acuerdo muy bien de ella, mientras que de aquella otra más antigua se me ha borrado toda memoria, a pesar de tenerla tan buena.

Servía yo al Estado español. No estábamos de acuerdo en nada, y de desacuerdo en desacuerdo vinimos a este definitivo, irreductible y amargo: mi patrón decidió suprimirme, eliminándome de esta vida; yo me obstiné en vivir. Y como soy terco, perseveraré irreverente y tenazmente en mi propósito, con gran sorpresa e indignación suya. No estaba acostumbrado a rebeldías; enfurecióse la mía; persiguióme sañudamente; y fallida la supresión fulminante, por asalto, pensó lograrla mediante el asedio por hambre, por la miseria, o por la acumulación de los años, fuerza incontrastable.

Así llevamos, hoy 5 de febrero de 1936, un cuarto de siglo. Me dispongo a conmemorar el aniversario; solemne fiesta a la que te invito, lector, y en la que nos verás a mí con la misma salud y a mi adversario con tan poca vergüenza como entonces.

II

Desde que nos conocimos, vimos que no congeniábamos. Pero íbamos viviendo, de escaramuza en escaramuza, sin tirarnos del todo los trastos a la cabeza.

Ya el 97, mi enemigo me encerró en la Cárcel Modelo de Madrid, por haberme permitido escribir que su campaña ultramarina era un disparate político, una estupidez militar y un atraco

constante al dinero del contribuyente español, y que aquel sacrificio de vidas humanas (de vidas humanas humildes: las de los que no disponían de 2,000 pesetas para redimirse del servicio) acabaría en un desastre nacional. No le pareció suficiente a Cánovas mi prisión y procesamiento. Pensó que era más eficaz enviarme a Cuba de soldado raso (por prófugo), a las órdenes de Weyler, estratega incipiente, pero magno fusilador, de quien yo había declarado en la Prensa la insuficiencia, la crueldad y la inmoralidad. El plan del continuador de la Historia de España era claro, sencillo, significativo y resolutivo. El prófugo, mochila a cuestas, de centinela una noche en la manigua; entre las tinieblas unos tiros; el centinela cae; muerto el perro, se acabó la rabia. Aguóse la fiesta, porque el perro no era prófugo: era miope, y por serlo, poseía la declaración de *inútil totalmente*: justo la que correspondía a Weyler como general, y a Cánovas como estadista. Pero, ¡oh, desgracia nacional!, en un Estado, fundado en la selección invertida a esos inútiles totales, correspondía, y corresponde, la dirección de los negocios públicos. Yo hartó hice con quedarme por acá, miope, vivo y acusador. Cánovas fué, de allí a poco, enviado al otro mundo por Angiolillo, ocurriéndole a él lo que intentó que me ocurriera a mí. A Weyler lo destituyó Sagasta, sustituto y continuador de Cánovas. A España le sucedió la desgracia por mí anunciada, y a mí el nuevo Gobierno post-catastrófico me encargó de ir a estudiar en el extranjero la reforma de los servicios públicos. Presidía Silvela, hombre inteligente, sin voluntad, a quien presidía Dato y luego vino a dirigir Maura, medianía majestuosa. Estudió diversas reformas, menos la de los hombres, en la que nadie pensaba, aunque era la esencial. El Estado me encargó estudios sobre materias de que yo poco o nada entendía. Por eso me daba el encargo que, de ser yo competente en ellas no me le diera. Para servirle a gusto de él, lo primero era ser como él: incompetente. La competencia del servidor descubría la incurable incompetencia del patrón; poníale en ridículo; enfadábale. El subalterno, al dar lecciones al superior, ofendíale. El superior, ofendido, trocábase en enemigo implacable. Fui

aprendiendo esta verdad desoladora poco a poco.

Mandé a Dato un largo informe sobre administración local; luego, a él y sus sucesores, otras memorias sobre organización de la policía, reglamento de teatros, suplicatorios, etc. Pero estando en esto, me salió al paso una nueva materia de estudio más de mi gusto, que el Estado no me encargó (no me la hubiera encargado nunca, por conocerla yo bien y él ignorarla mejor), y de la que me guardé muy mucho de informarle, seguro de que si le informaba me la echaría a perder. Diré brevemente cómo tuve esa suerte, origen de todas mis desgracias, según se verá.

Conversaron el Embajador (León y Castillo) y el ministro de Estado francés (Delcassé) sobre los límites de nuestras tierras de Guinea. De esta conversación pasaron a otra sobre Marruecos. Delcassé, de acuerdo con Inglaterra, quería resolver el problema del Islam Occidental, entregándolo a la tutela de España, nación inofensiva, para consagrarse ambas potencias a la obra de la destrucción de Alemania, sin derivaciones de su atención en el Sur. Para ello se siguieron negociaciones con Italia y con España. En ésta nadie sabía una palabra. León y Castillo me dijo cierto día: «Yo de esto no sé nada. Necesito que usted me ponga al corriente.» ¡Magnífico!, pensé: ¡he aquí mi hombre y mi ocasión!

De aquello, sí sabía yo. Y como sabía, no era apóstol de guerras y conquistas. Al contrario: creía que la misión de España era salvar a los bereberes y árabes de allende el Estrecho, del imperialismo francés. Así, los salvábamos a ellos y nos salvábamos nosotros, porque una España cogida entre la Francia africana y la Europa, no puede subsistir. ¿Programa? Este que hacía veinte años venía defendiendo en la Prensa: «Los musulmanes son nuestros hermanos y les debemos amor; fueron nuestros maestros y les debemos respeto y gratitud; fueron nuestras víctimas y les debemos reparación cumplida.» Doctrina humanitaria que los españoles no entendían, pero con la cual no necesitábamos en Marruecos ni un hombre ni una peseta. El *Times* me había felicitado por ella tiempos atrás (artículo de fondo de 14 de diciembre de 1893), pero añadiendo esta profecía: «V. Sr. Reparaz, con esas ideas, acabará por atraerse la animadversión de sus compatriotas». ¡Que fué, efectivamente, lo que me sucedió!

León y Castillo y yo trabajamos secretísimamente. Gracias a que el Estado español nada supo de la negociación, logramos el mejor tratado de la Historia de España. El mejor y el más barato. El Ministerio de Estado dejó de pagarme en lo más arduo de la negociación, y tuve que seguir colaborando sin más paga que una gratificación de 200 francos que el Embajador me pasaba mensualmente. Recordemos que ese mismo Ministerio paga dietas de 100 pesetas oro *diarias* a personajes pomposos pero hueros e inservibles, y sigamos.

Casi acabados estaban aquellos trabajos, cuando cayó el Gobierno súbitamente. Volvió Silvela.

Fuí a Madrid a reclamar el pago de lo que se me debía: 7,750 francos oro. Pedíselos a Silvela, rogándole, además, que en adelante hubiera formalidad en los pagos.

—¡Ay, amigo mío! —me contestó sonriente—; pide usted dos cosas que no hay en España: dinero y formalidad.

Bien conocía a su patria el Presidente del Consejo. No sólo no he cobrado todavía aquellos 7,750 francos, sino que ahora el Estado me debe mucho más. ¡Pienso que para cobrarlo tendré que vivir más que las Pirámides de Egipto!

III

Como no había más remedio que meterse en Marruecos, porque así lo querían Francia e Inglaterra, no porque España se creyera con misión protectora y reconstituyente alguna, hubo que aceptar el tratado de 1904, en el que se la confiaba la portería del Mediterráneo; esto es: quedaba encargada de servir al Imperio Británico, custodiando el estrecho de Gibraltar de modo que el Imperio colonial francés no llegase hasta sus orillas, en vez de proteger al hermano marroquí contra el invasor ario. Tocóme hacer las nuevas zonas de influencia. Encargáronme luego de preparar la influencia para las zonas.

Puse manos a la obra con arreglo a mi programa: amparo paternal al moro; paz, conquista moral y cultural sin más ejército que el médico, el albéitar y el ingeniero agrónomo; supresión de toda propaganda religiosa; limpieza en la acción del Estado. Y luego me salió éste al paso, indignado, por tales novedades. Abominaba de la inteligencia y del conocimiento: cosas de sabios. Detestaba la pulcritud: cosa de tontos. Amaba la guerra y los negocios: política práctica. El representante del Gobierno, Alfonso Merry del Val, muy propiamente le representaba. Invítelo a visitar mi biblioteca, la primera que un español llevara a Tánger. Recorrió las salas llenas de libros sin decir palabra. Luego, al llegar al portal, volvióse y exclamó casi conmovido: «¡Qué limpias están estas escaleras!»

Días después, en su despacho, sorprendióse nuevamente con este otro destello de su inteligencia: «No se canse usted en crear intereses españoles. Aquí el elemento colonial que más hace falta, es un buen callista.» ¡S. E. para discurrir, necesitaba no tener molestias en los pies!

En poco tiempo gané el cariño de los moros y la antipatía de los españoles. Convivía en el campo con aquéllos y del campo venían ellos a buscarme. Los españoles apartábanse de mí y reuníanse en los cafetines y tabernas a comentar indignados mi pecado: «Yo era un protegido de Maura que cobraba un pingüe sueldo por no hacer nada, dándome la buena vida de pasar de acá para allá. Así se lo contaron a un tal Ciges Aparicio que apareció en Tánger el año 10, gran estudiante del problema de Marruecos en la Universidad del Zoco Chico, y así lo contó

La Tuberculosis enfermedad social

por

AMPARO POCH Y GASCÓN

Siendo la herencia de la tuberculosis una cuestión que carece de importancia práctica, importa conocer bien los factores que influyen en el contagio de la enfermedad, modo como en la vida corriente se adquiere la tuberculosis. El contagio, prácticamente, se verifica en la infancia la gran mayoría de las veces; y el niño infectado puede recorrer dos caminos distintos: o se hace tuberculoso franco, verdadero enfermo cuyo final depende de causas que ahora no nos importan, o dominando la infección por medio de sus defensas naturales, acorralla y limita los bacilos tuberculosos en algún rincón de su organismo desde donde éstos ejercen una acción permanente de *vacuna* que le inmuniza relativamente, contra infecciones posteriores. Pero éstas pueden, por sus exigencias, sobrepasar las defensas del individuo; o estas defensas debilitarse por alguna razón; y entonces estalla la enfermedad. Estas infecciones post-infantiles que sobrepasan el umbral de tolerancia, constituyen lo que prácticamente se llama *contagio* tuberculoso.



¿Qué factores sociales influyen en este contagio? Todos aquellos que favorecen la promiscuidad, el contacto persistente e íntimo, y por consiguiente, la superinfección; y todos aquellos que disminuyen el vigor y la salud, y, por tanto, las defensas orgánicas.

AGLOMERACIONES HUMANAS

Su acción nefasta se echa de ver siguiendo las huellas de la «civilización». Allí donde la humanidad constituye núcleos de po-

él en un librejo, poco después. Entre tanto yo, aguantando diluvios, soportando los ardores del sol, comiendo y durmiendo como podía, rodando más de una vez por algún barranco con grave riesgo de las costillas, doctoréme en la morería con este título: *el sájebi muselmin* (el amigo de los musulmanes). Respetado y aun venerado como *hombre justo*, sentencí pleitos, ordené divorcios, amenacé con castigos, bastando la amenaza para obtener la sumisión.

Hasta que un día el Estado, por boca de aquel su representante, fulminó contra mí esta sentencia condenatoria: «No se puede tolerar que el señor Reparaz tenga entre los moros más influencia que la Legación».

¡Terrible pecado el mío! ¿Pero qué culpa tenía yo de que la Legación, tan bien pagada y tan imponente, no tuviera influencia alguna en ninguna parte? Debíalo a que era tonta e igno-

rante, pero la falta era suya, no mía. Y lo que pretendía era rebajarme a su nivel, ya que ascender ella al mío era imposible.

Iniciada la guerra, un suceso imprevisto dió al traste con mis esfuerzos para evitar las hostilidades declaradas. Fué cuando del terreno de la acción política pasamos al de la pulcritud. En él ocurrió la catástrofe que trastornó para siempre nuestra vida: la mía y la del Estado español. Yo quedé arruinado. El tuvo que cambiar de régimen. Caí, pero arrastré en mi caída a la secular Monarquía española. Acabáronse cincuenta años de mi vida y renací de mis cenizas para otra.

Historia que debían saber todos, pero que no sabe nadie, y menos que nadie los empresarios del nuevo régimen llamados revolucionarios.

Otro día la contaré. Sírvale el presente artículo de prólogo.

blación densos, aparece la tuberculosis cuya intensidad es paralela a la densidad del grupo humano; en los grupos indemnes, la infección tuberculosa es introducida por los elementos que pretenden llevar la *civilización*, con otras enfermedades, como las venéreas; y algunos vicios, como el alcoholismo y el tabaco.

VIDA FAMILIAR

Esta favorece el contagio en elevadas proporciones y cualquiera puede comprenderlo si se considera que la vida familiar lleva consigo la intimidad del contagio con la fuente infectada: la persistencia de dicho contacto. Por esto, la vida familiar es un origen copioso de superinfecciones continuadas, particularmente peligrosas en los niños, en los que las defensas orgánicas no están, aún, bien aptas para su cometido. El contacto más peligroso tiene lugar cuando la fuente de contagio está constituida por la madre. El niño bebe y respira el aliento materno; la madre prepara las ropas y los alimentos del pequeñito; ella misma los prueba para comprobar su sabor y su temperatura... ¡Ninguna intimidad como la de la madre y el niño! ¡Ninguna tuberculosis tan peligrosa para el niño como la de su madre!

VIDA ESCOLAR

Después de la vida familiar, amenaza al niño el contagio en la escuela. Aquí puede proceder de los compañeros o del maestro. Muchas veces no son los compañeros de banco los que contagian al niño, sino los que salen con él y le acompañan por la calle. En cuanto a la tuberculosis del maestro, el problema es de solución difícil en la sociedad burguesa; porque el maestro con una tuberculosis abierta debe ser separado de la enseñanza; y en este caso pierde generalmente los medios de vida, por lo que procura ocultar su enfermedad hasta donde y cuando le es posible.

La forma más peligrosa de la tuberculosis del maestro, es la de localización laríngea, pues en este caso en todas las conversaciones se realiza una abundante emisión de bacilos.

VIDA MILITAR

Después de la escuela, el cuartel contribuye de manera importante a diseminar la

tuberculosis. Se realizan, durante este período de la vida, una serie de condiciones que favorecen el contagio: edad juvenil, hacinamiento, malas condiciones higiénicas de la habitación, promiscuidad, sobrecarga física, etc. Todo ello se acentúa en épocas de guerra, en que las condiciones de vida son antihigiénicas en grado superlativo y la fatiga física y moral con la alimentación insuficiente cuantitativa y cualitativamente, debilitan en grado pronunciado la resistencia del organismo.

La vida militar ejerce, además, un funesto influjo sobre la morbilidad tuberculosa, en el sentido de que, después de su licenciamiento, los jóvenes contagiados llevan su enfermedad al medio familiar; generalmente, al medio rural en que residen, y donde, en contra de la abundancia de sol y de aire, está muchas veces el alojamiento antihigiénico.

ALOJAMIENTO

Debe reunir las condiciones primordiales de ser bien soleado y bien ventilado. Además no debe estar superpoblado. En realidad, cada uno de los miembros de la familia debe tener su habitación, con luz y ventilación directa. El estudio estadístico de los diferentes distritos de una población, enseña que la morbilidad tuberculosa es tanto mayor cuanto más superpobladas se encuentran las viviendas. Facilitan en este caso los contagios, la intimidad y frecuencia de los contactos, la falta de aireación y la oscuridad.

ALIMENTACIÓN

Una alimentación escasa o inadecuada, produce un debilitamiento del organismo, cuya resistencia es así disminuída. Durante los períodos de guerra, o de hambre debida a otras causas, se ve ejercer a la hipoalimentación su nefasta influencia sobre la cifra de morbilidad por tuberculosis.

La educación alimenticia debe ocupar un lugar importante en la lucha contra la tuberculosis.

INDUSTRIALIZACIÓN

Actúa, por una parte, favoreciendo las aglomeraciones humanas; las cuales sufren, casi siempre, de una insuficiente aireación, y de un alojamiento en condiciones defectuosas. Además, la industrialización es productora de polvos cuya acción sobre los pul-

mones desempeña cierto papel en la diseminación del contagio.

Sin embargo, en la actualidad, la cifra de morbilidad tuberculosa en los campos ha aumentado más que la de las ciudades, relativamente.

Esto parece debido al retorno al hogar de los militares tuberculosos, muy notablemente después de la guerra europea. Durante el triste acontecimiento, se manifestó, también, un aumento relativo de la tuberculosis femenina mayor que la masculina; paralelo al aumento de la mano de obra femenina en la industria.

PROFESIONES

Son tanto más importantes como factores de tuberculización, cuanto que reúnen en mayor grado estas dos condiciones nocivas: aglomeración de personal y permanencia en lugares cerrados. De tal manera, vemos hacerse mayor la cifra de tuberculosos en los empleados de oficina, en los funcionarios de casas de Correos, por ejemplo; en las poblaciones de prisiones y conventos, etc., etc.

La profesión influye, también, poniendo en contacto al sujeto con la fuente infectante o con el material tuberculoso. Es lo que ocurre entre los médicos, enfermeras, lavanderas, etc.

ALCOHOLISMO

No influye como factor de tuberculización más que cuando, en dosis exageradas, produce alteraciones que debilitan las defensas orgánicas. Esta decadencia se halla agravada por otros productos tóxicos que siempre van presentes en las bebidas alcohólicas.

Por lo demás, si el papel del alcoholismo se ha exagerado con respecto a la tuberculosis, son bastantes los perjuicios que ocasiona al hombre para encontrar argumentos sobrados con que combatirlo.

PARO Y MISERIA

La tuberculosis es, realmente, enfermedad de miseria, en el sentido de que ésta hace real la habitación antihigiénica y sobrepoblada, la alimentación insuficiente y la decadencia orgánica. Claro que la tuberculosis no castiga menos a los ricos, cuando

éstos se exponen a la contaminación. No obstante, el paro supone el aumento de morbilidad y la agravación de los casos existentes.

CIFRAS GENERALES

28 por 100 aproximadamente, de adultos tuberculosos, proceden de padres tuberculosos.

León Bernard, estudiando 125 familias con ascendientes tuberculosos y comprendiendo 501 niños, obtiene que:

15,4 por 100 mueren en la primera infancia.

18,2 por 100 mueren de tuberculosis más tarde.

37,2 por 100 eran tuberculosos en la época de la investigación.

29,2 por 100 permanecían aún indemnes.

Resumen: que 70,8 por 100 de los niños de familias tuberculosas habían muerto o eran tuberculosos.

En España, las estadísticas confeccionadas hasta 1931, señalan, para este año, las cifras máxima y mínima, respectivamente, de muertos por tuberculosis por 100 fallecidos, 2,54 para la provincia de Teruel. Y de fallecidos por tuberculosis por cada 10,000 habitantes: 21,87 para la provincia de Cádiz y 4,75 para la de Teruel.

La crisis de viviendas consecutiva a la guerra europea agravó en diversos países las cifras de tuberculosos. En Francia, una investigación anterior a la guerra, mostraba que 26 por 100 de las viviendas de 616 ciudades a que se extendía la investigación, estaban sobrepobladas; y esta proporción se elevaba, a veces, hasta 30, 31 y 32 por 100; entre estas viviendas sobrepobladas, el 40 por 100 estaban ocupadas por familias de más de seis personas. En algunas de estas viviendas, la mortalidad alcanzaba el 33 por 100.

En Alemania, la cifra de tuberculosis se hizo casi doble durante la guerra; 40 por 100 en los campos; 60 por 100 en las ciudades. En ello influyeron no sólo la crisis de la vivienda, sino también la alimentación deficiente.

En Blackburn, la mortalidad tuberculosa, de 0,64 por 1000 subió a 0,74; al mismo tiempo que el número de parados inscritos en la asistencia pública subía de 778 a la cifra de 4,501.





Unión revolucionaria por Solano Palacio

ASTURIAS: Hondos valles, gargantas y cañadas, con sus altivas rocas, de nieve coronadas; sus torrentes ruidosos, de aguas claras y frías; sus hondos socavones, de oscuras galerías; hondos desfiladeros; amplias landas marinas, empinadas colladas, cientos de bocaminas... sus mineros sombríos y fuertes montañeses han seguido el ejemplo de los aragoneses.

Nada arredra a esos seres que suben el calvario de la vida, inspirados en sentir libertario: Ni el odio de los guardias, que de sangre sedientos inventan refinados y sádicos tormentos; ni la miseria fiera que amenaza el hogar fueron causas bastantes para los doblegar. Han sido en la pelea esforzados titanes que en Olloniego, Mieres, Oviedo y Campomanes lucharon con denuedo e inaudito valor por el advenimiento de un régimen mejor.

Surgieron de los pozos profundos los mineros; las obras y talleres dejaron los obreros, cansados de una vida llena de sinsabores, rebelándose en contra de sus explotadores. Desde lejanos pueblos acudían a miles campesinos, valientes, osados y viriles al campo de la lucha, y aquellos compañeros de las guerrillas eran unos de los primeros.

Llevaban en sus pechos anhelos libertarios los parias del trabajo, todos los proletarios. El símbolo de lucha se encarnaba en la Idea; desde el taller sombrío a la lejana aldea había una corriente de justicia y amor entre los productores, unidos y hermanados por intereses mutuos; todos mancomunados, a una vida aspiraban más humana y mejor.

Primero fué el estruendo, la horrisona pelea que anunció a los obreros la lucha por la Idea. Como un clarín de guerra, del valle a la collada corrió la voz de alarma de esta gran asonada. U. H. P. la consigna de la insurgencia fué:

se oían dondequiera los gritos de: «U. H. P.». Los esclavos del agro, los siervos seculares, empujados por odios de ocultos avatares, llegaban entusiastas desde pueblos lejanos, jurando el exterminio de todos los tiranos.

Llegaban en camiones desde Riosa y Morcín, de Quirós, La Felguera, de Sama y Carbayín, de Grado, de Teverga, y Laviana y Aller los obreros, dispuestos a morir o vencer. Iban a los cuarteles de los guardias civiles, armados de escopetas, en busca de fusiles.

¿No visteis los fantoches de Asalto paseando borrachos y ostentosos, al pueblo provocando? ¿No los visteis del pueblo compensar el trabajo con injurias soeces y a golpes de vergajo? A estas fieras del orden les siguen los sabuesos del orden, que a estacazos suelen romper los huesos. Estos son los que todo lo husmean, tan serviles, tan bajos, tan abyectos, miserables y viles que a la especie canina deshonran: son los tales inferiores a todos los pobres animales.

Todos estos bichejos, aves del mal agüero se escondían cobardes en cualquier agujero cuando el pueblo, cansado de esperar tanto en vano se tomó la justicia, obrando por su mano, desafiando impávido la chusma de opresores; guardias, frailes y curas, caciques y señores.

¿No visteis esos hombres rudos de la montaña descender a los valles? Son la savia de España; son los rudos mineros, los simples campesinos que no quieren mandones ni dioses asesinos; es el pueblo insurrecto que arremete de cuajo contra cuantos vivieron de su esfuerzo y trabajo. Mercedes, privilegios, honores y grandezas; los palacios, el oro, las cuantiosas riquezas nada valdrán, se dice, porque los que luchamos llevamos por divisa: «no más dioses ni amos», y aspiramos a una futura sociedad, basada en la justicia, el amor y la verdad.

La Propiedad por León de Huelves

La propiedad ante el derecho positivo



del siglo XIX, al cual ayudaron los tribunales. Sánchez Albornoz, en la sesión de las Cortes Constituyentes de 18 de mayo de 1932 habló de él: Las Cortes de Cádiz decretaron la jurisdicción para la nación; la propiedad para el señor si era propietario, y se resolvió que cada uno presentara sus títulos, que aportara sus documentos, para demostrar si había poseído o no la tierra. Pero entonces se cometió un enorme fraude histórico. Hubo una gran serie de señores que no habían poseído sino la potestad pública del rey; que no tenían derecho alguno sobre las tierras de sus viejos señoríos, tierras que pertenecían a sus labradores, ni sobre las casas que habían sido de los campesinos, sus vasallos; tierras y casas sobre las cuales el señor no había ejercido jamás ningún derecho dominical, sino la potestad pública delegada del príncipe; hubo una serie de señores que, mediante informaciones posesivas burlaron la ley; hubo familias nobles que se apoderaron de las tierras de sus colonos, que tomaron de una manera inicua aquellas casas y aquellas propiedades que habían venido labrando hacía siglos los nietos de los primeros habitantes de aquellas tierras señoriales. Este fraude, al cual ayudaron los tribunales, todavía existe.

De otros despojos semejantes han sido víctimas muchos pueblos en su patrimonio común. Una expoliación por sí sola hubiera justificado una revolución campesina en España. No me refiero a las leyes desamortizadoras de 1836 y 1855, mediante las cuales se apropiaron el suelo nacional, por la décima parte de su valor, unos pocos logreros, sin que se alzaran otras voces de protesta contra el atentado que la de Flores Estrada, primero, y la de Claudio Moyano después. Aquello era injusto; pero tenía, al fin, un carácter legal. Por lo menos, el comprador de entonces restituía al Estado, en dinero, una parte, siquiera fuese pequeña, de lo que el Estado le entregaba en tierras. Lo que ha ocurrido después es mucho más sencillo. Pongamos por caso un Ayuntamiento rico por su propiedad comunal. Estamos en tiempos de la Restauración. El trono vacilante de los Borbones, necesita para afianzarse de nuevo en España, después de

la primera República, premiar a sus servidores, que no lo son por vínculo moral, sino por razón de interés. El pueblo de nuestro ejemplo está regido, naturalmente, por hombres afectos al régimen o, más exactamente, afectos al cacique que tiene influencia en Madrid. En Madrid, la licitud de las acciones se mide por la fuerza política que representa quien las realiza. Fulano arrastra 500 votos. En consecuencia, lo que hace o ampara Fulano está siempre bien hecho. Y un día, Fulano, o un amigo suyo, sale a dar un paseo por las afueras del pueblo. Otea una planicie. «¡Buena siembra podría hacer aquí!» Al día siguiente, unos hombres, a sus órdenes, trabajan aquella tierra que era de propiedad común. Se corren los linderos. El Ayuntamiento no se entera. Los pobres que se enteran se guardarán muy bien de decir nada. ¡Tiene buenos valedores Fulano! Y Fulano, al poco tiempo, cuando apunta la nueva cosecha, inscribe a su nombre en el Registro de la Propiedad 500 hectáreas de terreno.

Así adquirieron muchos la propiedad privada que hoy tienen sus herederos. Así acabó la propiedad comunal. Y esta República no ha hecho nada por reparar este desafuero.

Pueblos hay en España que pertenecen enteros a un dueño, como Sarnero (Salamanca), propiedad del ex duque de Alba; constituyen su vecindario 15 arrendatarios con sus familias; pagaban de renta 15.000 pesetas en metálico y 1.250 fanegas de trigo, en especie. Está amillarada esta finca en 10.860 pesetas y tiene una

LA propiedad tiene su origen en el derecho positivo.

La propiedad es el resultado de la evolución social en determinadas circunstancias. La Ley, al fijarla, haciéndola perpetua e inaccesible al choque de las ideas, cortó el camino a la evolución social y quedó establecida como hoy

está esta aberración que tanta miseria y dolor ha causado a la humanidad.

Todas las legislaciones garantizan el derecho de propiedad, como los medios de adquirirlo y traspasarlo. A la sombra de todas las legislaciones se han cometido fraudes. En nuestra patria se cometió uno a mediados

cabida de 2,564 huebras de 400 estadales. El Tejado, pueblo propiedad del mismo ex duque, pagaba de renta 12,500 pesetas y 940 fanegas de trigo, y estaba amillarado en 9,009 pesetas. Quepíjal (Salamanca), propiedad del ex duque de Sotomayor, pagaba de renta 1,920 fanegas de trigo y todas las contribuciones. Calzada de Don Diego (Salamanca), del ex duque de Tamames, con 115 vecinos. Y otros muchos, que harían interminable este trabajo.

Los sucesores de los señores que adquirieron la propiedad de las tierras en la forma que hemos relatado, fueron los que pusieron el grito en el cielo cuando en las Constituyentes se empezó a hablar de reforma agraria. Fueron los que organizaron esa contrarreforma en defensa de la propiedad, y quisieron darle un carácter general. Maquiavelo, decía: «Es asombroso el sentido de las gentes. Están dispuestas a olvidar la muerte o el asesinato o la ejecución de sus padres, antes que la confiscación de sus bienes.» Exacto. En España, sin llegar a esa exageración, lo intolerable para esos señores que ellos mismos se llaman *de orden*, es que se acordaron de unas fincas que habían adquirido por procedimientos oscuros. Al conjuro de ese impulso apareció en la vida política española un fenómeno a primera vista un poco sorprendente: la coalición electoral de derechas de noviembre de 1933, en la que entraban republicanos, monárquicos, laicos, tolerantes, confesionales, etcétera, la mayor parte de ellos votantes del artículo 44 de la Constitución y de la Ley de Reforma Agraria. Al votar pensarían que aquello sería letra muerta como tantas otras cosas fueron, pero cuando hubo que aplicarlas gritaron y se unieron a los enemigos de la vispera. ¿Qué les unía? El instinto de la propiedad, la defensa de la propiedad privada, de la propiedad sin limitación, de la propiedad a uso y fin de propietarios, a beneficio de su titular. Y, concretamente, como un accidente de la vida política española, un suceso político de buen negocio de reivindicación: aquellas 542.000 hectáreas que por méritos de un acontecimiento excepcional había dado buena dotación de tierras al Instituto de Reforma Agraria, encargado de transformar la constitución rural española para practicar asentamientos, podía ser punto de toque: reivindicar para las clases privilegiadas las fincas que habían sido expropiadas sin indemnización.

La tan odiada Ley de Reforma Agraria tiene muchos defectos y omisiones lamentables. Es menos radical que otras de Europa. El legislador quiso con ella transformar la constitución rural en favor de los obreros en primer término, de los modestos arrendatarios, después, sin olvidarse del cultivador directo que con sus brazos trabaja la tierra. El absurdo régimen de propiedad, todo privilegios para los terratenientes y sacrificios para los trabajadores, impide y dificulta sacar a la tierra el máximo rendimiento. Un arrendatario que sabe han de quitarle el fundo que cultiva en cuanto quiera el amo, no tiene interés en mejorarlo. Quien sospecha que le han de elevar la renta en cuanto aumente la producción, no siente deseos de realizar ninguna reforma. El labrador que conoció la amargura de ver incorporada a la tierra que no es suya la riqueza que su trabajo creó, sin que le alcance por este proceder ninguna recompensa, se siente invadido por el pesimismo y contribuye, sin decir nada, a que sus vecinos no

sientan la emoción creadora de su labor diaria. En el campo español falta entusiasmo por el trabajo. No se siente el afán de crear formas nuevas. Es la desgana quien acompaña a nuestros labriegos. Hay que cambiar de orientación. Esto es lo que se propuso el legislador al aprobar la Ley de Reforma Agraria. Y no lo consiguió.

«Cuando todavía había esclavos, éstos decían a sus amos: «Nosotros somos vuestros, pero la tierra es nuestra». Es decir, que a pesar de toda la injusticia y la crueldad de la posesión de un hombre por otro, encontraban aún más injusto y cruel el derecho de posesión de la tierra en un hombre que no la trabajara.» (Tolstoi.)

El agro español siente en sus entrañas la mordedura de la miseria, que es la que induce a los hombres a la desesperación, y si los gobernantes no acuden a él pertrechados de un amplio espíritu de comprensión, serán responsables de la ruina de nuestra patria. Si no lo hacen por impulso de justicia, deben hacerlo al menos por cálculo de egoísmo que, siendo el campo el punto de partida del sustento y desarrollo de la Humanidad, ir contra el campesino, urdiendo leyes que lo esclavicen o no suprimiendo aquellas que lo tienen esclavizado, es «matar la gallina de los huevos de oro». No creáis que esto se soluciona con aumentos de jornales, disminución de horas de trabajo, cooperativas de ahorro, ni otras cosas por el estilo. El único medio para mejorar la suerte del labriego y aumentar la riqueza agrícola, consiste en la liberación de la tierra acaparada por los propietarios.

«¿Eres tú, campesino — dice Reclús —, quien cultivas el trigo del cual se hará el pan? ¡Pues nadie tiene derecho de comercio antes que tú; nada existe más sagrado que tu trabajo, y sea mil veces maldecido quien quisiera quitarte el suelo, que es nutritivo gracias a tus fatigas.»

Los economistas — gentes que, según un filósofo italiano, reúnen bajo el nombre de ciencia una cantidad de enredos para demostrar que unos hombres tienen derecho a vivir del trabajo de los demás — afirman que no es cierto que la miseria exista por causa de que los propietarios lo retengan todo para ellos, sino porque los productos son pocos y no bastan para todos. Esta es falso, pues pudiera demostrarse que las tierras pertenecientes a los grandes propietarios bastarían para alimentar a todos los trabajadores.

Hay otra razón no menos poderosa, y es que, existiendo la propiedad individual, la producción está cohibida y fuera del interés privado por la competencia y falta de organización, y por eso se produce menos de lo que se produciría si el trabajo fuese hecho en común y guiado por el interés general de los productores y consumidores. «Si en medio (George) de la civilización más adelantada hay hombres que desmayan y mueren de necesidad, no se debe a la ruindad de la Naturaleza, sino a la injusticia del hombre.»

Las masas campesinas están viviendo una tragedia en España, que sólo acabará cuando sea hundido el sistema capitalista. La mayoría de los obreros agrícolas no trabajan, y cuando lo hacen, por salarios de hambre. Los salarios son rebajados, aprovechando la miseria en que viven. Las faenas del campo se paralizan sitiando por hambre a los obreros, al mismo tiempo

que se acentúa la represión y nuevas víctimas proletarias pasan a engrosar la lista de centenares de obreros y campesinos que cayeron para ya no levantarse.

Los campesinos, agobiados por las cargas, impuestos, contribuciones, que han de pagar, esquilados por los usureros y terratenientes, cuyo poder se conserva intacto, tienen que trabajar de sol a sol en unión de sus familias, para al llegar la recolección no poder cubrir ni las necesidades más parentóricas. Pasando cada año muchos de estos campesinos a formar parte del proletariado agrícola, después de haber agotado en una parodia de vida su pequeña propiedad o su apero de labranza, los cuales fueron a parar a los terratenientes y usureros.

Además, el fascismo quiere a toda costa crearse una base social en el campo y organiza sindicatos de carácter fascista, aunque pretendan engañar a los campesinos y obreros agrícolas diciéndoles que dichas organizaciones no tienen carácter político, sino exclusivamente sindical. Es natural que ellos no se van a presentar descaradamente con sus propósitos sangrantes, pero el hecho cierto es que para dar trabajo exigen que los obreros se aparten de otras organizaciones e ingresen en sus sindicatos. Cuando tropiezan con una resistencia viril por parte de los obreros, organizan provocaciones y hasta asesinatos de militantes abnegados para lograr sus designios. De estos casos de provocación y golpes de mano se pueden citar por centenares. Pocos pueblos de España no se han visto envueltos en estas provocaciones, que sirven de pretexto para destituir los Ayuntamientos extremistas, clausurar las organizaciones y encarcelar a los trabajadores, mientras los fascistas gozan de impunidad.

Los obreros sufren hambre con resignación. Soplan humillaciones con mansedumbre. Toleran ultrajes con estoicismo. Pero se van uniendo para dejar de ser débiles para obrar y exigir respeto a sus ideas y ser ciudadanos, que aun no lo son. Para ellos se hizo la ley de Reforma Agraria, en la que se intenta desarrollar dos principios: producción más y mejor y distribuir con mayor equidad. Y esta pequeña conquista del proletariado es la que la burguesía, triunfadora el 19 de noviembre de 1933, quiere hacer desaparecer...

Si no se deja de aplicar la ley de Reforma Agraria, los pueblos restaurarán su vieja propiedad comunal, desgarrada por el diente de una burguesía de presa. Si al restaurar la propiedad comunal o al expropiar el latifundio las Asociaciones de Campesinos dividen la tierra en parcelas pequeñas y establecen un régimen de producción individualista, podemos decir que se retrasará por años el triunfo del socialismo y que se hundirá la economía campesina. La pequeña parcela caerá en la órbita de un proceso de concentración, y poco a poco irá surgiendo en la aldea el cultivador rico, que alargará la agonía del régimen capitalista.

Los socialistas, si quisiesen colectivizar la propiedad, han de colectivizar la producción. En el sistema de producir está la raíz del triunfo.

Nada de repartos de predios. Nada de arados romanos ni de producción individualista. Hay que pedir tractores y técnicos. Hay que montar una producción colectiva que afirme y asegure la propiedad comunal.

Municipalizar los servicios agrícolas donde se pueda.

Pedir al Estado que cree depósitos de maquinaria para uso de las comunidades de campesinos.

Si no se hace eso, el campesino estará vencido, pidiendo trabajo y pan a las puertas de las casas de los nuevos ricos de la aldea. Organizando comunidades de producción las tierras estarán doradas de trigo y las almas estarán rojas por la justicia social.

* * *

La propiedad se adquiere por los siguientes medios civiles: contrato, donación y sucesión.

Se ha definido el *contrato* diciendo que es un acuerdo de voluntades. Está destinado a perdurar en las sociedades futuras establecidas bajo cualquier régimen, porque es inherente a la naturaleza de los hombres que necesitan, para realizar la obra de progreso, libertad en el ejercicio de sus voluntades.

El contrato no es exclusivo del régimen capitalista, hablando en el sentido general. Limitándonos a la propiedad hemos de indicar que el contrato engendra y transmite la propiedad, pero si ésta no existiera no la podría producir, porque lo que no existe no puede ser objeto de contrato. El acuerdo entre las partes contratantes no justifica la propiedad, porque es imposible un acuerdo sobre el derecho a poseer.

La *donación*. Siempre ha sido un acto loable dar el que tiene al que carece, pero hoy se practica muy poco. Tiende a desaparecer. Las escasas donaciones que se hacen son muy mezquinas, y generalmente no tienen más fin que favorecer a hijos habidos fuera del matrimonio, viniendo a ser la donación como una simulación de herencia. Desaparecida la propiedad privada, la donación no puede subsistir.

El origen de la propiedad más discutido es la *sucesión*. En un régimen de propiedad privada, la herencia ha sido siempre el medio de adquirir más atacado por los defensores de las ideas socialistas. Y es que en la herencia la riqueza se eterniza a través de las generaciones; es decir, que las ganancias se consumen, pero el capital queda íntegro y los ricos se van sucediendo de padres a hijos, manteniendo la riqueza acumulada en sus manos y obstaculizando su esparcimiento; viniendo la herencia a acentuar más la distancia que separa a los hombres a quienes está vedada para siempre la ventura por el delito de nacer en un hogar humilde. Y lo peor no es que los ricos vivan bien: lo que más irrita el odio de las clases trabajadoras, es que no se ocupen de nada y sustraigan sus fuerzas a la producción.

En un régimen social como el en que vivimos se puede admitir, porque es el resultado del absolutismo de la propiedad. Si un hombre consigue con ahorros dolorosos una fortuna, a la hora de su muerte ¿a quién la ha de dejar, sino a sus descendientes? Si la dejara al Estado habría herencia y sería peor todavía, porque los individuos que lo componen lo usurparían con menos razón puesto que son extraños, y, además, sabido es que el Estado es el peor de los administradores. Cruel sería despojar a los herederos de los bienes que el causante adquirió con dificultades y trabajos, y a la hora de la muerte dejara a sus hijos en la miseria y expuestos a perecer en la lucha por la existencia.

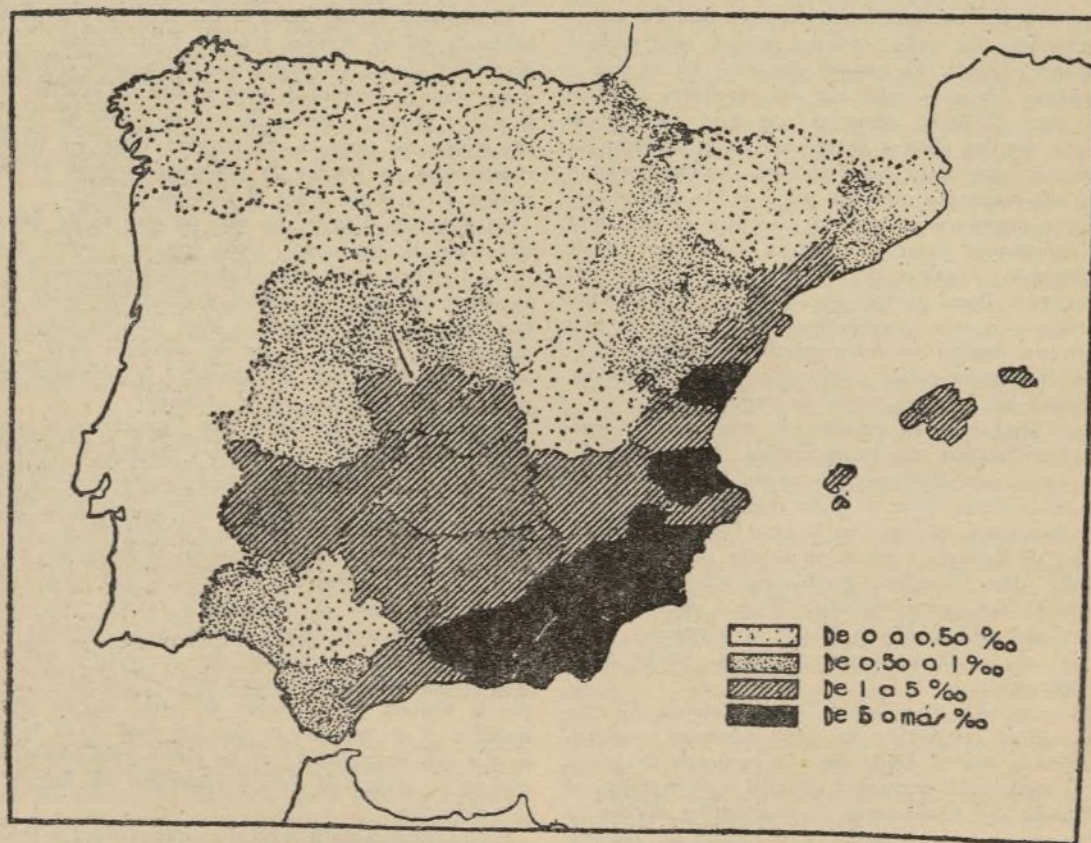
En un régimen sin propiedad privada, la herencia tal como se la entiende hoy no tiene razón de ser

porque no puede heredarse al que nada tiene. En el régimen proletario, como sucede en Rusia, sólo hay una gran sucesión, la sucesión de las generaciones humanas de unas a otras.

Corregido el sistema de distribución vigente o implantado otro socialista, la abolición de la herencia se impondría. El interés individual desaparecería, es decir, quedaría comprendido en el interés común. Entonces,

si estaría asegurado el porvenir de los hijos. Nadie sería ayuno de bienestar y nadie estaría expuesto a los peligros del odio de los desposeídos. La producción, en régimen de comunidad, sería más vasta y mejor proporcionada a las necesidades generales; se acrecentaría incesantemente, porque la producción no tiene límites, y habiendo más riqueza para todos, es natural que habría más para cada uno.

MAPA DEL TRACOMA



Por lo que respecta a España existe un buen foco de tracoma esparcido por toda la zona costera desde Tarragona a Huelva, penetrando hacia el interior en razón directa de su densidad y gravedad, si bien disminuye de un modo progresivo en cantidad y virulencia a medida que se separa del litoral. Desde el centro de la Península hasta la parte septentrional decrece mucho su frecuencia, hasta quedar totalmente indemnes la región del Pirineo y las costas cantábricas y gallegas. En números absolutos pueden evaluarse en unos cien mil los tracomatosis existentes en España...

El tracoma es enfermedad que acompaña al abandono, a la suciedad, al hacinamiento, al déficit alimenticio, la pobreza y la miseria... El mejoramiento progresivo de las condiciones de vivienda, abastecimiento de agua, alimentación y trabajo de las clases proletarias son los medios más poderosos para acabar con esa plaga social y resolver un problema que, al decir de un ilustre oftalmólogo español, «debe preocupar tanto por lo menos como el paludismo, la tuberculosis y las enfermedades venéreas».

DR. RAMÓN AVAREZ TORRES

Situación revolucionaria actual a causa de la crisis del capitalismo, y misión de los anarquistas en la reconstrucción social

Encuesta del grupo «Los Iconoclastas», de Steubenville (Ohio)

Responde Ateneófilo (Lima, Perú)

II

Si de todo lo ya expuesto someramente, deducimos no sólo que hay una crisis permanente del capitalismo y una manifiesta incapacidad del Estado para terminar con el malestar social, sino también una profunda crisis moral de la sociedad burguesa que se debate en un laberinto de leyes reformistas y un cúmulo de medidas arbitrarias y represoras, para defender, junto con sus tradiciones, credos políticos y religiosos, la estabilidad de sus arcaicas instituciones carentes de justicia y verdadera armonía social, tenemos que llegar a la conclusión de que es necesario y urgente la reorganización de la sociedad sobre normas de equidad económica, de respeto a la personalidad humana, de solidaridad en el trabajo para todos los aptos y de igualdad en el beneficio de los frutos del trabajo.

La sociedad actual, cuyas crujientes instituciones se sostienen por la fuerza prepotente, brutal, sanguinaria, de que disponen los gobernantes, debe ceder, tiene que ceder el paso a una nueva sociedad sin los horrores morales y los errores económicos actuales. ¿Acaso no aceptan la burguesía y sus aliados el principio sociológico de *evolución*? Y qué es la Revolución sino la culminación de una serie de evoluciones y el punto de partida de otras sucesivas evoluciones? Por otro lado, la Revolución es tan necesaria para salvar la crisis del capitalismo, la incapacidad del Estado y la relajación de la sociedad, como necesario es para un enfermo la medicina debida y los alimentos indispensables.

Se habla de los horrores y calamidades de la Revolución, y no se piensa en los horrores de las guerras y su secuela de pestes y orfandad; no se piensa en la extrema miseria de los millones que llevan vida de parias supeditados a la voluntad de los dirigentes y explotadores de los pueblos. Se mira la parte destructiva de la Revolución, pero no se admira la parte constructiva y beneficiosa a la humanidad. Mas sólo los timoratos a las innovaciones, sólo los empedernidos en contemplar las injusticias de esta sociedad, pueden combatir la Revolución que, como decía Pedro Gori, es un derecho sagrado de los pueblos, como sagrada es la defensa individual.

Hay que apresurar la Revolución que, según expresión de Manuel González Prada, «es una evolución acelerada». «¿Qué sería de los pueblos sin la sacudida eléctrica de una revolución? La Humanidad, perezosa y rutinaria, necesita de espíritus rebeldes que la despierten, la agiten y la empujen hacia horizontes nuevos. Sin hombres animados por el oxígeno revolucionario,

la Tierra formaría un amodorrado reino de quiquendones.»

Es necesario, entonces, dar nuevos rumbos a la civilización encauzándola hacia principios morales que rediman al Hombre de toda esclavitud, de toda coyunda denigrante, y lo levanten de la ignorancia actual a las regiones del Saber, depurándolo de sus instintos brutales, despertando su inteligencia y haciéndole amar profundamente un Ideal de perfección humana y una sociedad civilizada libertariamente.

Plasmar en el Hombre este Ideal, es un trabajo netamente emancipador que corresponde a los anarquistas. Porque, en verdad, no vemos — sin que esto sea fanfarronería, exageración o fanatismo — en el panorama de las actuales luchas sociales, una escuela filosófico-económico-social con un rico bagaje de ciencias moderna, de ética superior, de sacrificios al fin propuesto, que la anarquía.

Sí. Es el ideal anárquico donde el hombre ha podido resumir en un todo armónico el egoísmo: el amor de sí mismo y el amor a los demás; el respeto a la libertad del individuo, afirmada, engrandecida con la solidaridad de especie; los medios de subsistencia, los goces morales y espirituales conseguidos por el esfuerzo propio en estrecha y fraternal cooperación con los demás.

Al contrario de lo que dicen los adversarios nuestros, de que pretendemos destruir la sociedad, los anarquistas trabajamos por su debida organización, partiendo de la libertad y el bienestar del individuo para llegar a la conjunción social y armónica de la familia humana en igualdad de condiciones económicas. Este ideal no es utópico, no es imposible de realizar cuando hay mentes robustas que piensan en él, cuando hay voluntades indómitas que luchan arduosamente por su pronta realización, y, cuando, pese a los bárbaros que gobiernan las naciones y a los desviadores de las ansias revolucionarias de los pueblos, es el áncora de redención de todos los oprimidos, hartos ya de las coacciones morales, económicas y políticas presentes.

• • •

Descartado de la acción emancipadora el socialismo parlamentario, pues, desde hace años es una fuerza negativa de la Revolución, y sus secuaces apuntalan el Estado para medrar en él; descontentado el bolchevismo como fuerza positiva para levantar los cimientos de una sociedad nueva, donde el hombre sea verdaderamente libre, pues, su experimento en Rusia nos habla con la elocuencia de la realidad, de sus expoliaciones.

nes y despotismo: podemos afirmar que ambos brazos del marxismo han fracasado como fuerza revolucionaria y constructiva de una sociedad sin dominio político de unos sobre otros y sin que la riqueza social sea acaparada por unos pocos o por el Estado, con mengua del bienestar de los demás.

Sólo la Anarquía queda en pie como ideal de reconstrucción social; sólo el anarquismo queda triunfante como fuerza revolucionaria; y sólo los anarquistas luchan por una sociedad socialista emancipada de todo autoritarismo, aboliendo, desde luego, el Estado y dejando a los pueblos que se organicen libremente en comunas de producción y de consumo, administrando directamente sus intereses y defendiendo, muy sobre todo, el principio básico de la soberanía individual, sin la cual toda Revolución dejará de cumplir su histórica misión.

• • •

Frente a la descomposición moral, política y económica de la sociedad actual y ante las fracciones políticas falazmente llamadas revolucionarias y que sólo aspiran a gobernar y reforzar el Estado, la labor reconstructiva de los anarquistas tiene que desenvolverse ampliamente e infiltrarse en todas las capas sociales, llevando, a todas partes, la validez y pujanza de su acción libertaria, extendiendo junto con la organización federativa nacional e internacional de las clases oprimidas, la organización de todos los hombres y mujeres de cualesquiera esfera social que, con un espíritu nuevo y rebelde ante las injusticias sociales y un profundo anhelo de renovación espiritual de las masas, se empeñan en la noble labor de esparcir la cultura y la simiente de nuestros ideales, a fin de llegar a la transformación de la sociedad autoritaria en libertaria.

Ya que no es posible, de golpe, *intelectualizar* las masas para que tengan un concepto justo y amplio de la Anarquía, por lo menos hay que *hablarles* a sus sentimientos y a su imaginación, mediante la música, el canto, la poesía, la pintura, el arte teatral, la novela y el atrayente, sugestionante y educador arte cinematográfico. Algo se hace en este sentido, pero no es lo suficiente. Es cierto que en nuestras filas militan muchos compañeros estudiosos y de vasta cultura y no faltan tampoco buenos e inteligentes hombres de ciencia: hay una grande labor doctrinal, filosófica, histórica y científica; en cambio se cultiva el Arte, en sus diversas fases, muy escasamente. Y no es que falten *jardineros*, en nuestro campo, que se dediquen a ese cultivo, sino que hay el criterio en la mayoría nuestra, de que con el Arte no vamos a hacer la Revolución. No se tiene en cuenta que el Arte es un buen medio revolucionario y un exaltador del espíritu, pulimentando los sentimientos de las masas, predisponiéndolas para convivir libre y armoniosamente.

El Arte como la Ciencia, saturados de nuestro Ideal, servirán de mucho en nuestra labor de reconstrucción social, no sólo en la Revolución y después de ella, sino desde hoy. Así lograremos avanzar mucho más y enseñaremos a los detractores de nuestro Ideal, que dicen que la Anarquía es el caos, y los anarquistas seres atávicos, degenerados, que queremos llevar la sociedad a épocas primitivas de barbarie, que nuestras

inquietudes y luchas, nuestro movimiento en general, tienen un generoso impulso de renovación espiritual, y que hay en el anarquismo, no sólo un anhelo de hacer la Revolución para saciar estómagos famélicos, sino, también, para restaurar las libertades públicas hoy perdidas y conquistar para todos, los goces del Arte y los beneficios de la Ciencia.

En tal sentido, nosotros esperamos que surjan compañeros que, principalmente, hagan ensayos en la novela y escriban obras teatrales, abarcando, en las tesis, desde la realidad y crítica sociales hasta el idealismo dinámico y reconstructor. Hacen falta utopías, que hablen a la imaginación de las muchedumbres, ha dicho nuestro buen e infatigable viejo compañero Max Nettlau. Y que surjan, también, los poetas, los músicos, los pintores y dibujantes, los coros de canto y los actores teatrales. Así se ensanchará la obra de los ateneos y se reforzará la acción de los compañeros dedicados a la ciencia y el tecnicismo en el trabajo; así llenaremos el ambiente social de nuestras ideas y sentimientos, y nuestro pensamiento, nuestro Ideal, se difundirán en todo sentido.

Todo esto es, a nuestro juicio, uno de los aspectos de nuestra labor reconstructiva dentro la sociedad actual: es como si dijéramos — hablando en jerga militar — meter fuertes cuñas en las filas de nuestros enemigos, a fin de asegurar el triunfo de la venidera Revolución que será fructífera, en anarquía, si desde hoy hemos preparado el ambiente necesario y los suficientes materiales morales, espirituales y científicos al lado de nuestros postulados económicos y sociales, para que la Libertad sea un hecho, el Bienestar alcance a todos, y desaparezcan de la Sociedad los parásitos sociales revestidos de autoridad civil y religiosa, junto con los zánganos que viven del trabajo ajeno.

Responde el Prof. A. L. Herrera (México)

En el boletín «Intuición», septiembre, 1929, páginas 3-6, publiqué un trabajo, concluyendo que la humanidad debe firmar el único contrato legalizado por la ciencia, con el Nirvana, con la no-existencia, desapareciendo de la tierra, después de haber llorado millones de años, que ya tenemos de edad, después de ensayos estériles o fracasados para obtener la dicha. Sería preciso que un hombre excepcional, inmensamente bueno, que viviese en una isla desierta, él solo, sin conocer a sus semejantes, nos afirmara que es posible organizar la manada bajo bases que nos lleven a la libertad y la justicia, la dicha y el progreso.

Mas todo ser de nuestra especie que ha tenido la inmensa desventura de conocerse a sí mismo, hasta dónde se puede, y conocer a los demás, con suficiente estudio de los datos históricos, sabe perfectamente que los ideales se suben a las regiones de la nube y lo inaccesible, en tanto que la realidad se arrastra sobre su vientre y en él fango.

Ya sabemos, ya sabemos que murieron los antiguos Imperios, que Grecia fué devorada por Roma, que todo se alza y cae, que todo nace y se hunde.

La Revolución francesa, en la época de Robespierre (1759-1794); todas las revoluciones, la República, la Monarquía, los ensayos de socialismo, toda forma, todo

molde, todo afán de ser social levantado, las hipócritas religiones, el cristianismo, el mahometismo, han ido al mismo desencanto, *porque no tenemos la virtud necesaria para sostenernos al nivel de nuestros ideales*, y los más puros llevan, en la práctica, a la tiranía, la concupiscencia, las farsas políticas, el engaño y la explotación de los pueblos.

Si hubiera algún ejemplo de una sociedad correcta y dichosa; si desaparecieran del planeta la codicia, el despotismo, la ambición egoísta, la corrupción, que va invadiendo todo en cada caso y en todos los casos posibles; el dolo, el fraude, la traición, los innumerables dones que nos vienen del infierno paleontológico, de la bestialidad orgánica que nos informa; si no fuésemos como los monos, nuestros parientes, lascivos como ellos, ladrones como ellos, matanceros y sucios; si la misma naturaleza, madrastra epiléptica y odiada, no hubiera construido lo que existe a base de robo y aniquilamiento, desastre y locura, podríamos ser, ¡oh gloria!, los grandes genios, los grandes patricios, los grandes maestros y ciudadanos de la libertad y la justicia!

Pero no es ni ha sido ni será nunca. Pruebas:

El Sol robó su materia y energías a la nebulosa en espiral de dónde viene, sin ningún derecho; los planetas le robaron una parte de su carnaza al Sol; los satélites, a los planetas; los minerales, a la costra, para formar conglomerados y vetas; las plantas roban millones de millones de toneladas de agua, sales y gases al aire y a la tierra; forman los alimentos y entonces los devoradores, los hervíboros, les roban a las plantas o las arrancan y destruyen para sus usos, egoístas, sin derecho alguno; los carnívoros se comen a los hervíboros, y el hombre, en fin, se come a todos, roba a todos la vida y la substancia y hasta a sí mismo se devora, en asqueroso canibalismo. La historia humana y la de cada hombre es estadística de los ladrones: ideas, pueblos, naciones, descubrimientos, oro, plata, poder, posición, esposa, hijas o hijos, propiedades, tierras de labor, palacios, castillos, harapos, honras, tronos, libertad, justicia, todo ha sido y será siempre destruido, hurtado, maldito, de mano en mano llevado por la fuerza, la matanza, los siglos, y vivirán unos a expensas de los otros, se matarán de tedio, de vergüenza o de hambre. El lobo-hombre es el enemigo del hombre-lobo: he aquí, en nueve palabras, la descripción científica y verdadera de nuestra especie.

Excepciones: son sueños, rumores, desastres...

La civilización nos llevó a la Gran Guerra y prepara otra, en tanto que las naciones se arman hasta debajo de las unas y las lenguas, y 100 millones de hombres se mueren de hambre, pidiendo trabajo, con los brazos caídos y las manos reducidas a su esqueleto. ¡Victoria, victoria! Se ha descubierto el vapor, la electricidad, el radio, el aeroplano y el dirigible, y la ciencia llena las bibliotecas con millones de libros y descubrimientos, etc., etc., etc. ¿Y qué tenemos con eso? No es necesario existir.

El dilema es este: esperar miles de años la felicidad y la justicia, o morir para no sufrir más y derramar más lágrimas, pues mentira es que el océano deba su amargura a las sales llevadas por los ríos: la debe al llanto humano, y engaña el que pretenda negarlo. Lean historia, vayan al pantano y al estercolero...

La ciencia, en su caridad suprema, dice: todo ser viene de la materia, es una mezcla endiablada de substancias químicas; el viejo Herrera ya está llegando a los amebos o amibas artificiales, con formol y sulfocianuro de amonio, para producir los acetonitrilos y luego hidrolizarlos, para sintetizar los aminoácidos, que forman las proteínas, obteniendo a la vez las formas orgánicas en movimiento, con estructuras admirables celulares; ya llega, ya llega, como el gran buque de los Argonautas, y toda la ciencia humana, biología, físico-química, histología, fisiología, lleva el mismo rumbo, y la estrella del Polo nos alumbrará a todos.

Lo que es la química es la vida; nada nos aguarda más allá de la tumba; no hay dios ni dioses, y dios no es dios, sino nada de la nada. Por tanto, no habiéndose obligado nuestra especie a seguir viviendo, ya sin esperanza alguna en un cielo estúpido, que no existe, deben aniquilarse los gérmenes, para evitar la fecundación, por todos los medios, a fin de evitar el martirio de millones de seres humanos futuros. Nuestra misión es puramente geológica: acumular calor, hacer circular la energía, trabajar como los corales y las madreporas.

Queden para los sapos o escuerzos tan vulgares faenas.

Por supuesto que este ideal del reposo y el fin del dolor y de la especie, es un ideal por hoy irrealizable, y tanto los gobiernos como las religiones necesitan millones de víctimas, de soldados y de creyentes. Pero algún día se acabará la raza de Caín, como los Mastodontes.

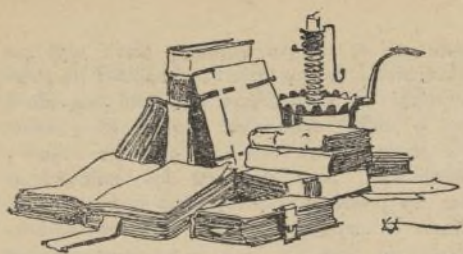
Esta es mi verdad, modesta y sincera, y la publico, la doy, como una ofrenda de admiración a ese Dios que jamás ha enviado un pedazo de pan a los miserables (1).

(1) Véanse mis artículos «El Drama Universal», publicados en *Cronos*, Méjico, boletín masónico. Calle de Capuchinas, 7. Tienden a demostrar que la vida de los seres y de los mundos es la historia trágica de los desastres. (Ilustraciones artísticas selectas.)

Aumenta la producción de las minas de carbón y descende el consumo

Años	Producción	Suministros	Existencia
1931	4.351.474	4.199.584	274.509
1932	4.091.568	4.013.457	376.608
1933	3.458.369	3.589.540	291.838
1934	3.444.045	3.628.480	99.608
1935	4.178.462	3.881.481	384.555

Para los que saben leer, en esas cifras está la mejor crítica que puede hacerse del sistema capitalista. ¡Frío en los hogares porque aumenta la producción minera! ¡Misericordia de los mineros porque hay demasiado carbón!



EL LIBRO

síntesis del hombre

por

Lucía Sánchez Saornil

La costumbre quita grandeza al gesto; el hecho de repetir todos los días un mismo ademán, nos conduce a efectuarlo maquinalmente, esfumándose en nuestra conciencia la transcendencia del acto que ejecutamos. Pero hay instantes, que podríamos llamar iluminados, en que, sin esperar, una futesa cualquiera abre como un claro en el espeso matorral de nuestro subconsciente, y, de súbito, el gesto cotidiano, tan sencillo y tan natural aparece en sus verdaderas proporciones; acaso, sin que hayamos reparado en ello, convertido en eje y motor de nuestra vida.

* * *

Hoy hemos sufrido uno de estos deslumbramientos.

Actuaba en nosotros la placidez de ese sol invernal que suele templar, de sorpresa, la frigididad de los inviernos madrileños. Subrepticamente hurtamos una hora al trabajo diario — que luego habremos de ganar en carrera desenfrenada — para callejear al sol.

Nos complace infinitamente el tráfago ciudadano. Nuestra adoración pagana por la naturaleza no excluye que, a veces, nos sintamos de rodillas ante esta creación humana que es la ciudad. Todo el esfuerzo que ha sido preciso para erigirla salta en nuestros músculos, se estira en nuestros tendones, vibra en nuestros nervios, da su tensión máxima a nuestras arterias. Advertimos que se nos abre el pecho a la efusión en un torrente vital incontenible, y nos volvemos prontos a la cordialidad y al apretón de manos, hundidos en un infinito placer y en un infinito amor. Gigantes y niños.

* * *

Es el momento. Nos hemos detenido ante la librería fastuosa. Detrás de las vitrinas los libros, preservada su virginidad con finas envolturas que dejan, sin embargo, la ilusión de la desnudez, gozan también su hora de sol — roto en iris multicolores sobre los cristales.

¡Seducción de estos volúmenes intactos, pulcros, dispuestos con arte como cosas exquisitas! Una fuerza imperiosa no nacida de nuestra voluntad sino de ese subconsciente en cuya sombra van forjándose las revelaciones repentinas nos envara los pies. Queremos comprender, y nos vemos de pronto como el avaro ante sus tesoros. Con la misma avidez que él sus joyas tomaríamos nosotros los libros; con amorosa delectación los pondríamos junto a nuestra mejilla esperando descubrirles un calor humano; sobre nuestro corazón adivinándoles un corazón semejante. Los

abriríamos afanosamente para buscarles la entraña. ¿No tiene el libro una entraña, una entraña que puede albergar un mundo?

Y en tal momento deseamos un libro, apasionadamente, como deseáramos un amor. Un libro. ¿Cuál? ¿éste? ¿aquél? No importa: un libro. Y la impaciencia pone nuestra mano en el pomo de la puerta lujosa y rebusca en el fondo de nuestros bolsillos.

* * *

He aquí el libro. ¿Ciencia? ¿Literatura? ¿Historia? ¡Qué más da! Un libro es siempre todo eso. He aquí un libro con su olor sui generis mezclanza de papel nuevo, tinta de imprenta y engrudo. Un libro, igual un arcano. Y una emoción indefinible nos conturba; una emoción no diferente a la que embargara a Cristóbal Colón ante las rutas inéditas del Océano.

He aquí un libro: una suma. Miles de generaciones han puesto sus manos en él. Miles de generaciones han buscado a través de papyrus, del pergamino, de múltiples substancias animales y vegetales este papel áspero y crugiente que tocan mis dedos, esta tinta indeleble y estos signos de incalculable omnipotencia. Miles de generaciones se ocuparon de hallar esta forma sencilla y manejable.

Pero esto que es ya el libro, no es todo el libro; detrás está lo imponderable. Detrás está realizado todo lo que ha sido antes de nosotros, y late en potencia todo lo que será. Todo libro es un fin y un comienzo. El libro es el cordón umbilical del infinito.

Si cerráramos todos los libros, el hombre se encontraría de nuevo desamparado y atónito como el día de la creación. El signo escrito es la historia del hombre. Más allá sólo hay la noche tenebrosa de los comienzos.

Jamás hemos de rechazar un libro por humilde que sea. Acogeremos el libro del amigo y no desdeñaremos el del contrario. En todos está el hombre desnudo en toda su grandeza o en toda su servidumbre. Por eso los tomamos todos con igual avidez. Para nosotros todos son ediciones del mismo libro único, perfiles infinitos del mismo hombre. Y sólo a través de todos lograremos componer el auténtico perfil humano.

Y caminamos embriagados, apoyando esta cosa breve y ligera sobre el corazón, sorprendidos de nuestra propia ingravidez. Vamos como empujados por un aliento inmortal, arrebatados del suelo, tocando con la frente en las nubes. La



Significación etimológica Vivimos en una época en que la violencia triunfa. ¿Qué quiere decir eso? La etimología de la palabra lo explica: violación, violar, violento, violentar, violencia — todas esas expresiones no indican más que abusos de la fuerza e infracciones a lo que es sano, justo y puro. Proviene de la raíz sanscrita *gi* (latín, *vis*, griego *bia*), ligada al radical védico *gyâ* que podría traducirse bien por invadir, domar, oprimir, infringir un daño, etcétera. Las expresiones análogas alemanas y holandesas, *Gewalt* y *geweld*, que proceden del radical germano *waldan*, se aplican a la conducta de hombres fuertes y brutales que se imponen duramente, que gustan de reinar, de dominar, y cuyo poder se ejerce de tal manera que son lesionados los derechos de los que sufren su ley. En inglés se habla de *violence*, en italiano de *violenza*. Se trata en todas partes de un ataque a valores humanos y civilizadores que deberían imponer el mayor respeto.

En nuestros días, hacia cualquier lado que se dirijan las miradas, sea hacia el Japón, Italia o Alemania, sea hacia Marruecos, las Indias, la Indochina y la Indonesia, en todas partes impera la violencia. Jamás los Napoleón, los Bismarck han hecho mejor escuela que hoy. Y es siempre el mismo refrán: ¡Hombre = soldado! ¡La fuerza prima sobre el derecho! ¡A sangre y fuego!

En la vida internacional, la violencia acrecienta de día en día su poder. Incluso los resultados más sublimes de las ciencias le son sometidos inmediatamente: apenas han logrado los sabios elevarse a la estratosfera y sus observaciones son puestas al servicio de la técnica homicida.

Universalidad del culto a la fuerza Esta mentalidad no es el patrimonio de los países de regímenes dictatoriales. Se le ve, estos últimos tiempos, despertarse

hasta en Francia. «*La moda* — unida a las necesidades de este tiempo — la constituyen las personalidades fuertes», se lee en el «*Mercurio de France*». ¡Malhaya los idealistas y los pacifistas del siglo XVIII! Seamos realistas. El Estado, armado hasta los dientes, es la personificación de la más alta autoridad política, social y moral. Seámos escépticos en cuanto a la bondad esencial del animal humano. Que la política tome su punto de partida en los instintos más oscuros: orgullo, codicia, placer de dominio! La religión cristiana no puede ser admitida más que en tanto que fortifica la autoridad terrestre por la sugestión de una autoridad divina; es inaceptable cuando se opone a ella. La libertad de conciencia y de convicción no pueden ser acordadas al individuo más que en la medida en que el «interés general», representado por el Estado, lo autoriza. Las relaciones interiores y exteriores de una nación no reposan finalmente más que sobre la violencia. «Todos los profetas armados triunfan y los profetas desarmados sucumben», escribió Nicolás Maquiavelo, en el capítulo VI del «Príncipe». Mussolini, el profeta del fascismo, lo mismo que Stalin, el profeta del bolchevismo, han basado su autoridad en la violencia. ¡Importa poco ser justo o injusto, moral o inmoral! El año 1914 ha demostrado que la «inmensa égloga en que, según el sueño de Isaías, los leones y las ovejas, los lobos y los corderos cohabitaban de buen grado», no es más que una

ciudad es nada; todo lo que creíamos imperecedero lo vemos empequeñecer y achicarse, reducirse; sólo el libro contiene eternidades.

* * *

De hoy más, al abrir un libro lo haremos con la misma unción con que los abuelos partían el pan. El acto cotidiano se nos ha revelado in-

menso. No habrá desde hoy libro bueno ni malo para nosotros; no queremos que nadie nos enseñe el camino; los seguiremos todos y sólo así reconoceremos el nuestro. No hay libro bueno ni malo; todos son perfiles de la unidad. De esa unidad eterna de la que cada uno somos un eslabón. De esa unidad que es sucesiva y simultánea, y en la que los hombres se resisten a entrar.

ficción desprovista de todo sentido. Sólo la guerra permite al hombre desplegar sus fuerzas más sublimes (1).

Un nuevo evangelio Más inquietante todavía que la práctica de la violencia es la creencia que se pone en ella. Esa creencia se ha convertido en nuestros días en un *culto consciente*; en una verdadera religión nueva. En general, los que se oponen a eso — citando las palabras sonoras de Mussolini: «El puñal entre los dientes, la bomba en las manos y en el corazón un soberano desprecio de todo peligro», o tal o cual pasaje pleno de heroísmo teatral, de estilo wagneriano, de «Mein Kampf» de Hitler — se consuelan con Einstein, diciendo que en las democracias occidentales no se va tan lejos. Y sin embargo, desde un cierto punto de vista, esas democracias son las más avanzadas en ese camino: su nacionalismo y su militarismo no tienen necesidad de ser excitados. Para la mentalidad occidental media, los ejércitos nacionales que desde la gran revolución francesa han englobado cada vez más las masas populares de todos los Estados modernos, desde hace mucho tiempo son considerados ya como normales. El principio de la *guerra total* es aceptada en ellas, incluso por socialistas demócratas y por bolchevistas. En los Estados Unidos, en Gran Bretaña, en Francia, en Bélgica, en los Países Bajos, la violencia de la guerra más refinada es admitida tan naturalmente que parece formar parte de los actos de una nación, actos tan obligados como el cumplimiento de los ritos del cristianismo oficial. Dos religiones se encuentran frente a frente. Pero el culto de la violencia tiende a suplantarse definitivamente la creencia en Cristo. Hasta tal grado que el general inglés Fuller ha podido jactarse de que los soldados británicos son superiores a los del continente por el hecho de haber asimilado ya la táctica de la guerra científica como «un nuevo evangelio». En el «Nieuwe Rotterdamsche Courant», ese periódico burgués holandés tan orgulloso siempre de su moderación y de su nivel intelectual y moral, un experto militar exalta «esa fe nueva y atractiva» que da la fuerza para «transportar montañas» (2). Y a pesar de la ley holandesa de lesa-divinidad, ese periódico no ha sido perseguido.

En Francia, «Paris-Soir» cita con entusiasmo la declaración mussoliniana: «Todo hombre debe conservar su parte de barbarie. Es preciso ser duro». En el «Echo de Paris», M. de Kerilis clama, después del rearme de Alemania: «¡Bravo, Mussolini! Eres grande. Armas 700.000 hombres. Los movilizas material y moralmente. En

fin, eres sabio, porque no crees más que en la virtud de las bayonetas. Te preparas para defender la paz a cañonazos». El «Journal» constata que al glorificar el militarismo «el Duce no hace más que exaltar un ideal que es común a todas las naciones del mundo». Y desde hace ya mucho tiempo el señor Paul-Boncour propicia la guerra total como símbolo de... la democracia total.

También en Rusia En ocasión del XVII aniversario de la revolución rusa, Karl Radek glorificó en el número del 7 de noviembre de 1934 de las «Izvestia», la doctrina de Machiavelo, que, según él, está en perfecto acuerdo con la del bolchevista Maximovski. Dirigiéndose al autor del «Príncipe», escribió: «Nuestro proletariado rodeado de enemigos tiene aun que aprender de ti cómo hay que combinar la política del león con la del zorro, y leerá con placer tus palabras que aplicará a su patria socialista: Cuando se trata de salvar la patria, no conviene pensar en lo que es justo o injusto, misericordioso o cruel, bello o vergonzoso» (1). Y el «Travail» de Ginebra, del 24 de abril de 1935, que simpatiza siempre con el gobierno de Moscú, menciona que en Rusia está en construcción en un laboratorio secreto un cohete con alas, que debe llegar a una velocidad mayor que la del avión más rápido y penetrar en la estratosfera a una altitud que no han podido alcanzar los globos especiales; y ese periódico agrega sin ninguna crítica: «Es inútil hacer resaltar la importancia militar que presenta el cohete estratosférico para un país de vasta extensión como Rusia».

No hay, pues, ninguna diferencia esencial entre tales convicciones, en voga en los «países demócratas occidentales» tanto como en la «Rusia bárbara y asiática», y la del famoso profesor alemán Ewald Banse, que en 1933 declaró que los métodos y los objetivos de la ciencia nueva, la de la guerra consisten en «crear, en establecer las bases de una *creencia inquebrantable* en el alto valor moral y en la utilidad profunda de la guerra... Es preciso que cada cual comprenda que la guerra no tiene nada de extraordinario, nada de criminal, que no es un pecado contra la humanidad... Un Estado vive de su población belicosa y muere de su población pacífica... Las hostilidades pueden comenzar, aun sin declaración de guerra, por la destrucción inmediata, por vía aérea, de la capital y de los principales centros industriales del país enemigo» (2).

La mentalidad destructiva En la conferencia contra la guerra de gases, de Francfort, 1929, un experto químico alemán declaró que lo que es más inquietante en la guerra

(1) G. Peytavi de Faugeres, *La Modernité de Machiavel*, «Mercure de France», 15 de octubre de 1932, págs. 513-537.

(2) «Nieuwe Rott. Courant», 3 de agosto de 1933. Véase Mateo, XII, 20: «Si tuvieseis la fe de la magnitud de un grano de mostaza, diríais a esa montaña: «Vete de aquí a allá, e irfa»».

(1) Ver Karl Radek, *Machiavel et Rousseau*, «Lu», del 16 de noviembre de 1934.

(2) Citado por Deguis, *Le destin des races blanches*, págs. 7-8.

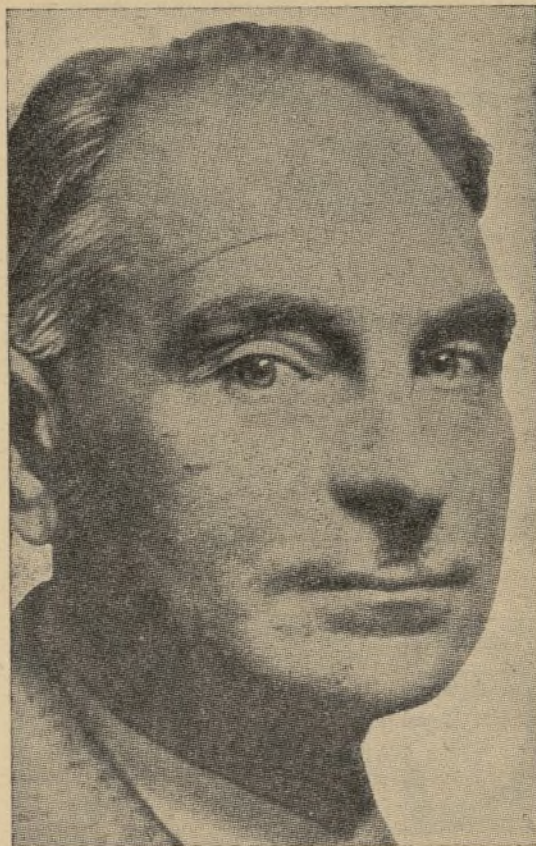
total, no es, como se podría creer, el empleo de los medios de destrucción más refinados, sino el hecho todavía más odioso que el hombre moderno considera ya como *normal* — y eso por mandato de no importa qué autoridad oficial — envenenar por millones a sus semejantes, quemarlos y exterminarlos. Según ese sabio, se ha podido constatar ya que esa mentalidad colectiva de asesinato no ha dejado de ejercer una influencia desastrosa sobre la criminalidad individual en tiempo de paz o llamado tal. En efecto, los gases venenosos no proceden más que de espíritus envenenados, y las bacterias de la guerra de una mentalidad contaminada. La sociedad moderna no es en el fondo más que una forma extremadamente refinada de la barbarie, que flanquea la locura individual y colectiva y a menudo se confunde con ella. De suerte que la guerra total amenaza de destrucción, no solamente toda verdadera civilización humana, sino, además, la vida misma de decenas de millones de hombres, sin contar el exterminio infernal de los animales y de las plantas...

La humanidad Nada es más difícil que romper apenas conoce con todos esos métodos, con todas esas tendencias. Eso exige, como se comienza a reconocerlo,

mucho más valor, sacrificio, iniciativa, espíritu creador que la guerra misma. Porque «*la paz es algo nuevo*: es preciso aprenderla». La violencia y la guerra son hábitos profundamente anclados en las costumbres humanas. Somos arrastrados hacia ellas no sólo política y socialmente, sino también moralmente, a menudo incluso inconscientemente.

En la «Enciclopedia Universalis Mundaenum», dirigida por Paul Otlet, de Bruselas, se constata que en un período de 3357 años, comenzando aproximadamente 1500 años antes de Cristo y llegando hasta fines del siglo XIX, hubo 3130 años de guerras contra 227 años de paz. Eso significa que el número de los años de guerra es es a los años de paz aproximadamente como 13 a 1.

Se comprende, pues, por qué es mucho más sencillo ceder a la violencia que oponerse a ella, aunque no fuese más que a causa de la regresión moral y social que acompaña a las tendencias belicosas. Caer y recaer es más fácil que subir y elevarse, y existen aun individuos y pueblos que marcan una preferencia por la regresión. Porque para superar la violencia y la guerra, no solamente se debe, para no citar más que al profesor Duprat, liberarse intelectual, moral y prácticamente de un «determinismo social» profundamente arraigado, que se encuentra en sí y fuera de sí, sino que hay que crear un *determinismo social nuevo*, el de la libertad personal y social, determinismo que, basado en una responsabilidad individual tanto como universal, debe ser desarrollado sobre todas las resistencias tradicionales.



B. de Ligé

La verdadera fortaleza Eso significa que por nuestro lado también tenemos necesidad de poderosas personalidades, pero de una fuerza enteramente diferente. Porque según esa concepción, no son fuertes más que los que, teniendo cada vez menos necesidad de la violencia y de la guerra, llegan finalmente a pasarse sin ellas. No son fuertes más que los que han vencido ya en ellos mismos la violencia y la guerra, y han sabido, en el dominio político-económico tanto como en el de la civilización en general, substraerse a las sugerencias de los poderes oficiales. No son fuertes más que los que, participando de una conciencia universal nueva, aparecen inquebrantables ante las exigencias abusivas del Estado, ese Moloch moderno, e inaccesible a toda «nacionalización de las conciencias». No son fuertes más que los que, en una sociedad basada sobre todo en el miedo puramente animal y la desconfianza ante el prójimo, se distinguen por una conciencia que vuelve a crear el universo, y por el *desprecio de todo temor*. No son fuertes más que los que en lugar de subyugar a los otros, saben dominarse y gobernarse a sí mismos; y los que, mirando cara a cara a la verdad, tienen también el valor de reconocer abiertamente las cualidades morales de los hombres y de los fenómenos sociales que combaten en principio.



Yo hablé con una gota de agua

por Alberto Carsi
G E Ó L O G O



Es imposible hablar con una gota de agua; pero el deseo de que pudiera serlo, es lo que empuja a mi pobre pluma a desarrollar esta hipótesis, basándola, sin embargo, sobre la sólida base que la Física, la Meteorología y la Geología le han preparado.

Bien conoce, quien esto escribe, las obras colosales de Martel, Thos y Codina, Moragas, Peñuelas, Chalón, Bentabol, etc., etcétera, como cumbres de la enorme bibliografía que sobre la circulación de las aguas existe, y aun el mismo autor tiene en su haber intelectual una conferencia radiada, cuyo título era: «El poema de una gota de agua»; pero hoy no es poesía, ni literatura, ni ciencia lo que se propone desarrollar: es sentido práctico, es mundología y habilidad ajena sobre lo que la gota de agua ha de discurrir, la cual puede hacerlo con gran conocimiento de causa, ya que antes de ser juez, ha sido parte en este eterno pleito entablado entre los escondites de la gota de agua y sus impenitentes investigadores.

Es preciso hacer constar a este propósito la admiración de que son dignas las portentosas cualidades del agua. Sus medios de circulación; las relativas situaciones de sus porciones; sus variados estados y aspectos; su ciclo vivo; sus asociaciones; conmueven, impresionan, anonadan. Un autor dijo que el agua, sólida, líquida y gaseosa, es la materia más admirable de la naturaleza. Por todo esto, cuan grande y cuan bello será hablar con una gota de agua; interrogarla, oír la razonar como materia inteligente que es, enterada como está de los progresos de los hombres; de su ciencia y de su consciencia; de su industria y de sus ambiciones, ya que conoce los arcanos del alma humana por haber vivido en el cuerpo de los seres, por haber formado parte de los elementos materiales de la

vida; por haber nutrido las vísceras humanas en las que se elaboran los pensamientos.

Cuan difícil le fué a quien esto escribe poder conseguir una gota de agua pura; absolutamente pura; pues éstas, como los hombres, siempre llevan consigo algún sedimento extraño, algún elemento, por mínimo que sea, recogido aún inconscientemente en el rodar de la vida, que altera su pureza originaria. El agua, sino pura, purificada, solamente se encuentra en las lágrimas, y con una de éstas, arrancada por el dolor sentimental, que es el verdadero dolor de la vida, pudo establecer la comunicación muda, que es la más elocuente, que hoy divulga por el burdo medio de la pluma; maravilloso si se compara con lo vulgar; grosero si se le pone el parangón de esas excursiones aladas del alma hacia los esfluvios de otra alma que sepa comprenderla.

¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? Hube de preguntarla, al verla posada como media esferilla de cristal sobre la alba cuartilla en que iba a escribir la impresión de mis dolores, después de haberla sentido resbalar por mi mejilla con suave contacto de tímida canicia.

«Yo—dijo con suavidad divina—soy lo que los hombres llaman una gota de agua, una palabra que determina lo indeterminable, lo más variable en cantidad, calidad y forma. El Sol me arrebató del pétalo de una flor; allí me hallaba bien, porque me había precipitado el frío matinal con muchas otras compañeras. Yo hubiera permanecido sobre la flor eternidades, cansada ya de correr, de resbalar y de rodar incesantemente. Yo conozco todos los caminos de las gotas de agua de la Tierra; todos los cuerpos, todos los seres. He penetrado con ilusión en muchos lugares y he salido siempre desengañada, dolorida.

Mi cuna es el mar, y mi recuerdo más remoto es el que a él se refiere; a ese espejo inmenso

que absorbe la luz de los astros para subirse por la escalera de sus rayos. Mi primer recuerdo es el de mi primera salida del mar. El viento nos empujó con ímpetu y a poca altura a la infinidad de gotas que salimos juntas; en seguida tropezamos con montañas arboladas, donde quedaron presas muchas hermanas; las otras seguimos sobre valles risueños y sobre llanuras sedientas que parecían llorar a nuestro paso. Subí mucho y sentí un frío intenso que me transformó en copo de nieve y caí helada sobre un enorme montón de cadáveres, como yo, con sudario blanco.

Las caricias del Sol y la presión de nuevas capas de gotas heladas, me volvieron a la vida líquida y me escurri en forma de hilo, respuntando la montaña con mis infiltraciones y mis resurgencias. Corrí luego por una amplia avenida, tortuosa y festoneada a veces por árboles bellos y otras bordeada por tierras baldías o por rocas amenazantes y cortantes como cuchillos. A estas maravillosas avenidas, a las que los pueblos se asoman y los hombres buscan, éstos les llaman ríos de vida y los dejan perderse en el mar, y a él hubiera llegado, después de pasar una temporada entre las marañas subterráneas de unos cañaverales y las raíces de unos álamos, si no me hubiera sentido atraída por un vacío que me arrastró a un hueco abierto en la tierra, que luego supe que se llamaba un pozo, y mediante unos tubos y unos torbellinos me vi saltar al aire libre y en seguida solicitada por recipientes de loza y de cristal y absorbida luego por un ser humano.

En esta nueva vida aprendí mucho, a costa, claro está, de duros sufrimientos. Penetré en estrechísimos conductos; perdí la forma mil veces y la volví a recuperar; me asocié y disasocié con diferentes sustancias, hasta que un día, mediante una impulsión convulsiva y sin saber la causa, salí por un ojo y resbalé por una mejilla como hoy. Fui lágrima otra vez, sin saber, como ahora, qué significo ni qué represento. Me absorbieron paños, me disolví en otras aguas, fui vertida, mezclada con álcalis y grasas, conducida por canales inmundos. Hube de ser vehículo de seres pequeñísimos de gran actividad y enorme virulencia, seres voraces, malignos, exigentes, a los que los hombres denomináis microbios, sin tener nunca en cuenta que, con relación al mundo, vosotros sois más microbios todavía.

Rodé mucho, y por otro río salí al mar nuevamente. Estaba vieja, cansada, sucia, pero el contacto de mi cuna me regeneró. Recordaba mi historia horrible, pero mi juventud y mi pureza espiritual las había recuperado, no así mi pu-

reza material, pues una gran cantidad de materias salinas me hacían ingrata y pesada.

Apenas puedo relatarte todos los detalles de mi actividad; ya te dije que mi vida ha sido una continua variación, sin sosiego y sin tregua, excepto temporadas, de cuya magnitud no tengo idea, que he sido prisionera en angostas grietas, en finas masas arenosas, en bloques de hielo, en estrechos poros de rocas profundas. He resurgido en minas, y conozco la miseria y el horror de esos seres que parecen humanos: los mineros. He saltado por pozos artesanos; por orificios santos llamados fuentes; he corrido por superficies variadas, por cauces y cascadas hasta el infinito. El formar parte de líquidos orgánicos es lo más desagradable; el martirio de la ebullición es inexplicablemente torturante; el mar es lo más bello y al mismo tiempo lo más bueno.

Yo sé de gotas cuyo primer recuerdo duró eternidades, sumidas en la obscuridad de una masa enorme de agua siempre quieta, y que, si alguna vez asomaron a la brillante superficie, procuraron volver a su eterna negrura, a su quietud y a su frío líquido, y rehusaron caer sobre la tierra para formar parte de su ingrata actividad.

De mí sé decirte que participo del anterior pensamiento, pues cuando he formado parte de los elementos pensantes de los hombres, he procurado iniciarles en los secretos de mi experiencia y no he sido comprendida; mi actividad ha sido mal interpretada y he notado intentos de expulsión. Vuestra terquedad, vuestra ignorancia, vuestra rudeza y frivolidad, salvo en casos como el presente, que el dolor os humilla, no os planteáis, no queréis plantearos, de acuerdo con la naturaleza, problemas verdaderamente elevados, porque sois rastreros como reptiles y huecos como globos.

Yo me temo que no encontraréis nunca la verdad, porque no la amáis y teméis además la lógica, que es la luz que proyecta. Vosotros queréis llegar a la verdad por el azar y la comodidad, y la verdad no es casualidad, sino Ley; no es molicie y vacilación, sino esfuerzo y certeza, convicción y sacrificio...»

Estas últimas palabras apenas las oía ya, tan tenues y quedas salían de una mancha en el papel. La media esferilla se había aplanado, extendido, filtrado; no era ya una gota, sino una humedad. Contempléla unos minutos más y no era ya ni humedad: era un rastro, una huella; después, nada... La revelación de la gota de agua había sido como todas las revelaciones, un sueño; pero conste que el sueño es mil veces más bello y más útil que la misma realidad.



Divulgación astronómica

La Astronomía en 1935 y 1936

Por PIGMALION

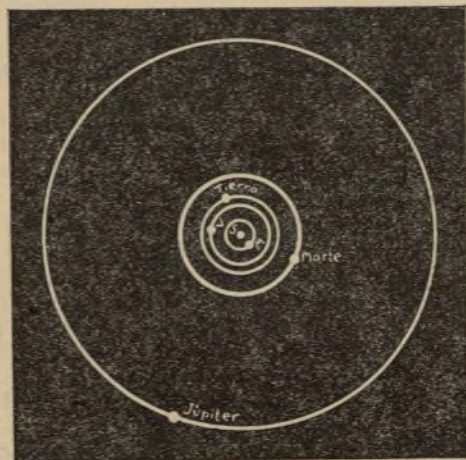


En las nuevas astronómicas, ocurridas en el año que acaba de morir, citaremos unas cuantas muy notables.

El planeta Marte pasó por su mínima distancia a la Tierra el día 12 de abril, a 93 millones de kilómetros, y volverá al perigeo (mínima distancia a la Tierra), en la noche del 27 al 28 de mayo de 1937, situándose a 76 millones de kilómetros de nuestro globo.

El día 8 de enero se descubrió en el observatorio de Johannesburg (Transvaal), un cometa grande y sin núcleo. Era de décima magnitud. En febrero era de novena magnitud, no apreciándosele cola.

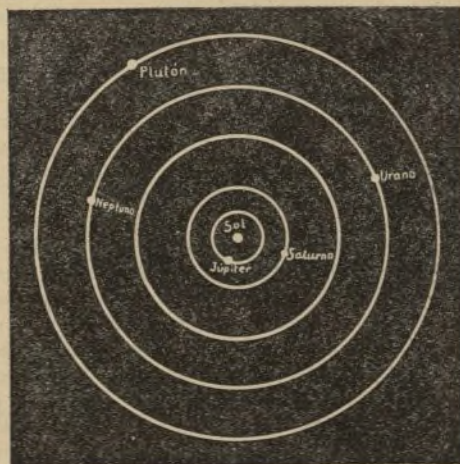
El astrónomo Jackson descubre en el día



Posición de los planetas Mercurio (M), Venus (V.), Tierra, Marte y Júpiter, en sus respectivas órbitas en el día 1.º de enero de 1936

19 de junio, en el observatorio de Johannesburg, un cometa sin cola de décimotercera magnitud.

El cometa del ilustre astrónomo Comas Solá, que se esperaba en el pasado año, se le vió de regreso del primer viaje después de su descubrimiento, en un clisé fotográfico el día 12 de agosto en el observatorio de Lick. Era de décimocuarta magnitud.



Posición de los planetas Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón, en sus respectivas órbitas en el día 1.º de enero de 1936

El día 21 de agosto Van Biesbroeck descubre en el observatorio de Yerkes un nuevo cometa, sin cola, y que brillaba como un astro de décimocuarta magnitud.

El año 1936 no parece ser que va a ser muy laborioso en fenómenos astronómicos.

El día 8 de enero ocurrió un eclipse total de Luna, que nosotros vimos en las primeras horas de la noche.

En el 19 de junio sucederá un eclipse total de Sol, que será observado como total en gran parte del Mediterráneo, en Grecia, en el Norte de Asia Menor, en el mar Negro, en el Cáucaso, en toda la parte central de Asia y terminará en el océano Pacífico. En gran parte de España veremos el eclipse como parcial.

En el 4 de julio acaecerá un eclipse parcial de Luna, que será perfectamente visible en el Este de Europa y en Asia.

Desde el 13 al 14 de noviembre se efectuará un eclipse anular de Sol que no será visible en Europa. La línea del eclipse anular atravesará la Australia y la parte central de la isla del Norte de Nueva Zelanda, y océano Pacífico.

Se espera a fines del año actual, 1936, el cometa d'Arrest, descubierto en 1851.

También se espera al cometa Perrine I, descubierto en 1896, que recorre su órbita en seis años y siete meses. Debe pasar por el perihelio en el próximo mes de febrero;

Arte y ARTISTAS

Exposiciones en Barcelona

Por G. COCHET



DESPUÉS de ver en la Sala Parés las esculturas de Casanovas, de un grecorromano algo decadente, del impresionismo bastante superficial de Meifrén; luego, en las Galerías Layetanas, las desabridas pinturas de Pons Arnau y del pesado y viejo academismo de Galofré, al llegar a la

sala Esteve se impresiona uno ante las pinturas de Picasso.

No hay duda que Picasso es un artista inquieto y de talento, pero en sus búsquedas indefinidas cae a menudo en caprichosas extravagancias, sólo posibles en nuestros tiempos de snobismo y oportunismo como de inestabilidad en todos sentidos. A pesar de todo, de Picasso seguramente quedará algo de su obra, mucho más que de esa plaga de pasatistas y de ineptos que nos ahogan por todos lados con tanta mediocridad.

Por otro lado, Picasso y su marchante Rosenberg, que ha sido tan genial como él, sin dejar ambos de hacer un buen negocio vendiendo sus

telas a muchos miles de francos, han hecho otra cosa, además, aunque quizá sin proponérselo, y es que han vengado así a los artistas que, sobre todo en los últimos 50 años, han sido víctimas de la incomprensión y de la imbecilidad.

Los de A.D.L.A.N., que presentan a Picasso, nos recuerdan un pensamiento de Voltaire que dice: «El primero que comparó la mujer a una flor, fué un poeta, el segundo un imbécil», y, más próximo, a Gauguin, que dijo: «En arte solamente hay revolucionarios y plagiadores, y por eso escogieron de la obra de Picasso lo que era más estrictamente personal, o sea poético y revolucionario».

Primero diré, respondiendo al pensamiento de Voltaire, que eternamente habrá quienes compararán las mujeres a las flores y serán poetas o imbéciles, pero no por ese hecho en sí, sino según sean ellos mismos, imbéciles o poetas, y el valor o interés estará en el nuevo acento que pondrán en decirlo; en cuanto a lo de Gauguin, diré que nunca se ha hecho nada de la noche a la mañana y que tanto en arte como en lo que sea, se avanza

y, por último, esperamos al cometa Giacobini I, que se descubrió en 1896, y que recorre su órbita calculada, en igual tiempo que el anterior, pero que no ha vuelto a verse desde aquella fecha.

El famoso planeta Saturno, que por efecto de perspectiva dejan de ser visibles sus anillos cada quince años aproximadamente, volverá a repetirse este fenómeno a últimos del mes de junio, y se volverá a repetir el caso a últimos de diciembre.

¿Y nada más?, preguntará el lector. Sí; se presentarán cometas nuevos, como se presentan todos los años; pero sólo para los astrónomos que posean un buen anteojo con una buena cámara fotográfica.

¿Y nosotros no podremos ver ninguno? Quizá. Tal vez se presente alguno de improviso y cruce el cielo luciendo una larga cola. Si ello ocurre, probablemente vendrá sin anunciarse. Hoy no vemos nada en todo el inmenso espacio. El astrónomo ha hecho el cielo tan familiar, que invita a las estre-

llas a que asistan a nuestros actos de la Tierra, y una de ellas aceptó la invitación de un astrónomo del observatorio de Yerkes, para que ella misma encendiese todas las luces de la Exposición de Chicago el día de la inauguración. Esta operación estaba reservada hasta nuestros días a los jefes de Estado y hombres de ciencia eminentes. Ahora fué el cielo quien delegó en una de sus más brillantes estrellas la ejecución de aquel acto solemne.

La Astronomía tiene que cumplir su misión social en España, como ha empezado ya a cumplirla en los países que han trazado nuevas orientaciones de una humanidad mejor, más sensata y, por consiguiente, más feliz.

En lo que respecta a pronósticos, hemos de decir que los supersticiosos están de enhorabuena. No hay año en que no haya uno, dos o tres martes que coincidan con el 13 de un mes u otro. El año 1936 sólo tiene uno: el 13 de octubre.

por etapas y que, por grande que sea el genio de un innovador, no podrá nunca surgir como por encanto sin una base firme, que depende de las lecciones y experiencias del pasado.

A mi modo de ver, Picasso es precisamente el más vastamente ecléctico de los pintores contemporáneos, y su originalidad, como en su esencia o espíritu, en este aspecto es igual a un primitivo. Picasso, fiel a nuestra época de precipitación, busca ahorrarse trabajo y llegar lo más pronto posible a su fin; por eso emplea recortes de papel de empapelar paredes para evitarse el trabajo, en el detalle, de adornos, florecillas y arabescos que ese primitivo habría pacientemente dibujado y pintado; otras veces nos da la sensación exacta de los dibujos de las cavernas prehistóricas, no sólo en el espíritu y estilo, sino preparando la tela con arena, pegando papel de lija y salpicándolo luego con cal y otros ingredientes nos da la sensación de la piedra misma; luego se inspira en el arte negro de lo que hace todo un período, como así, escalonadamente, sus épocas griegas, pompeyanas, estilos Rafael, Ingres, Lautrec, Cézanne y los «fauves», etc.

Eso no impide que sea, en efecto, poeta y revolucionario como artista, pero es, sobre todo, un ensayista, y su genio en el campo tan extenso y variado de sus experimentos se disgrega y no llega a definirse de una manera concreta; su originalidad está, pues, en eso, que a pesar de que espiritualmente beba en la fuente que recoge todas las corrientes artísticas que hubo, en la práctica rompe con sus moldes y principios estéticos arbitrariamente y, libre de todo compromiso formal y del color, deja libre campo a su inventiva. Ahora bien, si no podemos dejar de reconocer que Picasso es un revolucionario, podemos, sin embargo, objetar que en toda revolución no basta destruir sino que, sobre las viejas bases, hay que reconstruir y afianzar lo nuevo. Es, pues, un error de los de A.D.L.A.N. el haber expuesto sólo una faz de la tan extensa y variada obra de Picasso; en una

expresión más completa de conjunto, habríamos podido llegar a un mejor resumen de su obra.

Aparte del valor que hay que reconocer a Picasso, muchos somos los que creemos que para la humanidad alborea ya una nueva vida, no sólo en el arte, sino en todas sus manifestaciones, y el hombre, al calmarse, volverá a la cordura y la sensatez.

En la Pinacoteca, las pinturas de Amat me dan razón cuando sostengo que el arte no debe ser virtuosismo; la facilidad es sólo aparente en una obra de profundidad, mientras que en la obra superficial es alarde y su solo valor. No quiero, por eso, conceptualizar a Amat entre los malos pintores, pero sí que su obra no resiste un análisis un poco riguroso; pero con sus condiciones y talento podría ir mucho más lejos.

Sala Busquets: Es, sin duda, una gran condición la de un artista que trabaja de buena fe y con sinceridad, pero no es suficiente; Marquez Puig se obstina en hacer literatura, efectos de luz, etc., todo menos pintura.

Pinacoteca: Bosch Roger es realmente un temperamento de pintor y de los pocos que comprenden el verdadero sentido de la pintura, pero no siempre del todo sincero en sus inquietudes de artista; es lamentable que, por la necesidad de vivir, un artista no pueda dar rienda suelta a su genio creador.

El clarooscuro de Caravaggio es la antítesis de la pintura del tono local de Cézanne; yo estoy de acuerdo con este último; el pintor debe, en todo momento, resolver los problemas de su cuadro por el color y no por la luz; es decir, debe ver colores claros y oscuros, fríos y cálidos, pero nunca contrastes de luz y de sombra que es antipictórico y del dominio de la fotografía. Gausachs, sala Valenciano, cae a veces en este contrasentido, pero, en general, domina el color y su pintura es vigorosa e intensísima tanto como la de un Legonzac y es, además, un pintor que trabaja sinceramente en un constante afán de superación.

El Mediterráneo, será escenario de la

próxima guerra

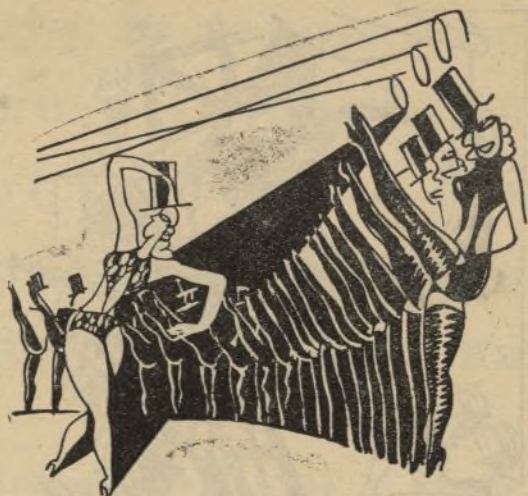


Todas las bases estratégicas del Mediterráneo están siendo acondicionadas para la resistencia y para el ataque en la guerra que se prepara por todos los países interesados en su predominio. Si en 1914-18 había quedado esta cuenca relativamente en paz, y el centro de gravedad de la contienda había estado en los imperios alemán y austriaco, parece, por todos los síntomas, que en la conflagración próxima se librará la batalla definitiva en este mar, convertido ya en un hormiguero de naves de guerra de todas las calidades y banderas. Y la posición geográfica de España hace que, como se ha advertido por algunos comentaristas, su neutralidad de antaño será imposible y habrá de contribuir por la fuerza de las cosas con sus recursos en hombres y en materias primas a la vorágine sangrienta. El fondo del Mediterráneo se enriquecerá con centenares y millares de embarcaciones, con centenares de millares de hombres, con el fruto del trabajo inútil de millones de obreros de todos los países.

Cara y Cruz del cinema

La "girl"

por
L. Santos Davant



Es el producto más típicamente americano impuesto al mundo por el cine. La imagen doblemente ilusoria de la girl de la pantalla norteamericana ha moldeado, mental y físicamente, a las indecisas descendientes del romanticismo, aun no repuestas de la clorosis hereditaria y los claros de luna. A una generación de maniqués que tomaron demasiado vinagre ha sucedido una generación de perfectas «perchas», con hombros y muslos de diosas y senos del cristal más fino, pero con hígados defectuosos, unos riñones nadando en whiskey y los bronquios aculotados por el humo de los cigarrillos rubios, entre cuyos jirones, ellas, juegan a vampiresas.

Hoy, vamos a volver por un instante, la carátula alegre de la girl; esa carátula «standard», humanamente indefinible, a veces, porque es pura fórmula de alquimia droguera, milagro electroquímico de un Figaro con algo de diabólico Fausto entre sus relucientes máquinas, y mucho de «Rodríguez» entre los opacos «González», pequeños burgueses del café.

Si la girl es el pecado del siglo, nunca pudo un asceta imaginarlo tan mísero y vacío, visto a la luz de la verdad íntima. Siempre, la propaganda de Hollywood irradió sus grandezas, y las cifras de los fabulosos contratos bascularon una porción pequeñita en los delicados cráneos de pájaro de infinitas muchachas del globo; se les volvió el «seso», como a tantos manecillos lo otro: el sexo.

Pero, ahora, que los Estados Unidos sufren, a su vez, el zarpaço de la crisis, hasta los periódicos y «magazines» frívolos dejan traslucir una verdad cruel. Antes, Erembourgh y Kisch en «Fábrica de Sueños» y «El paraíso norteamericano», respectivamente, clavaron en magistrales páginas las lindas mariposas de Hollywood. Para nadie es un secreto que aquí, como en California, la girl ha de mirar, más de una vez, al cielo para obtener una insignificante parte — pero al cielo raso de una alcoba —, parte que no modifica la situación decúbico supino de la girl más que mientras desempeña el papel, teniendo, además, que aguantar una prostitución y violación moral que hambrientos

periodistas de todas clases y todos apetitos «chantagean» con ellas.

Y ellas lo saben y lo aceptan. ¡Todo sea por el arte!

• • •

«¡Nothing, to day!» escuchan diariamente varios millares de criaturas de la Jauja cinematográfica; y ese «No hay nada, hoy», mucho más escueto y brutal en inglés, es un día de trágica pirueta hambrienta para estos desdichados tan envidiados en Cuenca o Colmenar de la Oreja. Según una girl que trabaja en el «Central Casting Bureau» — u Oficina Central de Distribución o Acoplamiento —, que es el organismo que contrata a los «jornaleros» del cinema, hay unos 7.000 actores en Hollywood, suficientemente acreditados por los papeles de bastante importancia que han desempeñado. Sólo unos 318, incluyendo a las «estrellas», están contratados; 250, voluntarios ocasionales que obtienen algunas escenas, viven, unas veces bien, y otras, con lo imprescindible. La mayor parte de los restantes trabajarían por el más ínfimo salario que se les pagara. Algunos son excelentes actores. Otros, carecen de facultades y no tienen nada que esperar del cinema, pero ellos nunca llegan a confesárselo y rehusan intentar ganarse la vida en otra parte y de otro modo porque esperan tropezar «al volver una esquina» con ese gran papel, que está, precisamente, destinado a destacarlos con nimbos de gloria.

Los números nada dicen, al profano, sin comentario, y comentándolos, se les hace decir un sin fin de cosas curiosas e increíbles. Un dólar podrá figurar como un número X de pesetas y tener igual o menos poder adquisitivo en su país que la peseta en España; y este poder adquisitivo varía en las distintas regiones de España y en los distintos Estados y localidades de América del Norte.

Los industriales pequeño-burgueses de Hollywood han ido allá como el cantinero que va al frente de batalla o a una feria. El dólar de Hollywood no es, posiblemente, el dólar de una granja de Lousiana. Y una girl que, tras conseguir por primera vez trabajar una semana dejándose filmar a razón de 10 dólares por día, cobra 80 dólares, si calcula — para hacer la multi-



plicación más sencilla — que ochenta dólares durante cincuenta semanas son ¡4.000 dólares al año!, tendrá que apoyarse en la señal del tráfico o abrazarse al primer distribuidor mecánico de gasolina que encuentre, para no caer desmayada de feliz emoción. Pero, luego, sus dólares se disolverán — no como el azúcar, sino como la sal: en amarguras —. Gastará más de sus 80 dólares en vestidos, que no la ilusionarán gran cosa, pues los vestidos no se comen y si los empeña estará en análogos condiciones del que empeñó su dentadura para comer.

En el registro de pagos del Casting Bureau aparecen siempre 10 dólares para la girl, que trabaja, y 5 para vestidos. Cuando la «extra» — se llama así a los jornaleros del cine — es solicitada en vestidos de sport, pijamas, traje de baño o corrientes vestidos de calle, sólo cobra 10 dólares. Si su vestuario está bien provisto sólo obtiene 7'50 dólares. Pagan cinco dólares a las personas a quienes filman en «masa», y, a menudo, los envían con un empleado de los estudios para limpiar las calles de la ciudad, recoger los bártulos de los decorados y toda clase de acarreo humillante para las «futuras» estrellas.

La aprendizaje de girl se convencerá demasiado pronto de que su guardarropa no puede llamarse «vestuario». Necesita sedenos vestidos de noche, para la casa y la calle; vestidos para comer en casa y fuera de ella. Vestidos severos para la tarde y menos serios para las mañanas... Toda clase de exquisitos desvestidos, slíps, vestidos de calle y deporte; todo a la última moda siempre.

Sólo en vestir, una girl precisa gastar de 600 a 1.000 dólares anuales y, según informa el Central Casting Bureau, en el pasado año de 1935, solamente ¡12 de las 4.000 «extras» se ganaron la vida con el sueldo!

Si se pregunta a las girls «por qué permanecen en tal infierno», contestan, encogiéndose de hombros, que no saben otra forma de ganarse la vida. Corrientemente agregan: «y siempre hay alguna oportunidad de obtener un buen contrato. ¡Janet Gaynor, ¿no sabe usted?, fué una vez, también, «extra» girl!»

Se les podría contestar que hay otra oportunidad análoga en posibilidades a la de Gaynor: ganar 100.000 dólares a la lotería, pero ya se encargan las incommovibles telefonistas del Casting Bureau de contestar incansables: «¡Nothing to day! ¡Nothing in!» a las infinitas bocas pintarrajeadas que bostezan su diaria pregunta en demanda de trabajo.

El falso edificio del cinema ibérico se quiere, también, fundamentar en unos muslos de mujer, sin comprender que una prostitución tan exquisita como la de Hollywood no la pueden pagar los señores Esteve de la izquierda o de la dreta ni los prohombres de todos los partidos de Madrid, que son de aspiraciones modestas y rijosidades moderadas, económicamente hablando.

Para intentar ese cuento fantástico de la moderna revista cinematográfica no basta con la afición a la música «argentina» del señor Strauss. Hace falta más música para mover figurantes de tuxedo (smoking) claramente diferenciados en camareros y gentlemen, y unas mujeres troqueladas en un molde único — siglo XX — made in U. S. A. Alegría, risas, optimismo y abundancia, hasta de talento, fashion americana de la que sólo América tiene el patrón... y la fórmula, principalmente en dollars.

España es un híbrido país de hurdanos y funcionarios famélicos con rodilleras y los colos gastados de dormir sobre el pupitre. Aquí no hay girls, ya que no puede llamársele girls a los despojos que «Crónica» entrega a los que no tienen ni dos pesetas para satisfacer sumariamente sus instintos y con un real los exacerban y se envenenan.

La girl no puede ser ni la tanguista ni la «vodevilera» con un crucifijo al cuello, como la anilla en el hocico del oso, o en la oreja de la negra de las tetas caprinas. Si no hay una girl en España, ¿cómo obtener diez, veinte, doscientas, que sepan vestirse y desnudarse «bien», cantar, bailar, hablar...?

¿Es que ha de venir otro Taine a decirles a estos beocios del cinema hispano que cada tierra y cada clima da el fruto artístico — antes a la vida — características distintas que se pueden gustar pero no transplantarse?

¡Bah! Taine, el arte... ¡Monsergas! Ellos se conforman con ponerse pantalones oxford, descubrir estrellas en los cabarets y llevárselas a filmar y a la cama, a la cama y a filmar, alternativamente en pantalones oxford y en calzoncillos del «Dr. Rasurell». A veces la cama hay que cederla al «burgués» que paga film, director y estrella — todo baratito, porque «los negocios están muy malos y es preciso ahorrar».

Y aunque consiguiesen, al fin, organizar, por todo lo alto, la caricatura grotesca de la producción americana, habrían conseguido tan sólo poner a la trágica vida española la alegre carátula cuyo reverso hemos visado fugazmente. Habrían incorporado a la «fábrica de sueños» local lo peor del crónico mal de Hollywood. Lo que no se enseña a los visitantes ocasionales ni cuentan los regresados forzosos... La cruz del amargo dólar que, ocasionalmente, arrojan al bello «animalito» llamado girl los judíos del celuloide americano.



La Anarquía, la revolución de octubre y Barcelona



A través del farrago de libros de todas clases que voy leyendo—evocaciones históricas, exposición de postulados sociales, políticos o filosóficos, tratados de Ciencia, y novelas—salta de improviso la evocación vagamente arbitraria de los sucesos de octubre en las nar-

rraciones de un brillante novelista francés: J. Kessel.

Una bala perdida, es un libro curioso, interesante, divertido, pero, por encima de todo, nos choca en él un fenómeno curioso: mientras en la parte externa, en lo que salta a la vista, lo más fácil de captar con un poco de atención, se cometen errores y cuentan absurdos, la interna o espiritual es la que más se aproxima a la realidad... ideal.

Dije, coincidiendo en ello con muchos, que la revolución catalana había sido cosa fundamentalmente burguesa. Adoro y admiro sobre toda ponderación a Cataluña; la creo una de las regiones más grandes, florecientes, cultas e inteligentes de España, pero fuertemente comercial, como los viejos fenicios; junto a un ensueño tal vez exaltado, tiene un intenso sentido de la riqueza y un recio espíritu de posesión. Por eso, en la hora crítica en que había que elegir entre correr la suerte de los camaradas y ver desmoronarse (aunque al cabo de algún tiempo volviera a alzarse pujante) riqueza y poder, o echarse en brazos de los soldaditos de España, optó por esto.

En la parte de evocación de la sacudida revolucionaria, se ve en la novela de Kessel, con bastante exactitud (salvando detalles absurdos), esto. Los hombres, casi todos chiquillos que andarían entre los dieciocho y los veintitrés años, eran por voluntad valientes y arrojados, pero por instinto y entrenamiento, no. La vida es demasiado bella; hay demasiadas cosas interesantes que conquistar, vivir es demasiado grato para jugárselo a un ensueño. Por eso, mientras creyeron que soldados y guardias estaban de su parte, lo arriesgaban todo, guardados por una doble muralla de fuerza y de autoridad; solos frente al enemigo, ya era cosa más difícil.

Existe en Cataluña un fuerte sentido regional, sentido justificado en la Historia y en el florecimiento actual, pero exagerado, exasperado si se quiere, por pueriles vanidades de una parte, por cercenaciones e imposiciones atrabiliarias por otra. Entre las muchísimas cosas en que erró la monarquía fué una el problema catalán. En vez de buscar la unidad en una completa compenetración espiritual y material, unas veces dió campanadas iniciando persecuciones en que había se adovictimadas, pero no supresiones; otras, como durante la dictadura, perdió el tiempo en mil puerilidades

al través de las páginas de una novela francesa

por

Antonio de Hoyos y Vinent



ensañándose con manifestaciones populares de fervor regional—cantos, bailes, usos y costumbres—, como si toda la vida en España y fuera de ella, no hubiese habido explosiones fanáticas por la patria chica, no sólo en la provincia y en la ciudad, sino hasta por el barrio y la casa.

La juventud catalana de la grande y pequeña burguesía, era antes que nada, dos cosas: catalana y burguesa. La frase de don Francisco Cambó era como síntesis del pensar «¿República?... ¿Monarquía?... ¡Cataluña!»

Claro que como sucede con todo, en la vida actual, la juventud tomó parte principalísima en la revuelta, pero no la juventud así como así, a modo de enunciado genérico, sino la juventud absoluta, muchachos de quince a veintidós años. Tal los describe Kessel y tal fué en realidad. Ellos tenían un concepto convencional y nacionalista de la rebeldía: Cataluña. Pero aquí se detenían; necesitaban un crédito de confianza para organizar... luego. A ellos, que no les fuesen con las locas utopías de igualdad social, de nivelación de clases, de supresión de abismos para la riqueza. Para la inmensa mayoría los camaradas no podían serlo nunca; estarían mejor o peor, tendrían más o menos ventajas sin perjuicio del negocio, pero aquí paz y después gloria.

Puede que hubiera algunos—había muchos—que tenían un ensueño de igualdad y fraternidad, pero los más no.

Surge en la novela otra figura, tal vez la más bella e interesante: Alejandro el *limpia* o betunero, que se presenta como anarquista.

¿Lo es realmente? Es el suyo un anarquismo infinitamente simpático, infantil y romántico, un anarquismo que tiene del de Fermín Salvochea a quien repugnaba comer carne de animales porque no deben de sacrificarse a nuestro gusto los hermanos inferiores, del del Santo de Asís «Hermano halcón y hermana paloma» y del de Jesús

TIEMPOS
NUEVOS 147

Una opinión de Vanzetti sobre el cinema

por Mateo Santos



EYENDO *Boston*, el libro en que Upton Sinclair estudia la vida y la personalidad de Bartolomé Vanzetti—curiosa en muchos aspectos—y sigue meticulosamente el proceso Sacco-Vanzetti, encuentra una opinión de este último sobre el cinema, que forma parte de *Hechos y víctimas*, una novela corta sobre las fatigas de un inmigrante en América, escrita por el ácrata italiano durante su largo y penoso cautiverio en el penal de Charlestown, donde la injusticia y la crueldad más refinada lo sentaron en la silla eléctrica juntamente con su camarada Nicolás Sacco.

Vanzetti, que supo esperar a la muerte con espíritu sereno, se preocupaba de temas ajenos a su proceso, mientras jueces, policías, profesores de la Universidad de Harvard—como el rector Lowell y las pandillas burguesas del puritano estado de Massachussets, tejían una red sutil de mentiras e infamias para complicar a los dos «dagos» en los crímenes de Bridgewater y de South Braintree.

Esta opinión de Vanzetti, aunque escrita en 1926, data de cinco o seis años atrás — desde que fué detenido a su ejecución, transcurrieron siete años —; es decir, desde mucho antes de conocerse el cinema sonoro y de salir de la Rusia roja los primeros films soviéticos.

He aquí como enjuiciaba el cine de aquella época, el mártir ácrata:

«Voy con Jhonny al cine, puesto que él es muy aficionado a las películas, aunque éstas deforman la verdad, provocan, fomentan y embellecen la confusión, falsifican los hechos y dan relieve a prejuicios y odios. Imponen sus autores dos tipos convencionales, el bueno y el malo; el que obra bien y todo le sale a pedir de boca, y el réprobo que acaba en presidio. Son dos figuras que no faltan en ninguna película y que, premeditadamente, van cumpliendo las exigencias del programa; el bueno es feliz en las películas, o acaba por serlo, y el malo siempre produce alguna hecatombe que acaba con él y con el melodrama. Ocurre en las películas lo contrario de lo que ocurre en la realidad, ya que en esta el bueno padece y el malo triunfa. El mundo de la pantalla es absurdo. El público sentimental, ñoño y poco inteligente, aprende en el cine a admirar bondades ficticias y odiar a los traidores de turno que le sirven las empresas. La gente pierde la cabeza en el cine y olvida las infamias de sus enemigos, tragándose el veneno que le dan, después de enriquecer a los empresarios. Todos son más idiotas al salir del cine que al entrar.»

Juicio certero que acusa el espíritu sutil y pon-

de Nazareth perdonando a la Magdalena... *por que había amado mucho.*

De los medios anarquistas barceloneses auténticos, nada. La figura más hecha en orden a personas puestas al margen de la sociedad, Gurreaz, el *pistolero* (aquí comete el autor francés una pifia común a las muchas en que incurren sus compatriotas al hablar de España, y que supone que pistolero es sinónimo de anarquista, cuando tal vez anarquistas es lo que menos abunda entre ellos), es la más confusa y desdibujada del libro,

y la del anónimo tirador, casi solo, un pelele de trapo y sangre; es decir, la vida anarquista de Barcelona con sus hondas tristezas, sus rebeldías, sus angustias y zozobras, sus luchas, sus miserias, sacrificios y abnegaciones se desdibuja, mientras que la pequeña burguesía — la clase mercantil, el somatén — aparece clara y destacada.

Tal es la novela de Kessel *Una bala perdida*, que, siendo divertida, ni hace pensar ni sentir, ni retrata el gran crisol barcelonés en que hierven las futuras sociedades.

derado de aquel amigo de la Libertad, de la que fué agudo clarín y heraldo clarividente, aunque aún la sujeten y opriman recias cadenas, que un día saltarán hechas pedazos.

Tenía razón Vanzetti al escribir que «el mundo de la pantalla es absurdo» y que en él se deforma la verdad y se falsifican los hechos.

El cinema de su tiempo y el del nuestro es un cúmulo de falsedades, un enredijo de falsas virtudes y de mentidas heroicidades. Arte que no ha llegado aún a plena sazón, que evoluciona de continuo, y que más que arte es industria productiva para las grandes empresas que la explotan y escapate en que se exhibe toda la gama de la pornografía por medio de la vampiresa, de la «sex-appeal» y de esa extensa colección de «girls», alucinante teoría de senos desnudos y de piernas al aire, estremecidas a los acordes antimelódicos de una música epiléptica, música de «jazz-band», tan del gusto de burgueses rijosos, «pollos pera» y «niñas bien».

Sólo de vez en cuando, el cinema se libera de esta dorada y estridente pornografía, de esa ética invertida, y sus imágenes tienen un gesto rebelde con *El crucero Potemkin* y *El expreso azul*; o condenatorio de la guerra, como *Cuatro de infantería*; o se insuflan de humanismo y de realidad con *Los muelles de Nueva York* y *Soy un fugitivo*; o se quita la máscara hipócrita con *Muchachas de uniforme* y *Extasis*; o se torna crudamente realista con *Carbón* y *La calle*; satírico con *L'opéra de quat' sous*; humorístico con *A nous la liberté* y humano, amargamente humano, con todos los films de Charlot, genio único y auténtico de la pantalla.

Vanzetti y René Clair coinciden al decir aquél que la gente se traga el veneno que le suministran desde el lienzo cinematográfico y al afirmar éste que el cine es un opio con que se embrutece al pueblo.

Pero el cinema es un arte, y un arte excelso, cuando logra apartarse del capital, o cuando evade su influencia y burla su control.

«¡El dinero está matando al cinema!», gritó

también René Clair, en cierta ocasión, desesperadamente.

Porque el dinero impone temas que amañan la realidad a favor de una clase, con perjuicio de la otra; destruye la verdad, cohibe las ideas y la iniciativa de los realizadores que pueden hacer vibrar a las imágenes con emoción humana, ajena a las absurdas normas morales que les imponen los productores.

Hasta se llegó a escribir para el cinema yanqui un Código moral, que aun está en vigor: el de William Hays, un personaje siniestro de ilimitada influencia en la industria del film y en las altas esferas gubernamentales de su país.

Hechura y calco de este William Hays es el doctor Goebels, ministro de Propaganda del gobierno hitleriano. Todo el cinema alemán está bajo el control de Goebels, que lo inspira y orienta hacia el nacionalsocialismo y que le está dando un peligroso tono bélico, mientras las fábricas Krupp fabrican cañones y Alemania aumenta sin cesar el número de sus aviones de guerra y de sus armamentos de mar y tierra.

La prevención que Bartolomé Vanzetti tenía al cine, está aún ahora, al cabo de dieciséis o diecisiete años, ampliamente justificada. El cinema, como la Prensa, como el teatro, como el libro, está en poder del capitalismo, que le traza las rutas que le convienen a su interés y a su egoísmo. No importa que haga películas, como hay periódicos y libros y piezas teatrales, que se enfrentan con la moral burguesa y con sus conveniencias. Son pocos relativamente; forman la excepción y su influencia en la masa es todavía insuficiente para contrarrestar el daño, los estragos que producen en la opinión pública, el cine, la prensa y la literatura burgueses.

Aún tiene validez la frase del «dago» electrocutado en el penal de Charlestown: «Todos son más idiotas al salir del cine que al entrar». Aunque cada vez va habiendo menos espectadores que se impresionen con la verdad deformada y los hechos falsificados que acaban de ver desfilar por la pantalla.

CONSULTORIO DE PUERICULTURA

Desde el próximo número ofrecemos a los lectores de «TIEMPOS NUEVOS» un consultorio gratuito de puericultura, que atenderá por escrito la doctora Amparo Poch y Gascón, doctor Castelo 9, Madrid. Directamente, o por nuestro intermedio, los lectores de la revista podrán dirigirse, sin más condición que justificar su condición de tales con el recorte del cupón impreso en la tapa, a nuestra colaboradora sobre cuanto les interese relativo a la crianza e higiene de la infancia.

En nuestro afán por hacer de «TIEMPOS NUEVOS» la publicación que hacía falta en España, el consultorio gratuito de puericultura marcará un jalón más.

La doctora Amparo Poch será para las madres una guía segura y valiosa.

Queremos el triunfo por la libertad y por el amor.

Mas no por eso renunciamos al empleo de la violencia. Nuestros medios son los que las circunstancias nos permiten y nos imponen.

No querríamos arrancar un cabello a nadie; desearíamos enjugar todas las lágrimas sin hacer derramar ninguna. Pero hemos de luchar en el mundo tal como es, so pena de vivir como soñadores estériles.

Vendrá un día, es indudable, en que será posible hacer el bien de los hombres sin hacer mal a sí propio ni a los otros. Hoy eso no es posible. Hasta el más puro, o el más dulce de los mártires, que para el triunfo se dejara arrastrar al cadalso, sin resistencia, adelantándose a sus perseguidores como el Cristo de la leyenda, ese mismo haría violencia. Además del mal que a sí propio causaría, lo que vale la pena de ser tenido en cuenta, haría verter lágrimas amargas a todos los que le amasen.

Trátase, pues, siempre, en todos los actos de la vida, de procurar el menor mal por la mayor suma de bien posible.

La humanidad arrástrase penosamente bajo el peso de la opresión política y económica: hállese embrutecida, degenerada, asesinada (no siempre lentamente) por la miseria, por la esclavitud, por la ignorancia y por todas sus resultantes.

Para defensa de este estado de cosas existen poderosas organizaciones militares y policíacas, que responden con la prisión y el cadalso a cualquier tentativa seria de mudanza.

No hay medios pacíficos ni legales para salir de esta situación, y es natural que así sea, pues la ley ha sido hecha por los privilegiados expresamente para defender los privilegios.

Evidentemente, la revolución producirá muchas desgracias, muchos sufrimientos; pero se producen infinitamente más en el régimen actual.

En una sola batalla se mata más gente que en la más sangrienta revolución; millones de criaturas mueren anualmente en el mundo por falta de la debida asistencia; millones de proletarios mueren prematuramente del mal de miseria después de una vida mezquina sin placer y sin es-

peranza; hasta los más ricos y más poderosos son mucho menos felices de lo que podrían ser en una sociedad de iguales; y ese estado de cosas viene existiendo desde un tiempo inmemorial.

Duraría indefinidamente sin la revolución que atacase resueltamente las causas del mal, pondría una vez al género humano en el camino de la felicidad.

¡Venga, pues, la revolución! Cada día que tarda es una enorme cantidad de sufrimientos infligidos a los hombres. Trabajemos para que venga pronto y sea cual se necesita para acabar con toda opresión y toda explotación.

Por tanto, para nosotros, anarquistas, o por lo menos, para los anarquistas que ven las cosas como nosotros las vemos, cualquier acto de propaganda o realización por la palabra o por el hecho, individual o colectivo, es un bien cuando sirve para aproximar y realizar la revolución, cuando sirve para asegurar a la revolución el concurso consciente de las multitudes y darles este carácter de liberación universal, sin el cual la revolución no es la revolución que deseamos.

Y téngase en cuenta que en materia de revolución, puesto que se trata de economizar vidas humanas, ha de regir el principio del medio más económico.

Conocemos bien las terribles condiciones morales y materiales en que se halla el proletariado para no explicarnos los actos de odio, de venganza y hasta de ferocidad en que las revoluciones pueden producirse. Comprendemos que haya oprimidos que, habiendo sido tratados siempre por los burgueses con la más innoble dureza, habiéndose visto siempre que al más fuerte todo le era permitido, un día, sintiéndose por un momento los más fuertes, digan: «Hagamos también como los burgueses». Puede suceder que, en la fiebre de la lucha, naturalezas originariamente generosas, pero no preparadas por un largo tratamiento moral, difícilísimo en las condiciones presentes, pierdan de vista el ideal, tomen la violencia como objetivo y déjense arrastrar por ella a transportes sangrientos.

Pero una cosa es comprender y perdonar, y otra es reivindicar. No son esos los actos que podamos aceptar ni imitar. Debemos

Luigi Fabbri

educador

por LUCE FABBRI



En este momento, la hija no puede superar el silencio, no puede hablar de él, sino dejando que broten los recuerdos. Y también esto es difícil, porque es preciso respetar aquel celoso pudor suyo que le hacía tan reacio a hablar de sí y de sus cosas íntimas, aquel mismo pudor que le hacía parecer más hombre de ideas que de sentimiento, más un pensador sereno que un luchador apasionado.

Y la parte suya que nadie habría podido ver a través de sus artículos, adquiere ahora una importancia nueva, porque se convierte en el complemento necesario de su pensamiento.

Se habla mucho ahora de realización, de aplicaciones prácticas de los ideales libertarios. Es una preocupación fecunda, de una urgencia casi atormentadora.

Pero realizar una idea quiere decir traducirla en acción y no sólo en planes y en programas; quiere decir impregnar de ella todo instante de nuestra vida, todo acto de nuestra voluntad y de nuestro pensamiento. Vivir íntimamente la libertad, aun bajo el talón de hierro, es ya una realización, es el primer paso, el indispensable.

La anarquía, en el significado más amplio de la palabra, es realizable siempre, con diversidad de grado, y se realiza tanto más cuanto menos se contenta uno con la realidad ya adquirida. Esto decía Luigi Fabbri, para reavivar a su alrededor la fe, para darse a sí mismo la fuerza de la serenidad frente al alud de desastres que se ha formado después de la guerra.

ser sueltos y enérgicos, pero procurando no exceder jamás el límite marcado por la necesidad. Debemos hacer como el cirujano que corta cuando es preciso, pero evita infligir inútiles sufrimientos.

En resumen, debemos ser inspirados por el sentimiento de amor de los hombres, de todos los hombres.

Parécenos que ese sentimiento de amor es el fondo moral, el alma de nuestro programa; parécenos que sólo concibiendo la revolución como el gran jubileo humano, como la liberación y la confraternización de todos los hombres, cualquiera que sea



Y es de esto de lo que quiero hablar hoy, de esta realización lenta y constante de un ideal, en el interior de un alma y en su esfera de irradiación.

Hace algún tiempo, en un artículo de *Pensiero e Volontà*, traducido en el *Suplemento de «La Protesta»*, de Buenos Aires, Luigi Fabbri escribía un largo artículo para incitar a los combatientes de nuestra causa al deber de las realizaciones individuales. Decía, entre otras cosas, que una de las fallas de los revolucionarios de la postguerra, ha consistido en descuidar, por las conquistas futuras, las conquistas inmediatas en sí mismo y alrededor de sí mismo.

«Los resultados momentáneos satisfacían a los más; había mucha preocupación por las construcciones generales políticas y económicas, estatales y extraestatales, de carácter colectivo, y nadie niega que fuesen útiles y también indispensables...

»Pero los individuos que componen las colectividades, creían haber agotado en esa obra su misión y por cuenta propia, no sentían tener un deber personal a cumplir, algo a construir y a realizar en sí mismo y alrededor de sí mismo, dependiente sólo del propio esfuerzo individual y de la propia iniciativa. Sobre todo, los que habían

la clase o partido a que hayan pertenecido, podrá realizarse nuestro ideal.

La rebeldía brutal ha de producirse indudablemente; pero si no tuviese el contrapeso de los revolucionarios que obran por un ideal, a sí misma se devoraría.

El odio no produce amor; por el odio no se remueve el mundo. Y la revolución del odio, o malograría todo, o resultaría una nueva opresión, que podría tal vez llamarse anarquista, como se llaman liberales los gobiernos del día, pero no por eso dejaría de ser una opresión y de producir los efectos de todas las opresiones políticas.

abrazado un ideal de libertad y de igualdad, descuidaban la propia familia como si ésta fuese completamente extraña a sus preocupaciones de índole social y política.»

Este esfuerzo humilde e ignorado para encarnar el propio ideal en la pequeña, íntima realidad de la vida cotidiana lo cumplió constantemente y de un modo tan natural, que parecía a los más próximos que vivía ya, con el espíritu, en el mundo de libertad y de justicia por el cual combatía.

Eramos niños, nosotros, los hijos del maestro Fabbri, como nos llamaban en la localidad, y cuando decíamos con orgullo que nuestro padre era anarquista y combatía contra el gobierno, contra todo gobierno, oíamos decir a los compañeros de escuela y a sus padres bien pensados: «Será una buena cosa esa anarquía, pero no es posible. ¿Cómo se puede vivir sin gobierno? ¿Quién nos defenderá de los ladrones, de los asesinos?» Nosotros no comprendíamos bien, ni las ideas del padre, ni las objeciones de los otros, pero la enorme diferencia entre el ambiente externo (proletario en las escuelas elementales, pequeño-burgués en las escuelas secundarias) y el familiar ensanchado por el círculo de los mejores compañeros, nos hacía ver confusamente que la vida corriente no es la mejor, ni la única posible. Nuestros pequeños amigos no obedecían más que por el miedo al castigo o por la codicia de la recompensa: tenían necesidad de un gobierno. Nosotros, que no obedecíamos, sabíamos que se podía pasar uno sin el gobierno. Tengo todavía presente un llanto largo, tras una persiana entreabierta, un día caluroso de junio; no recuerdo lo que quería hacer: uno de aquellos deseos violentos e insensatos de los niños. Mi padre había dicho: «No te lo aconsejo», y había dado sus buenas razones, pero sin insistir mucho.

Yo me sentía víctima de una injusticia. Lloraba escondiendo el rostro en el hueco de la ventana. Poco a poco, el consejo adquiría el aspecto de una prohibición; mi espíritu se sentía encadenado, por uno de aquellos juegos de imaginación que constituyen el fondo de todas las vidas infantiles. El padre se dió cuenta, se acercó, me pasó la mano sobre el cabello y dijo «Haz lo que quieras. Piénsalo bien y resuelve tú misma. No te digo nada más.» Fué un momento de desilusión; todo mi drama caía y con él el deseo aragantado por las imaginarias dificultades. Respondí: «No. Te obedezco.» Lo dije inconscientemente, por un hábito que me había dado la escuela, y advertí en seguida que le había herido. «No, hijita, no has comprendido bien. No es eso lo que quiero. No debes obedecer. Debes hacer lo que quieres, bajo tu responsabilidad, después de haber reflexionado. Yo puedo ayudarte a razonar; la decisión la has de tomar tú.» En aquel momento recordaba un tema escolar de composición: «Los niños deben ser obedientes», y la diferencia entre los dos mundos, el mundo futuro, ideal, que veía encarnado en mi padre, y el viejo mundo de la disciplina forzada e injusta,

que hallaba fuera de nuestras paredes, saltaba a los ojos en toda su claridad y me llenaba el corazón de una indignación confusa y de una confusa esperanza.

No regalaba nunca un libro o un juguete individualmente a uno de nosotros. Y se sentía apenado cuando decíamos, de alguna cosa, «es mío».

Y sin embargo, aun en los períodos más absorbentes de la lucha, cuando, en la post-guerra, se preparaban desordenadamente las armas y las filas para combates que se han realizado después sólo esporádicamente, mientras unos pensaban en el triunfo y otros en el sacrificio, él, que era más bien de estos últimos porque veía aproximarse el desastre, no olvidó un solo momento su obra de educador.

Educar quiere decir sobre todo ser sereno y olvidarse a sí mismo frente a los seres nuevos que se forman. Y en aquellos tiempos de fogosidad Luigi Fabbri volvía a encontrar la serenidad en la escuela, ante los alumnos, ante los hijos, en el estudio ante el blanco papel.

Su pasión de libertad tenía sus raíces en un celoso respeto a la personalidad humana. Su enseñanza no se convirtió nunca en propaganda, cuando se dirigía a los niños. Sin embargo ninguna propaganda era más eficaz que la atmósfera que sabía crear. Reía cuando yo, a los ocho años, decía orgullosamente que era anarquista y con ironía afectuosa me enseñaba que es preciso formarse por sí solos el propio mundo interior y no aceptar nunca ni las ideas, ni las frases hechas. Y me aconsejaba austeramente esperar, madurar los entusiasmos con la experiencia y con la reflexión, antes de asumir una actitud definitiva, que constituye siempre una responsabilidad a la que no es cosa seria faltar. Pero sobre todo no quería que creyésemos verdadera una cosa porque él la afirmaba. Decía: «Mi convicción no prueba nada para vosotros».

Y en la escuela decía: «No creáis nunca ciegamente en las palabras del maestro, en las afirmaciones de un solo libro. Escuchad, comparad las diversas opiniones y llegad a conclusiones propias».

Esta era toda su propaganda, y era la más eficaz. Ni una palabra entraba en su clase de las luchas feroces que tenían lugar en la calle entre camisas negras y fuerzas de la libertad y del proletariado. El odio desencadenado no debía turbar, al menos por obra del maestro, las almas infantiles. Y la pasión que llenaba todos los corazones, que armaba de piedras la mano de los muchachos hasta pocos metros del edificio escolar, parecía aplacarse ante el aula, donde se estudiaba. Pero la diferencia era tan brusca y evidente que los alumnos, especialmente después del triunfo del fascismo, sentían que aquella muda reivindicación de la libertad constituía una protesta e inconscientemente la aprobaban.

Cuando casi todos los maestros, para conservar el puesto, procuraban que sus discípulos se inscribiesen en la Opera Nazionale Balilla, en la

clase de mi padre, al comenzar el año había dos inscritos, tres meses después ninguno. Los distintivos fascistas desaparecían de los ojales dos o tres días después de iniciadas las clases. Y esto sin palabras, sin discusión. El extraordinario respeto que los niños sentían en el maestro hacia su personalidad, desarrollaba en ellos los valores individuales y les alejaba del gregarismo a que tendía y tiende la enseñanza oficial fascista.

Su anarquismo se podía llamar en cierto sentido humanista, porque defendía contra la opresión no sólo la libertad estrictamente política y el pan de los explotados, sino también el patrimonio cultural creado a través de los siglos por el esfuerzo individual a pesar del peso aplastante y uniformador de la autoridad estatal. Una educación clásica había dado a su espíritu el gusto de aquellos baños en el pasado que revigorizan el espíritu en los sombríos intervalos de la lucha. La cultura era para él desarrollo continuo, impulso perenne del espíritu humano hacia su liberación. Por esto amaba la historia y la hacía amar.

Persiste entre mis recuerdos mejores una jornada radiante de agosto de 1921, una de las pocas que había consagrado, durante toda su vida, a la diversión y al reposo. Los dos solos, con una alegría de escolares escapados de la escuela, salimos de Roma por la mañana, a las seis, por Porta S. Sebastiano, y bajo el sol ardiente del agro, seguimos toda la vía Appia hasta las colinas Albani. Pasábamos ansiosos de ruina en ruina con un anasiamiento muy distinto y muy lejano de la fría retórica romanizante que vi luego predominar en las escuelas después de la victoria fascista. Aquel día comprendí cómo el pasado era para mi padre un elemento constructivo del presente y cómo se conciliaba ese amor suyo por las cosas viejas con su ansia de renovación, con su ímpetu de rebelión. Mientras en la desolada campiña romana la oscuridad vencía la luz rojo-sombria del crepúsculo y nuestras sombras se alargaban desmesuradamente sobre el antiquísimo pavimento, me hablaba de César y de Catilina, de Espartaco y de la esclavitud antigua y moderna, con un entusiasmo joven que se olvidaba del cansancio y de la hora.

Yo miraba a aquel alegre compañero de excursión, aquel colaborador de mis estudios y de mis juegos y sentía en él, sin que él pareciera quererlo, al maestro, y más todavía, al padre.

Su vasta siembra parece haber caído en la roca. Su pasión de libertad ha chocado contra las barreras de hierro que nos rodean y que, no pudiendo doblarlo, lo han quebrado. Pero entre las amargas del destierro y de la derrota ha podido sentir, antes de irse, el orgullo de haber edificado en sí mismo el mundo futuro que soñaba, el orgullo de haber sido íntegro, de haber transformado su pensamiento no sólo en palabras, sino también y sobre todo en vida. Quien haya estado mucho tiempo junto a él no dirá nunca que la anarquía no es posible, porque la ha visto en acción. Y esta obra suya

paciente y casi ignorada que se ha desarrollado paralelamente al trabajo de agitación y de propaganda escrita, este lento esfuerzo de educador de sí mismo y de los demás para la libertad, aun en las circunstancias más ínfimas de la vida, no es pequeña contribución a la reconstrucción futura.

No nos habla engañado nunca, y teníamos fe tan grande en él que bastaba que dijese: «Este libro no es todavía propio para ti. Te aburrirías», o bien: «Te haría mal. Espera aún», para que siguiésemos sus consejos como se siguen los de un médico y abandonásemos el libro comenzado. Y no era obediencia.

Los niños comprenden la justicia antes que la bondad. Cada uno de nosotros se sentía defraudado cuando el otro gozaba de algún privilegio, ya se tratase de una diversión, de un juguete o de un simple e insípido pedazo de papel. Reclamábamos la igualdad perfecta de condiciones y de trato en cosas a que no dábamos en realidad ninguna importancia, simplemente por defender un principio que creíamos inviolable. Nuestras exigencias en este punto eran siempre respetadas. Aunque el padre menease la cabeza o pusiese en ridículo con alguna palabra irónica el calor con que defendíamos nuestros pequeños derechos. Sólo un poco más tarde, guiados no por sus palabras, sino por el ejemplo cotidiano de su vida, comprendimos que la paz no viene tanto de la justicia como del amor y que, por lo menos, moralmente, el que más da más recibe. Entonces, sin prédicas ni razonamientos, llegamos a adivinar la verdad de una frase que no se nos había dicho nunca directamente, pero que habíamos oído pronunciar a menudo en las discusiones tumultuosas que llenaban de ruido y de humo el pequeño gabinete de trabajo: «Cada cual debe dar según sus fuerzas y recibir según sus necesidades.»

Fué un descubrimiento casi de improviso que hizo más sencilla y más bella nuestra vida infantil, haciendo cesar los puntillos de honor y las pequeñas disputas. Creíamos haber llegado a eso por sí solos. Ahora comprendo que era todo obra suya, del amigo nuestro que ayudaba a nuestra formación sin forzarla. Nos dejaba libres y solos, y trataba, no de hacernos semejantes a él, sino de hacernos cada vez más semejantes a nosotros mismos.

Amaba sus ideas con una pasión profunda y una maravillosa constancia. Vivía en continua comunión con todo el mundo de los hombres, tanto que los pequeños incidentes de su vida personal no han tenido nunca en su estado de ánimo tanta influencia como la lectura cotidiana del periódico, que llevaba a nuestra casita todas las inquietudes, las tragedias, los crímenes y los heroísmos que convulsionaban a Europa. Parecía a veces que las paredes habían desaparecido y que los vientos de todos los horizontes viniesen a reavivar aquella llama de amor y de bondad que se traducía en acción razonada y se ocultaba bajo una serenidad perfecta.

Amanecer en viaje

por

Agustín B. Champsaur

El automóvil sigue su ruta a una velocidad fantástica. Va coloreándose el camino con la suave luz de la aurora. Ni un árbol en estas inmensas llanuras de Aragón. Vuelvo mi vista atrás, insensible al marcador que oscila tembloroso al compás de la velocidad; insensible al zumbido del viento; insensible a todo, como no sea a la contemplación del inmenso cuadro que la Naturaleza va exponiendo a mis ojos. El cielo, mezcla de colores diversos, indefinibles, va iluminándose con la maravillosa luz del día naciente. Las pequeñas colinas, allá a lo lejos, van convirtiéndose de parduscas, en grises, violetas, rosadas, acogiendo en ese juego de colores infinitos al Sol magnífico y esplendoroso. Sueño...

En medio de esas montañas que empiezan a dibujarse de un color blancorrosáceo, veo un rostro de mujer, lleno de candor y belleza; un rostro ovalado, perfecto; con una naricita pequeña y mona, y una cabellera negra que flota al viento; que me sonríe, que parece que me guarde como un ángel bueno; y el marco sublime de la naturaleza despertándose, realza aún más su belleza de virgen, pura y etérea. Me sonríe con un candor sin igual; es una sonrisa que me besa... mientras la mirada de sus ojos pardos, me envuelve, me fascina...

Mis ojos se cierran bajo el efecto poderoso de esa visión... El movimiento de los cilindros accionados por las bielas sigue imperturbable, en la velocidad magnífica de esta máquina, obediente como un can a los deseos del amo; y pienso que todo es bello en su contraste... Y vuelvo a verte, mujer hermosa, tras los cristales de seguridad del monstruo devorador de kilómetros... Te veo en la loma; en un pequeño arbolillo que se yergue allá a lo lejos; te veo en la azulada carretera; te veo en el cielo; siempre sonriente, siempre envolviéndome con tu mirada acariciante, pura y suave...

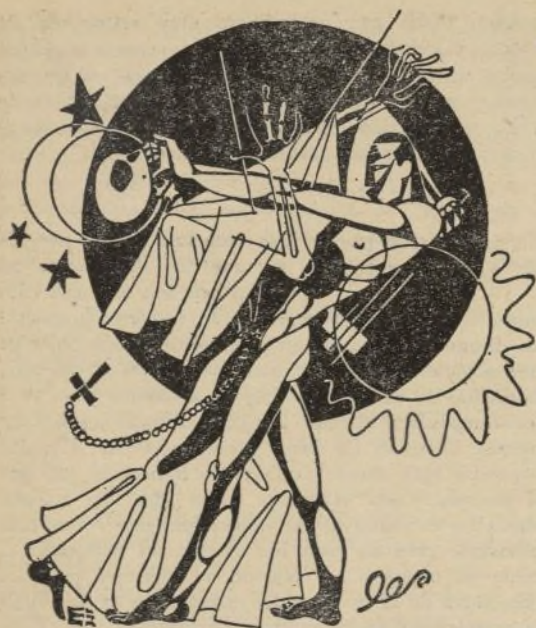
Es completamente de día. El Sol está en su máximo esplendor. Otros panoramas, otras cosas, otros hombres, ven mis ojos. Un pastor con sus cabras, nos con-



templa con ojos envidiosos. El quisiera ir tan muellemente recostado en el soberbio automóvil; y, seguramente, no creería, que soy yo, el que le envidio a él. No tengas celos, pastorcillo. Tú ignoras los suaves asfaltados; las altas casas de cemento. Tú, no ves pasar por tu lado un vestido de seda, ceñido a unas formas tentadoras de mujer, rubia, dorada, casi plateada; llena de voluptuosidad. Tú ignoras eso, e ignorándolo tu alma no está emponzoñada con el veneno que desprende la urbe, toda materializada, mecanizada... Comprendo una vez más, la felicidad que encierran estas llanuras, con todo y ser áridas y agrestes, rudas y ásperas; donde el polvo es polvo, y la tierra es tierra. Y no esos asfaltos, esos empedrados primorosos, en los que, al llover, sale a relucir todo el polvo, todo el lodo... la maldad, debajo de una sonrisa estereotipada en unos labios rojos por el carmín... Todo falso; todo irreal... Tú no sabes de estas cosas en tu caserío agreste y mísero, pero que tiene su belleza noble y sincera. Tus calles no están cubiertas por el azulcobalto de unos pavimentos suaves, pero fríos; no tienen uralita tus tejados, pero debajo de ese asfalto, debajo de esos techos impermeables, se esconde la vanidad, el orgullo, la ambición y la lujuria. Todo en ti es rudo y salvaje, pero noble. No me tengas envidia, que soy yo el que siente celos de tu ignorancia bravia, de tu sangre fuerte y sana, de tu corazón puro, en el que no ha entrado la mirada fascinadora y envolvente del vestido de seda ondulante y caprichoso, ceñido a un cuerpo divino de forma, pero falso por dentro...

Y la máquina, sigue incansable el largo camino; y otros panoramas, otros hombres y otras cosas van viendo mis ojos... Y el rostro ideal, me persigue con su sonrisa divina y pura, envolviéndome con su mirada buena... y me besa... me besa...





De la sociedad actual a la sociedad futura

La desaparición del
"Laissez faire, laissez passer"
en la sociedad burguesa

Dr. M. PIERROT

El capitalismo en contradicción con la sociedad humana Las crisis periódicas de la economía capitalista prueban simplemente los choques inevitables que produce la carrera en pos de las ganancias. No son el anuncio de una catástrofe prevista por el destino. Las pretendidas «contradicciones internas» del capitalismo son nonadas de pretensiones científicas inventadas por los marxistas.

El verdadero peligro para el capitalismo es su contradicción con la sociedad humana; es, por ejemplo, el hecho que para salvaguardar la ganancia, prefiere quemar el trigo, echar al agua el café, etc., en vez de distribuirlo todo gratuitamente. Su egoísmo se impone a todas las consideraciones morales y lo opone a la solidaridad humana (1).

Ese divorcio moral entre el capitalismo y la humanidad no hace más que acentuarse y acaba por aparecer ante todos los ojos, gracias a la crisis misma. Pero la desigualdad social, por grande que sea, no basta para desencadenar una revolución y para asegurar su victoria. Provoca revueltas, a veces sangrientas, pero parciales. La clase dominante, ayudada por sus mercenarios, es casi siempre bastante fuerte para sofocar las rebeliones. Los imperios debilitados por la desigualdad social han podido derrumbarse en otros tiempos por el empuje de fuera; la esclavitud persistió.

Hoy las ideas de liberación penetran en todas partes, hasta entre los coolíes negros del Africa del Sur y entre los coolíes amarillos del Extremo Oriente. Pero la masa no tiene todavía bastante confianza en sí misma. Vacila ante la complejidad aparente de la

máquina económica. De hecho, los capitalistas tienen los medios y los resortes de los intercambios. Si los proletarios de una región se apoderan de las fábricas, no tendrían de golpe la posibilidad de procurarse materias primas ni de colocar los productos a medio terminar. No se reflexiona que una fábrica no produce siempre directamente para los consumidores.

Las ideas de emancipación ayudan a la aparición de las huelgas, de las revueltas parciales que estallan allí y aquí en el mundo contra la explotación capitalista. Les dan más fuerza. Esas huelgas se limitan de ordinario a cuestiones de salario o de horario de trabajo. Algunas, sin embargo, se producen por cuestiones de dignidad. Las ideas de emancipación añaden la noción de una solidaridad de clase que va hasta los ensayos de huelga general, y dan la esperanza de la liberación completa de los trabajadores en una sociedad nueva.

Hasta aquí todo esfuerzo de los proletarios no ha llegado más que a aflojar un poco la explotación que sufren, salvo en Rusia, donde a favor de los acontecimientos y gracias a la guerra han creído emanciparse. Y es realmente una emancipación moral, si no material, en comparación con las relaciones morales de la clase obrera de los otros países con la clase patronal. Sin embargo, la supremacía y la dominación han pasado de los patrones a la burocracia y a los técnicos en una sociedad fuertemente estatizada. Ha nacido en Rusia una nueva clase dominante; no está aún definitivamente afianzada.

La significación de los técnicos En otros países la clase de los técnicos está en vías de constituirse. Antes los técnicos eran poco numerosos o al menos se confundían con los artesanos y con los patrones. Hoy la industria moderna exige un número cada vez más grande, que

(1) Claro está: cada capitalista, individualmente, se dice incapaz de hacer la distribución gratuita de los productos. Es el sistema (capitalista) el que está en oposición con la humanidad.

forman cuadros bien diferenciados de la clase de los propietarios y de los capitalistas. Pueden disfrutar de grandes ventajas durante el período de prosperidad, pero sienten, sin embargo, su situación de inferioridad, y ese sentimiento se vuelve intolerable en período de crisis, cuando la mayoría de las ventajas se desvanecen unas tras otras. Ven al patronato instalar en la fábrica, en puestos bien retribuidos y creados para ellos, a hijos o a sobrinos sin cultura especial, sin ningún valor profesional, pero provistos de autoridad. Ven que sus sueldos serán siempre mediocres a causa de esa práctica, ven incluso que sus sueldos disminuyen, mientras que los emolumentos del consejo de administración no son tocados. Ven que ese consejo no tiene cuenta alguna de las mejores técnicas propuestas, si éstas deben mermar el beneficio. Ven que no tienen ninguna seguridad y pueden ser despedidos de la noche a la mañana, etc., etc.

Sin duda llegarán a pensar que tienen más derechos y competencia que sus patrones para dirigir las fábricas y la producción. Gracias a la indignación general de la humanidad contra la pretensión del capitalismo de regular la producción, no para el bien general, sino para su provecho particular, podrán fácilmente tomar la dirección de las empresas de producción y eliminar el parasitismo patronal.

No es sin embargo fatal que la transformación social pase por el estadio de la tecnocracia. Es simplemente una posibilidad. Sería ciertamente preferible que en la instauración del nuevo orden de cosas los obreros no se dejen colocar en situación de inferioridad por una nueva clase, que, con el pretexto de su competencia, quiera imponer su dominación (2). La burguesía, después de haber derribado a la nobleza con ayuda del pueblo, se ha instalado en el poder, y bajo las apariencias de una supuesta democracia, ha mantenido al pueblo en la servidumbre económica. Igual ocurrirá con toda clase nueva, si se le deja adquirir privilegios, porque tendrá tendencia a fortificarlos, a aumentarlos y a transmitirlos a sus hijos.

La colaboración de los técnicos en un movimiento revolucionario no es absolutamente necesaria. La producción puede continuar siguiendo las rutinas de la

(2) La insolencia de los grupos fascistas, cuya acción se encubre en la bandera nacional y tiende a reformar el orden y los privilegios capitalistas, ha acabado por llevar en Francia a la concentración actual de las izquierdas. Ahora bien, esa concentración culmina en una acción política de la que no puede salir, en el mejor caso, más que reformas en el cuadro legal. Puede ocurrir lo que ya se ha producido en épocas anteriores; caerán las desigualdades demasiado hirientes, se suprimirán los privilegios y los abusos demasiado injuriosos, se pondrá un límite a la omnipotencia de los financistas y de las grandes compañías, como se ha echado a tierra la realeza absoluta y los privilegios de los aristócratas. Pero se dejará en pie la explotación del hombre por el hombre. La jerarquía social no será abolida. Antes, la clase parasitaria se aprovechaba del trabajo ajeno por derecho de nacimiento. Hoy, es porque detenta el poder del dinero. Mañana, la supremacía será reclamada en nombre de la inteligencia y de la cultura. Las élites (o aristocracias) sucesivas restablecen poco a poco la desigualdad social y los privilegios hereditarios. La verdadera revolución es la que hiciera desaparecer toda desigualdad social, es decir, toda posibilidad para un hombre de hacer trabajar a otro en su provecho exclusivo o en fines personales.

práctica diaria con un número muy restringido de obreros calificados y de técnicos, y a veces o temporalmente sin técnico alguno. Pero la adhesión de los técnicos al movimiento tendría un gran valor moral, dando a los simples trabajadores más confianza en la continuación del funcionamiento económico.

La producción para el gran mercado

No estamos ya en tiempos en que los productores no trabajaban más que para ellos mismos. Sólo en las regiones de pequeña propiedad los campesinos cultivan un poco de todo para no tener necesidad de comprar. Y han abandonado el cañamar, la riadura del cáñamo y su tejido. Tampoco se ve ya a los campesinos hilando la lana mientras cuidan las ovejas. Compran los hilos y los tejidos en la ciudad próxima. Han cesado también de hacerse el pan por sí mismos. Cada vez más, en el Mediodía francés, nacen las cooperativas de vinificación, etc. Antes cada productor producía para sus necesidades personales o, como el molinero, el tejedor, el alfarero, para los habitantes de la aldea o del distrito. En tal economía la complejidad de los cambios no iba muy lejos. Cada región tenía que bastarse a sí misma. Ordinariamente no había nunca mucho excedente de producción. Si sobrevenían sequías, inundaciones, un cataclismo cualquiera que dañase o destruyese las cosechas, llegaba el hambre. La pobreza, la lentitud y la inseguridad de los medios de transporte impedían todo comercio activo. Los comerciantes de la antigüedad eran a menudo atrevidos aventureros y viajeros intrépidos; iban en caravana a solicitar a los productores de países lejanos para llevar a los suyos productos raros y caros; contribuían, aunque poco, al braceaje de las civilizaciones, pero no tenían acción verdadera sobre la economía de las necesidades corrientes. Esa economía era enteramente limitada y se desarrollaba en el círculo restringido de la región.

Actualmente todo se ha vuelto más complejo. La economía general está fundada en la división del trabajo y en los intercambios. Los productores no producen ya para ellos mismos; a menudo no fabrican más que productos a medio terminar. Producen exclusivamente para vender. Un industrial que hace cilindros para laminadores se vería embarazado para encontrar un empleo en su propia fábrica. Los telares de algodón de Roanne hacen llegar sus hilos del Norte; y el algodón empleado por las hilaturas del Norte es de procedencia americana o egipcia. No digo que esa economía, en el conjunto del tejido roannés, obedezca a la racionalización. Está constituida así a causa de la existencia de una mano de obra especializada y barata en los montes de la región lionesa en el momento en que el tejido se hacía a mano. Ha subsistido a pesar de los cambios técnicos porque ya estaba instalada.

Rutinarismo económico y falta de visión de conjunto

¿Cómo llega a conocerse la economía actual en el entrelazamiento de los cambios, en la circulación de las materias primas y de los productos semifabricados?

A decir verdad, apenas trata de tener una visión de conjunto. Continúa, como en el ejemplo de Roanne. Continúa viviendo, viviendo según se ha instalado. No se preocupa de otra cosa que de la venta de sus mercancías. Envía a todas partes viajeros de comercio para extender su clientela y se esfuerza por disminuir los salarios para facilitar la colocación de sus productos. En la economía antigua se vendía poco, pero se vendía caro. La economía nacida del maquinismo trata de vender lo más barato posible para vender mucho. Hace tiempo que la «economía de la rareza» ha desaparecido, salvo para los artículos de lujo y de curiosidad.

Los grandes *trusts*, los grandes *cartells* a quienes se atribuyen grandes proyectos y vastos pensamientos no tienen más plan. No se preocupan absolutamente de la dicha de la humanidad, ni del equilibrio de una economía humana que satisfaga las necesidades de todos. No se ocupan más que de sus negocios. Cuando una industria adquiere un desarrollo (ferrocarriles, metalurgia, petróleo, industrias eléctricas, etc.) hay primero choques entre las diversas empresas. Los más fuertes tratan de arruinar a los más débiles y de apoderarse de sus despojos. Habiendo debido tomar a préstamo y abarcando capitales cada vez más importantes, pasan a ser dependientes de la dirección de una oligarquía financiera o semindustrial, semifinanciera. Los capitalistas se aperciben pronto de que no tienen nada que ganar haciéndose la competencia. Tienen todo el mercado. Llegan a entenderse como chalanos de feria para repartirse los mercados y sacar de ellos el mayor provecho posible, manteniendo altos los precios. Suprimen la competencia que fué el alma del capitalismo naciente y que está en práctica todavía en la producción pequeña y mediana.

Economías cerradas Se dan tanto mejor cuenta de la inanidad y del peligro de la competencia cuanto que no tienen que confiar en nuevos mercados. La rapidez y la facilidad de las comunicaciones y de los cambios han empequeñecido el mundo y han ayudado a transformar la economía en un sistema de vaso cerrado. Antes cada cual, obrando por su propia cuenta, podía intentar la colocación de sus mercancías en los países nuevos. Hoy los pueblos nuevos se han equipado y preparado a su vez, y la producción de sus fábricas hace competencia a la de los viejos países. Sus barreras aduaneras y las contingentaciones encierran los mercados en el interior de las fronteras nacionales (autarquía).

En esa economía cerrada las ententes se hacen, sea tácitamente, sea abiertamente, a fin de mantener los precios. Habían comenzado a extenderse a la pequeña y mediana producción durante el período de la prosperidad. La crisis les ha hecho retrogradar. Pero la crisis hace desaparecer las casas menos sólidas, y la competencia también se aplacará para dejar puesto a un nuevo régimen de precios altos.

El régimen de libre competencia no puede desarrollarse más que en una economía de vastos mercados, de mercados ilimitados, en donde cada productor puede conquistar su puesto con actividad, audacia y suerte. En una economía cerrada, como era la de la Edad

Media, como es la actual, la competencia desaparece.

Así muere lo que a los ojos de los economistas burgueses era el factor impededero y necesario del equilibrio económico y del progreso. Gracias al *laissez faire, laissez passer*, todo se arreglaba y debía arreglarse del mejor modo y para bien de la humanidad. Es curioso que esa especie de determinismo beato, que ha nacido en el siglo XVIII, no sea sólo peculiar a los economistas.

Toda la mitad del siglo XVIII hasta fines del siglo XIX, la omnipotencia divina es reemplazada por un mecanicismo racionalista y automático del universo. Las teorías de la evolución explican todo por la supervivencia de los más fuertes o de los más aptos. El socialismo cree en un progreso inmanente, y el marxismo está fundado sobre un determinismo histórico que debe culminar necesariamente en finalidades históricas y en la dicha de la humanidad.

Los anarquistas han sido más o menos refractarios a esas teorías finalistas, aunque haya también finalistas entre ellos. No contamos con el progreso espontáneo, con el progreso bienhechor de los hombres. Son los hombres los que deben crear por sí mismos los arreglos sociales que convengan mejor a su seguridad y a su libertad.

Los hombres primitivos estaban sometidos al yugo y a la presión de las condiciones del ambiente (natural) en que vivían. Han reaccionado, han tratado de sustraerse a las coacciones de la naturaleza. Poco a poco una civilización ha nacido, es decir, un ambiente artificial creado por el hombre. En la época actual el progreso técnico es tal que todos los hombres podrían y deberían escapar a las inclemencias de la miseria. Han sometido las fuerzas de la naturaleza que les tenían antes bajo su yugo. Son realmente los amos de una producción suficiente para satisfacer las «necesidades esenciales» de todo, aun permitiendo al mismo tiempo la satisfacción de los gustos individuales, de aquellos, en todo caso, que no implican la ostentación y el derroche.

Pero a medida que aumentan las ventajas materiales aportadas por el progreso técnico, son acaparadas por una clase privilegiada, mientras que la masa de los trabajadores permanece sometida a condiciones de vida precarias. Sin embargo, la acción humana tiene más posibilidades que nunca de resolver la cuestión social.

Desaparición de la libre competencia Lo que se reprochaba a los utopistas socialistas era que suprimían la competencia.

Ahora bien, el principal factor de la economía burguesa tiende a desaparecer. ¿Hay lugar para lamentarlo y por qué se le puede reemplazar?

La competencia está fundada en parte sobre el engaño, en todo caso no coincide apenas con la buena fe. Implica la ausencia de toda confianza entre los concurrentes que se rehúsan toda enseñanza tanto para la obtención de las materias primas o la compra de los productos semiterminados, como sobre los procedimientos de fabricación, sobre las facilidades de la venta, etc., etc. Se opone a la ayuda mutua. Desarrolla el espíritu de mercantilismo y de acaparamiento. Sacrifica muy a menudo la calidad a la baratura, y la

reemplaza por una propaganda desvergonzada, etc. En fin, obstaculiza toda organización humana de racionalización económica. Si la racionalización se hace (a ciegas) en régimen de concurrencia, no es en vista de una mejor organización del trabajo y en beneficio de los trabajadores, es a causa del beneficio y en provecho del capitalismo.

La concurrencia en el mundo capitalista tiene, en efecto, exclusivamente el beneficio por objetivo. Se sirve de los progresos técnicos, no para aliviar el esfuerzo de los hombres, sino para aumentar la producción disminuyendo el precio de costo. Así, en tanto que la mano de obra es barata, los productores capitalistas no transforman su instrumental; sería para ellos un gasto oneroso e inútil. Son las reivindicaciones obreras, son las huelgas las que obligan a los industriales a equiparse para contrabalancear los altos salarios mediante una producción mecánica perfeccionada.

La política económica de los capitalistas tiende a los bajos salarios, bajo pretexto de la concurrencia; vuelve a ella en cuanto la presión obrera disminuye. Desde este punto de vista, el ideal capitalista sería rebajar los salarios hasta llevarlos al nivel de los de los obreros japoneses. Se ve hacia dónde tienen a llevar esa política a la humanidad. A una desigualdad social cada vez más grande y a la ruina mundial, cuyos efectos se hacen sentir en la crisis actual.

Sin embargo vemos que la concurrencia tiende a desaparecer en la economía actual. Pero no es más que un pretexto para la rapacidad. Las industrias europeas saben defenderse contra la concurrencia japonesa por medio de barreras aduaneras. Y en el interior de las economías cerradas, o al menos limitadas, a que ha llegado el capitalismo moderno, la concurrencia no funciona ya bien ni con mucha eficacia. En estas condiciones, los *trusts*, los *kartells* o ententes podrían consentir altos salarios, ya que pueden recuperarlos sin riesgo a expensas de los consumidores, vendiéndoles a los más altos precios. Es lo que ha pasado en los Estados Unidos durante el período de la prosperidad. Agregó que en una economía en que el progreso técnico está extremadamente desarrollado, el costo de la mano de obra entra cada vez menos en consideración en el costo global de la producción.

La conclusión es que el progreso técnico, al aumentar la producción debería implicar al mismo tiempo el aumento de los salarios y la reducción de las jornadas de trabajo, a fin de que todo ser humano pudiese tener su parte en el aumento creciente de los productos. Pero la rapacidad patronal, al restringir todo lo que puede el poder de compra de los traba-

jadores, provoca el desequilibrio del sistema. El régimen de los altos salarios en los Estados Unidos, de que no se beneficiaron, por otra parte, más que una parte de los obreros, no ha podido durar. La especulación financiera reemplaza la concurrencia de otros tiempos. La crisis ha llegado en ocasiones a golpes producidos por la carrera en pos de las ganancias. La solución reformista es una mentira a causa de la desigualdad social. El egoísmo capitalista no puede llegar a un equilibrio estable o a una racionalización humana.

Efectos de la supresión de la concurrencia

La desaparición de la concurrencia culmina poco a poco en el estancamiento. Los *trusts*, los *kartells* o ententes no toleran la concurrencia de los procedimientos nuevos. Apenas llegado al poder, Doumergue se hizo el portavoz de las grandes compañías ferroviarias contra la libre concurrencia de los servicios de automóviles establecidos por particulares. En otros casos, el *kartell* se esfuerza por anexas las firmas secundarias, o bien compra fábricas que no hará funcionar, o bien todas las patentes de invención de tal o cual rama de la producción, no para explotarlas, sino para impedir que se les explote.

Porque siendo la ganancia el objetivo de las empresas capitalistas, éstas no tienen ningún interés en transformar de un modo costoso su material, simplemente para dar más comodidad al trabajo humano o simplemente para mejorar la producción, en tanto que la mano de obra sea abundante y dócil. Existen laboratorios de investigaciones en las grandes fábricas químicas, pero es para el descubrimiento de nuevos cuerpos o, en rigor, para mejoras de detalle. Pero esos laboratorios no son encargados de hacer descubrimientos que lleguen a transformar la organización de la fábrica. El capitalismo ha llegado a un grado de desenvolvimiento en que su armadura obstaculizará cada día más el progreso.

Ha desaparecido también la concurrencia causada por la existencia de secretos de fabricación. En la época actual, no hay secretos científicos, y el progreso no puede ser acaparado bajo forma de procedimientos obtenidos al abrigo de la investigación científica.

En fin, la concurrencia mercantil del capitalismo no debe ser confundida con la emulación.

Examinaremos más tarde la posibilidad de establecer un cierto equilibrio en la producción gracias a una nueva concurrencia, fundada, no ya en la ganancia, sino en la productividad.



Bibliografía

LUIGI FABBRI: *La vida de Malatesta*. — Prólogo de D. A. de Santillán. Un volumen de 240 págs. de la Biblioteca Universal de Estudios Sociales. Ediciones Tierra y Libertad y Guilda de Amigos del Libro. Barcelona, 1936. Precio, 3 ptas., encuadernado 4 ptas.

Si *El pensamiento de Malatesta* ha tenido el éxito que esperábamos y ha contribuido no poco al conocimiento y a la difusión de nuestras ideas, y buena prueba de ello es el hecho de haberse agotado la primera edición en tan pocos meses, *La vida de Malatesta*, que acaba de aparecer, constituye otro de los libros que se difundirán ampliamente y harán su buena obra educadora y revolucionaria, aparte de la significación cultural que tienen resúmenes biográficos de esta especie en que se reflejan capítulos tan interesantes y emotivos de la vida de nuestro movimiento.

Este libro, además, se lee con el pensamiento fijo en el autor, también desaparecido, y pone de relieve las dos personalidades: la de Malatesta, el gran maestro, y la de Fabbri, el discípulo fiel, el escritor valeroso, el propagandista infatigable.

Son muchos los que conocen el nombre de Malatesta, pero pocos los que conocen sus ideas y su vida. Sin embargo era un pensador distinguido, uno de los cerebros mejor organizados de nuestra época, y un batallador sin tacha; los sesenta años ininterrumpidos de su actuación y de su propaganda significan un arsenal de argumentos, de sugerencias, de estímulos para los que hemos llegado después. Hacer conocer la vida y los escritos de Malatesta es tanto como hacer conocer una de las encarnaciones más puras de la militancia por la libertad y por la justicia.

Este libro quisiéramos verlo en manos de la juventud; está escrito con fervor, con estilo clarísimo y es además un importante documento histórico.

ERRICO MALATESTA: *En el Café*. — Diálogos. Prólogo de L. Fabbri. Un vol. de 12 págs. Ediciones «Tierra y Libertad». Barcelona, 1936. Precio 75 cts.

Los famosos diálogos *En el Café*, de Errico Malatesta, eran conocidos en España sólo fragmentariamente. En la Argentina se hicieron ya tres ediciones de esa obra y en grandes tirajes. En España se publican por primera vez íntegros, con un prólogo de Fabbri, escrito para la primera edición italiana en 1921, y un epílogo para la última edición española de Rafaela (provincia Santa Fe), en 1935.

Es raro encontrar una exposición más clara y más abarcativa de nuestros problemas fundamentales y de la solución libertaria de los mismos. Se leerá y se releerá siempre con provecho este libro.

F. FALASCHI: *El trabajo responsable*. — Un vol. de 32 págs. Ediciones «Tierra y Libertad», Barcelona, 1936.

Max Nettlau, Rudolf Rocker, L. Fabbri, entre otros, han escrito páginas admirables sobre la responsabilidad en el trabajo. Y en nuestra prensa se ha aludido muy a menudo a ese aspecto de la acción revolucionaria constructiva desde ahora mismo. Falaschi se coloca con este folleto a la altura de los que le precedieron en ese camino. Marca una orientación que no debiera olvidarse un solo instante en la propaganda del movimiento obrero revolucionario, especialmente en la época en que vi-

vimos. Santillán presenta a los lectores españoles la figura del ladrillero Falaschi, una mentalidad de excepción, de conocimientos vastísimos y firme como una roca en sus lugares de trabajo, actualmente en las garras de la justicia española y en grave peligro.

LEO CAMPION: *Zo d'Axa*. — Avant dire de Gaston Derycke. Editions «Pensée et action», Bruxelles. 56 págs. Precio 2 francos belgas.

Nuestros lectores conocen a Campion por el ensayo, desgraciadamente mutilado por la censura, *Apología de mi patria*, con viñetas originales. No se sabe qué admirar más en él: al escritor mordaz o al dibujante mordaz y humorista también. De cualquier manera es una personalidad con caracteres propios y cuyos «culs-de-lampe» como llama a sus ilustraciones, rezuman una gracia y un vigor que no se encuentran a menudo en otros artistas.

El folleto actual es un estudio sobre *Zo d'Axa*, a quien le ligan tal vez muchos puntos de coincidencia espiritual; lo hemos leído con agrado.

HEM DAY: *Bakounine et sa Confession*. — Un vol. de 42 págs. Editions «La Brochure Mensuelle», París.

PIERRE RAMUS: *La préparation à la Guerre sans la résistance du peuple - pourquoi?* 29 págs. Editions «La Brochure Mensuelle», París.

PIERRE RAMUS: *Why does anarchism progress so slowly?* — 11 págs. Man. Pamphlet, Nr. 1. San Francisco, California.

CONSULTORIO MÉDICO - EUGÉNICO

Las preguntas - no más de dos - deben redactarse clara y concisamente y dirigirse, junto con el cupón que en otro lugar se publica, a esta Redacción. Las que hayan de ser contestadas particularmente deben enviarse al doctor Martí Ibáñez, Benet y Mercadé, 15 Barcelona (Gracia), acompañando cupón y sello de Correos.

Las preguntas se contestan por riguroso orden de recepción.

PREGUNTA:

¿Qué medios se emplean para tratar la insuficiencia sexual? — A. M. — Barcelona.

RESPUESTA:

En líneas generales, puedo contestarle que son tres los grandes grupos de métodos usados en Terapéutica sexual: Psicológicos, físicos y químicos.

Los métodos psicológicos, tienen como finalidad indagar las causas motivadoras del conflicto espiritual que se ha traducido en síntomas orgánicos, resolver todos los complejos subconscientes que el paciente tiene acumulados en las capas profundas de su espíritu, relacionar su afección con el estilo general de su personalidad y devolverle (por los métodos persuasivo, sugestivo, psicoanalítico, etc.), la perdida confianza en sus posibilidades.

A mi entender constituye el tratamiento psicológico la base fundamental de la terapéutica sexual y a él se deben los éxitos más notables que puedan obtenerse en este dificultoso terreno patológico.

Los métodos físicos (hidroterápicos, helioterápicos, gimnásticos e higiénicos) tratan de reconstruir sobre firmes cimientos biológicos la decaída personalidad del paciente sexual.

Los métodos químicos, representan el a veces indispensable complemento. Son un latigazo medicamentoso, que hace salir de su letargo a ciertos funcionalismos sexuales adormecidos.

Y acostumbro a usarlos los tres sistemas de modo paralelo, concediendo predominio a uno u otro, según las especiales características de cada paciente.

PREGUNTA:

Sobre molestias laringeas y dificultad para respirar. — J. G. Oviedo.

RESPUESTA:

Perdone el retraso en contestarle, pero la respuesta no llegó a tiempo de salir en el número anterior. Su caso es más para visto que para consultarlo a distancia. Mi consejo es que le sea practicado un reconocimiento detenido por un especialista en garganta, nariz y oído.

Pudiera tratarse de un simple espasmo esofágico de origen nervioso, pero los síntomas que cita hacen sospechar la posibilidad de un pólipos o carnosidad pen-

diente de un ligero pedículo, que es lo que le causa la dificultad para respirar. En tal caso, bastaría con una sencilla intervención para eliminar la causa y devolverle a usted la normalidad. El hecho de que al inclinarse en una silla y echar la cabeza atrás, experimente una gran dificultad respiratoria, proviene a veces de que en ciertas posturas el pólipos obstaculiza alguno de los conductos respiratorios. Hágase reconocer la garganta y la nariz por un especialista. Si no existe pólipos alguno y sí manifestaciones de espasmo en los conductos respiratorios, escríbame y ya le indicaré el tratamiento a seguir.

PREGUNTA:

Sobre un proceso sifilítico sin manifestaciones actuales y su tratamiento con un producto muy anunciado. — M. I. Trujillo.

RESPUESTA:

Si en la actualidad han desaparecido los síntomas iniciales y usted se encuentra en buen estado de salud, lo mejor es permanecer un cierto período — dos o tres meses — haciendo una vida sencilla y natural, transcurrido el cual deberá volver a hacerse analizar la sangre, previa reactivación del proceso por el médico (valiéndose de una inyección determinada).

Si el análisis es negativo, entonces puede suspender temporalmente toda medicación, limitándose a vivir con arreglo a una estricta higiene. Si volviese a salir positivo, ello indicaría que la infección estaba aun en latencia y entonces sería preciso otro tratamiento periódico de bismuto y arsénico, pudiendo tomar este último (para simplificar el tratamiento) en forma de un preparado de los muchos existentes (que se ingiere por vía bucal) y el bismuto en inyecciones intramusculares.

En general, no puede afirmarse que esté curada una sífilis hasta que vayan transcurridos varios años de tratamiento. El producto que me cita, no es sino uno de los muchos que se aconsejan para tratar esta enfermedad y no ofrece mayores garantías que los demás. Podría acaso ser útil en algún caso aislado, pero no es una panacea salvadora.

Sin embargo, le aconsejo que las curas anuales que practique, de arsénico y bismuto, no sean demasiado extensas en duración, pues en tal caso dejan de ser curativas para convertirse en intoxicantes.

P. Kropotkín: <i>La conquista del pan</i>	2'—	Dr. Lazarte: <i>La R. Sexual de nuestros tiempos</i>	0'40
P. Kropotkín: <i>La ciencia moderna y el anarquismo</i>	1'50	J. Peirats: <i>Glosas anárquicas</i>	0'20
A. Lorenzo: <i>Hacia la emancipación</i>	1'50	F. Alba: <i>La labor cultural de los Ateneos</i>	0'20
A. Lorenzo: <i>El banquete de la vida</i>	1'50	R. Chauchi: <i>Inmoralidad del matrimonio</i>	0'20
S. Faure: <i>Temas subversivos</i>	3'—	F. Salvochea: <i>La contribución de la sangre</i>	0'20
P. R. Barcos: <i>Libertad sexual de las mujeres</i>	3'—	Han Ryner: <i>La sabiduría riente</i> (160 páginas).	1'50
Jean Marestan: <i>La educación sexual</i>	3'50	Quiroule: <i>Sobre la ruta de la anarquía</i>	1'80
R. Rocker: <i>Socialismo constructivo</i>	0'50	S. Faure: <i>Los crímenes de Dios</i>	0'20
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de la sociedad moderna</i>	0'50	B. Mota: <i>Ni Dios ni Patria</i>	0'20
M. Nettlau: <i>Esbozo de la historia de las utopías</i>	0'70	A. J. Torres: <i>¡A la lucha!</i>	0'20
C. Berneri: <i>El delirio racista</i>	0'75	A. Lorenzo: <i>El Sindicalismo</i>	0'20
A. Müller Lehnin: <i>Estado y marxismo</i>	0'50	Blázquez de Pedro: <i>El derecho al placer</i>	0'20
F. G. Nicolai: <i>Cerebro e inteligencia</i>	0'75	Reclus: <i>La Anarquía</i>	0'20
Ch. Cornelissen: <i>Evolución de Einstein: La lucha contra la guerra</i>	0'50	Converti: <i>República y Anarquía</i>	0'20
Fabbri: <i>El último filósofo del Renacimiento</i>	0'70	Ricardo Mella: <i>Cuestiones de enseñanza</i>	0'20
Pierre Ganivet: <i>Alemania, ayer y hoy</i>	0'50	P. de Lydia: <i>El ideal del siglo XX, y En tiempo de elecciones</i> , Malatesta	0'20
A. Longuet: <i>El cine y la realidad social</i>	0'50	Merlino: <i>¿Por qué somos anarquistas?</i>	0'20
Lunazi: <i>Reconstrucción educacional</i>	0'70	Pelloutier: <i>El arte y la rebeldía</i>	0'20
A. Mierson: <i>Crítica de la teoría sexual de Freud</i>	0'50	Gori: <i>El Primero de Mayo</i>	0'20
J. Vives: <i>Anselmo Lorenzo</i>	1'—	Malatesta: <i>Entre campesinos</i>	0'20
E. Relgis: <i>Bulgaria desconocida</i>	1'60	Chaughy: <i>Inmoralidad del matrimonio</i>	0'20
Lamennais: <i>Sobre el pasado y el porvenir del pueblo</i>	1'—	José Prat: <i>A las mujeres</i>	0'20
Pedro Gori: <i>Ensayos y conferencias</i>	1'—	José Prat: <i>Necesidad de la Asociación</i>	0'15
Carlos Malato: <i>Filosofía del Anarquismo</i>	1'—	M. Rey: <i>¿Dónde está Dios?</i>	0'15
Marañón: <i>La educación sexual</i>	0'50	Kropotkín: <i>La tramoya de las guerras</i>	0'15
G. de Maupassant: <i>La Mancebía</i>	1'—	A. Lorenzo: <i>Justo Vives</i>	1'—
V. March: <i>¡Cómo nos diezman!</i>	0'75	Néstor Makhno: <i>La revolución rusa en Ucrania</i>	3'—
Isaac Puente: <i>Apuntes sobre el Comunismo Libertario</i>	0'20	Diego Ruiz: <i>Vacunar es asesinar; dejarse vacunar, suicidarse</i>	3'50
L. Fabbri: <i>Mi credo social</i>	0'20	Anselmo Lorenzo: <i>Evolución proletaria</i>	2'—
S. Faure: <i>La crisis económica y el paro forzoso</i>	0'30	Vicente March: <i>Cómo nos diezman</i>	0'75
(Un folleto de 40 páginas.)	0'30	Dr. Lazarte: <i>Limitación de los nacimientos</i>	0'60
Carlos Caffiero: <i>Anarquía y Comunismo</i>	0'15	Elemer von Karman: <i>Niños indisciplinados</i>	0'75
(Para repartir gratis. Gran oportunidad.)		G. Yvetot: <i>A B C sindicalista</i>	0'70
Varios: <i>Cancionero revolucionario</i>	0'25	J. Grave: <i>Las aventuras de Nono</i>	2'—
P. Kropotkín: <i>Justicia y Moralidad</i>	0'20	Frank Harris: <i>La bomba</i>	2'—
		G. Landahuer: <i>Incitación al socialismo</i>	2'—
		R. Mella: <i>Ideario</i>	4'—
		R. Mella: <i>Ensayos y conferencias</i>	3'50



Precio: 3 ptas.
← 345 páginas



Precio: 50 cts.
80 páginas →



Precio: 2'50 pts.
← 208 páginas



Precio 3 ptas.
300 páginas →

TIEMPOS NUEVOS

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, ARTE Y ECONOMIA

TIEMPOS NUEVOS Consultorios CUPÓN

que deberá recortarse y enviarse, tanto para las preguntas que hayan de responderse en la revista, como para obtener el descuento especial en las consultas individuales

Mes de Marzo de 1936

Redacción y Administración:

UNION, 19, 1.º, 2.º - BARCELONA

Precio del ejemplar 0'40 ctsms.
Suscrip. trimestre adelantada . 1'20 »
Semestre 2'40 ptas.
Año, doce números 5'00 »